ATLAS

de lo

EXTRAORDINARIO

Tesoros perdidos del mundo

VOLUMEN II



ATLAS DE LO EXTRAORDINARIO

TESOROS PERDIDOS DEL MUNDO

Volumen II



Dirección editorial de la serie:
Juan María Martínez
Ángel Lucía

Coordinación editorial de la serie:
Juan Ramón Azaola
Carlos Ponce

Dirección técnica de la serie:
Eduardo Peñalba

Coordinación técnica de la serie: Rolando Dias
Edición: Luis G. Martín, Íñigo Castro, Lourdes Lucía, Richard Rosenfeld, Edward Bunting, Tony Hall y Dan Millar
Fotografía y documentación gráfica: José María Sáenz Almeida, Marta Carranza, Juan García Costoso, Nano Cañas, Charlotte Deane y Anne Horton
Investigación: Arthur Butterfield e Ian Knight
Diseño: Ruty Stopnitzki Orbach
Texto: Michael Groushko
Suscripciones: Francisco Perales
Versión castellana: María Victoria y Flora Casas

Título original: *Lost Treasures of the World*

ISBN: 84-7444-291-5 Volumen II
Depósito legal: B-4.789-1993
Impreso y encuadernado en Edigraf, Barcelona

Distribuida en la República Mexicana por DISTRIBUIDORA INTERMEX, S.A. [illegible] V.,
Lucio Blanco n.º 435, Azcapotzalco. 02400 México, D. F. Tel. 352 64 44, Fax: 3[illegible]8.
Cámara de Comercio núm. 057872. R. F. de C. DIN 870508 7D7.

Foto de cubierta: Máscara funeraria de [illegible] Anj Amón.
Fotografía de Derek Berwin, The Image [illegible]nk.

Sumario

Volumen II

Los tesoros de Albión

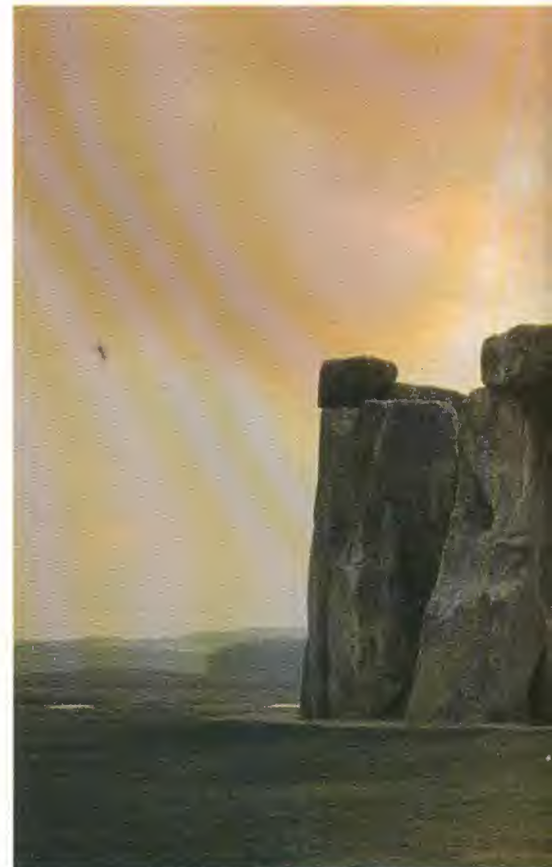
Derecha:
Sombríos y misteriosos, los megalitos de Stonehenge, en la llanura de Salisbury, simbolizan perfectamente la grandeza del pasado de Gran Bretaña. Los grandes círculos de piedra, uno dentro del otro, se fechan entre 2123-1573 aC, aproximadamente, y aún se desconocen su origen y función. Por todo el país se encuentran diseminados numerosos yacimientos prehistóricos; pocos son tan impresionantes como éste, pero todos son igualmente enigmáticos. Algunos han sido excavados y se han encontrado cámaras funerarias; otros no parecen tener una función precisa y sus constructores los consideraban morada de antiguos dioses. Se cree que muchos de ellos albergaban tesoros legendarios.

Las islas Británicas están literalmente sembradas de restos de un pasado dramático que se remonta a los comienzos de su historia. Megalitos, túmulos funerarios, antiguos fortines, se encuentran dispersos por todo el país, y como con el paso del tiempo ha ido creciendo el interés por las cosas antiguas, estos restos siguen despertando asombro y son objeto de conjeturas. Los círculos de piedras más famosos del mundo, los de Stonehenge y Avebury, despertaron gran interés por aquel pueblo misterioso, los druidas de la época prerromana. Durante los siglos XVIII y XIX era corriente atribuir casi todos los emplazamientos prehistóricos a la influencia de los druidas, y, aunque esta hipótesis se descarta en la actualidad, sí es cierto que los druidas son responsables de las oscuras y misteriosas páginas de los comienzos de la historia de la nación. Antes del nacimiento de la arqueología como ciencia, cuando era más difícil distinguir los hechos reales de las leyendas, más de un aficionado acometió la tarea de buscar los tesoros de un pasado que en la actualidad se piensa que no fue tan legendario.

La búsqueda de tesoros legendarios

En 1776, por ejemplo, el duque de Northumberland emprendió la excavación de Silbury Hill, en Eiltshire, elevación de cuarenta metros de altura que es una de las colinas artificiales más grandes y misteriosas de Europa. El duque contrató a mineros expertos de Cornualles que excavaron una cuadrícula de dos metros y medio desde la parte superior derecha hasta el suelo virgen. Esperaba encontrar una estatua ecuestre de tamaño natural del rey Zel, de oro macizo. Como, según se cree, el rey Zel fue un personaje mítico, no es de extrañar que no lo encontrara —tampoco lo encontraron en una excavación realizada en 1960—, y el significado del túmulo de Silbury sigue siendo un misterio.

Otro aspecto del pasado legendario de Gran Bretaña que resulta fascinante es el personaje del rey Arturo. Numerosos castillos, montañas, oscuros riscos y lagos están ligados a las leyendas de la edad de oro de Arturo y su Tabla Redonda, pero en este caso parece existir una pequeña just... ación histórica. Arturo no era el héroe y ... nado de virtudes de la leyenda, sino un ... guerrero del medievo, que se inici... cuando los romanos abandonaro... tania. Camelot no era un palacio de pi... de torres relucientes, sino seguram... un refugio construido con empa... zada ... sos en la cima ... una colina. S... ... ón más exten... lo más pr... fuera el c... d... adbur...



Budica, la Dama de Hierro

Hay una conocida leyenda que podría proporcionar algún día resultados importantes desde el punto de vista arqueológico y que trata sobre la famosa reina guerrera britana Budica, que aparece en los relatos folclóricos con el nombre de Budicea, dama de gran valentía que conduce un carro cuyas ruedas van guarnecidas de guadañas. En realidad, Budica era la esposa de un jefe de la tribu de los icenos, que vivió en East Anglia en la época romana. Se cree que el jefe, llamado Prasutagus, mantuvo una alianza precaria con los romanos, pero a su muerte, acaecida hacia el año 60 dC, cometió el error ... designar herederos a los romanos junto ...on su esposa, Budica, y sus dos hijas. Sin ...uda esperaba que su decisión sirviera para ...mantener buenas relaciones con los romanos, ...pero los resultados fueron completamente distintos, ya que los romanos aprovecharon esta circunstancia para provocar disturbios ...en el territorio de los icenos. La familia ...al fue blanc... de terribles ultrajes, y ... ...ran carácter, capitaneó ... se rebelaron



con furia inusitada contra tantas injusticias, y los romanos tuvieron que retirarse. Estos habían construido una gran ciudad en Colchester para albergar a los colonos veteranos, y las huestes de Budica la arrasaron, derrotaron a sus defensores y lo destruyeron todo a sangre y fuego, además de capturar y aniquilar una legión romana. Las huestes rebeldes, sedientas de sangre, marcharon sobre Londres. El grueso del ejército romano se encontraba en Gales, aplastando las últimas tentativas de resistencia de los celtas en ese territorio, y la ciudad se hallaba indefensa. Los documentos romanos hablan de miles de civiles muertos a manos de los vengativ[illegible] icenos, y las excavaciones han dejado al descubierto gran número de cabezas decapitadas procedentes de los niveles de este periodo.

Pero era inevitable un ajuste de cuenta[illegible] las legiones abandonaron Gales y Budica salió a su encuentro. Finalmente tuvo lug[illegible] una terrible batalla, en l[illegible] que los iceno[illegible] aunque muy superior[illegible] fueron derrotados [illegible] profesionales romanos, que los asesinaron sin compasión. Los romanos acabaron con la revuelta con cruel brutalidad, y Budica cayó enferma y murió. Se cree que ella misma se envenenó. Según un documento romano, «los britanos lloraron su desaparición y la enterraron entre grandes riquezas». La tumba no se ha descubierto e incluso el campo de batalla sigue siendo objeto de polémica. Parece muy probable que los romanos trataran por todos los medios, especialmente la tortura, de encontrar la tumba de Budica con el fin de profanarla. Cabe la posibilidad de que no lo lograran. Su descubrimiento sería de gran interés arq[illegible]lógico y es difícil sustraerse a la tent[illegible] de hacer conjeturas sobre las cara[illegible]ticas de esa tumba y sus riquezas, entr[illegible] que no debía encontrarse solam[illegible] el magnífico torque de oro que, según [illegible]uenta, adornaba su cuello, ni las mone[illegible] plata que acuñaron los icenos fech[illegible] en la época de la rebelión y que se [illegible] en otros lugare[illegible] también lo [illegible] botín que [illegible]ron sus [illegible] ciuda[illegible] q[illegible] quearon.

Los tesoros de los mayas



Derecha:
A Catherwood y Stephens les interesaban las ciudades perdidas de los mayas, y a Edward Thompson los objetos de oro que encontró al drenar el pozo de Chichén Itzá, pero en la actualidad son las inscripciones grabadas en piedra, como esta estela, lo que atrae a los buscadores de tesoros. Existe un floreciente mercado negro de estelas, sustraídas de las ruinas de selvas remotas con consecuencias irreparables para el valor arqueológico y cultural de los yacimientos.

Página siguiente:
Una extraña tumba fue hallada bajo el Templo de las Inscripciones, en Palenque. La escritura maya sigue sin descifrarse, pero los descubrimientos recientes parecen indicar que los mayas de alto rango debieron ser enterrados con valiosos ajuares. En los últimos años se han encontrado en un yacimiento objetos de oro de diseño azteca de la zona septentrional y de factura indígena maya.

Entre todos los pueblos precolombinos de América, quizá sean los mayas los que siguen representando el mayor misterio. Desde el 400 al 1000 dC su civilización floreció en la península de Yucatán, extendiéndose por las regiones que actualmente abarcan México, Belice, Guatemala, Honduras y El Salvador. Dio lugar a impresionantes ciudades que todavía ofrecen testimonio de una extraordinaria vida religiosa, artística y científica. Sin embargo, cuando en 1517 llegaron los conquistadores españoles, la sociedad maya había experimentado tales cambios que presentaba un alto grado de decadencia, y las continuas expediciones militares y la propagación de enfermedades europeas que la naturaleza de los mayas no pudo superar completaron este proceso. La población maya quedó diezmada y su cultura desapareció.

En el transcurso de los siglos, sus impresionantes templos fueron invadidos por la selva. De vez en cuando, un aventurero europeo se topaba con ellos, maravillándose de su esplendor decadente, y continuaba su camino. La mayoría de estos templos quedaron en el olvido durante mucho tiempo, hasta que a mediados del siglo XIX los descubrieron John Lloyd Stephens y Frederick Catherwood, pioneros de estas actividades.

Los primeros hallazgos

Stephens era un abogado y diplomático estadounidense que en el transcurso de sus viajes por Asia y Oriente medio se había aficionado a las ruinas. Catherwood era un pintor inglés mediocre cuyos bocetos de Jerusalén llamaron la atención de Stephens con ocasión de un viaje que éste realizó a Londres. Ambos decidieron formar un equipo para investigar las leyendas que hablaban de las ciudades perdidas en las selvas de América Central.

Sus expediciones duraron poco, desde 1839 hasta 1841, pero sus múltiples aventuras y el impacto de sus descubrimientos fue enorme. En una época en la que había grandes dificultades para viajar y la situación política era inestable, por decirlo suavemente, Stephens y Catherwood descubrieron tres de los yacimientos mayas más im[illegible]esionantes: Copán, en Honduras, y Pa[illegible]nque y Chichén Itzá, en México. C[illegible]herwood realizó dibujos de gran [illegible]ctitud de las construcciones mayas y [illegible] los ídolos e inscripciones, y su publicación [illegible] acogida con entusiasmo. Sus bocetos [illegible] las pirámides cubiertas por una maraña [illegible]arbustos y lianas, de templos complejos [illegible]dos de árbol[illegible] que crecían entre los [illegible] de piedra y de [illegible] espesura, fueron





Palacio maya de Palenque, México. Cuando Catherwood y Stephens iniciaron su expedición al territorio maya en 1839, las ruinas, largo tiempo abandonadas, se encontraban totalmente cubiertas de vegetación. La deforestación reciente ha sacado a la luz la extraordinaria grandeza de la arquitectura maya.

en gran parte responsables de la aureola romántica que sigue rodeando a las «ciudades perdidas de los mayas».

Pruebas de la existencia de sacrificios humanos

Un hombre de una generación posterior, que sin duda recibió la influencia de los anteriores, Edward Thompson, nacido en Nueva Inglaterra, fue el primero que vio en estas ruinas el respaldo de su teoría, que consistía en que el pueblo maya pudo ser el origen de la leyenda de la Atlántida. Pronto descartó esta idea y, en su lugar, empezó a interesarse por la leyenda que asegura que los mayas de Chichén Itzá ofrecían sacrificios, tanto de seres humanos como de objetos, a un dios de la lluvia, Yum Chac. Este dios vivía en un pozo ceremonial o *cenote*, unido al complejo central del templo por un sendero muy trillado. El *cenote* era ovalado y se había formado al derrumbarse los estratos de caliza. Tenía unos cincuenta y cinco metros de anchura. Las paredes rocosas med[illegible]n unos veinticinco metros hasta la supe[illegible]ie de las aguas verdosas, de aspecto [illegible] tentador.

No se había calculado la profu[illegible]d del agua y Thompson decidió ave[illegible]rlo y demostrar la veracidad de la l[illegible]a buscando algunas ofrendas que h[illegible]n podido que[illegible] en el fondo. [illegible]quir[illegible] excavadora [illegible]uada, y en 1[illegible] [illegible]uda de varios [illegible]s de la re[illegible] el dragado [illegible]ri[illegible]o, su[illegible]

condenada al fracaso. Cada vez que la excavadora sacaba un montón de tierra, únicamente aparecían lodo maloliente, vegetación putrefacta y restos de animales que habían caído en el interior y se habían ahogado. Cuando estaba a punto de darse por vencido, Tohmpson sacó una bola de resina de copal, sustancia que, como era bien sabido, utilizaban los mayas en sus ceremonias religiosas. Encontró más copal, un propulsor de lanza y, por último, para su gran satisfacción, restos humanos, que probaban que la leyenda sobre los sacrificios humanos era cierta. Thompson también halló oro, campanillas, desprovistas de sus badajos para «matarlas» antes del sacrificio, y una diadema. Cuando la excavadora no pudo extraer nada más, Thompson descendió con un traje de buzo para examinar el fondo del pozo. Al dar por concluido su trabajo, un amigo calculó que sus hallazgos podrían ascender a varios cientos de miles de dólares convertidos en lingotes-oro. Thompson llevó ilegalmente el tesoro al Peabody Museum de Harvard, que había patrocinado su ex[illegible]dición, operación poco inteligente q[illegible] encolerizó a las autoridades mexicanas [illegible]ue tuvo como consecuencia la clausura [illegible] yacimiento. Después de varios años [illegible] acciones legales, una parte de las riquezas [illegible]vió a México, donde el propio gobierno [illegible]rocinó dos campañas —en 1961-1962 y [illegible]967— para explorar el *cenote*, en el que [illegible]llaron más [illegible]dos mil seiscientos [illegible] [illegible]elto en el



misterio. En 1985, un equipo estadounidense que trabajaba en Belice descubrió una tumba maya fechada en la época inmediatamente anterior a la conquista española. No sólo albergaba objetos de o[illegible] de origen aparentemente azteca, sino que era tan impresionante que los arqueólogos [illegible] vieron obligados a replantearse las relacio[illegible] existentes entre los pueblos de América Central y la influencia [illegible] en la eta[illegible] que precedió a la co[illegible] navegantes y d[illegible]

Los templos mayas de Palenque destacan como islotes en medio de la selva que continuamente amenaza con envolverlos La cultura maya estaba en dec[illegible]cia cuando se inici[illegible]nquista, debil[illegible] por la guerra [illegible] revueltas.

En sus implacables campañas, los españoles destruyeron lo que quedaba en su deseo de obtener oro, dejando únicamente estas impresionantes ruinas que son testimonio de un modo de vida ya desaparecido.

El misterio del templo

Una pequeña iglesia de Rennes le Château, al sur de Francia, dio origen a una asombrosa y controvertida leyenda sobre un fabuloso tesoro que fue enterrado en tiempos remotos. El pueblo está situado a unos cuarenta y ocho kilómetros al sur de Carcassone y en la antigüedad se llamaba Aereda. Los visigodos, que en otro tiempo dominaron el sur de Francia y parte de España, se asentaron provisionalmente en este pueblo en el año 501, antes de ser derrotados por los francos. Posteriormente, el pueblo fue abandonado y quedó reducido a ruinas. Cuando, pasado el tiempo, se reconstruyó, recibió el nombre de Rennes le Château.

En 1800, un pastor que caminaba por las cercanías del pueblo tropezó con la entrada de una cueva en la ladera de una colina. Perseguía a una oveja que se había metido en la cueva cuando de repente se vio rodeado por docenas de esqueletos y cofres repletos de monedas de oro. Es comprensible que el pastor se quedara aterrorizado, pero no hasta el punto de no llenar los bolsillos con todas las monedas que pudo recoger antes de emprender la huida hacia su casa. En su ignorancia, contó a sus vecinos la procedencia de su reciente fortuna, pero se negó a revelar el lugar del hallazgo. Los aldeanos no le creyeron y lo ejecutaron por ladrón.

Durante muchos años no se volvió a hablar del tesoro. Más adelante, en 1885, llegó un nuevo párroco a la aldea. Se llamaba Beranger Saunière. Pronto trabó amistad con la hija adolescente de un vecino suyo, Marie Denarnaud, que desde ese momento fue su compañera inseparable y le ayudó a llevar los asuntos de la iglesia.

Pergaminos valiosos

En 1891, Beranger restauró parte del altar y de la cubierta de la iglesia con la ayuda de una donación. Babon, el albañil que trabajaba en las obras, descubrió una oquedad en uno de los pilares del altar, dentro de la cual había varios rollos de madera, sellados con cera. Cuando Beranger abrió uno de ellos encontró un pergamino escrito en latín y francés.

El párroco dedicó cierto tiempo a [illegible]studiar todos los pergaminos. Cuando el [illegible]lde quiso enterarse de lo que estaba [illegible]endo, Beranger, comprendiendo que a[illegible] hombre no entendería los pergaminos, s[illegible] enseñó y le explicó que se trataba de d[illegible]entos s[illegible] valor sobre la revolución. De r[illegible]e, Beranger paralizó las obras de[illegible]uración En París entregó varios p[illegible]gami[illegible] expertos [illegible]manuscritos [illegible] se quedó c[illegible]unos lo suf[illegible]alio para ac[illegible]á[illegible]nente



El pueblecito de Rennes le Château, al sur de Francia, fue escenario de batallas encarnizadas en siglos pasados. En nuestros días, su fama se basa en las asombrosas riquezas que adquirió de forma repentina y secreta un párroco de origen modesto a finales del siglo pasado. Nadie ha logrado resolver por completo este misterio, pero se especula con la idea de que el clérigo encontrara parte del tesoro de Jerusalén, escondido quizá por los Caballeros Templarios mucho tiempo atrás.



compró una copia de un cuadro de Nicolás Poussin titulado *Los pastores de Arcadia*. Cuando volvió a su pueblo, estaba convencido de que en su iglesia había un tesoro. Habló con Marie sobre el particular y juntos iniciaron su búsqueda.

Las instrucciones que contenían los documentos no eran nada claras. Las medidas estaban indicadas en brazas, tomando como punto de partida el altar, y había referencias a una tumba concreta que se encontraba en el cementerio. Beranger y Marie consiguieron finalmente descifrar las extrañas inscripciones de la lápida y, siguiendo otras instrucciones, comenzaron a cavar. Parece que sus cálculos fueron correctos, ya que pronto encontraron el tesoro perdido.

Beranger prospera

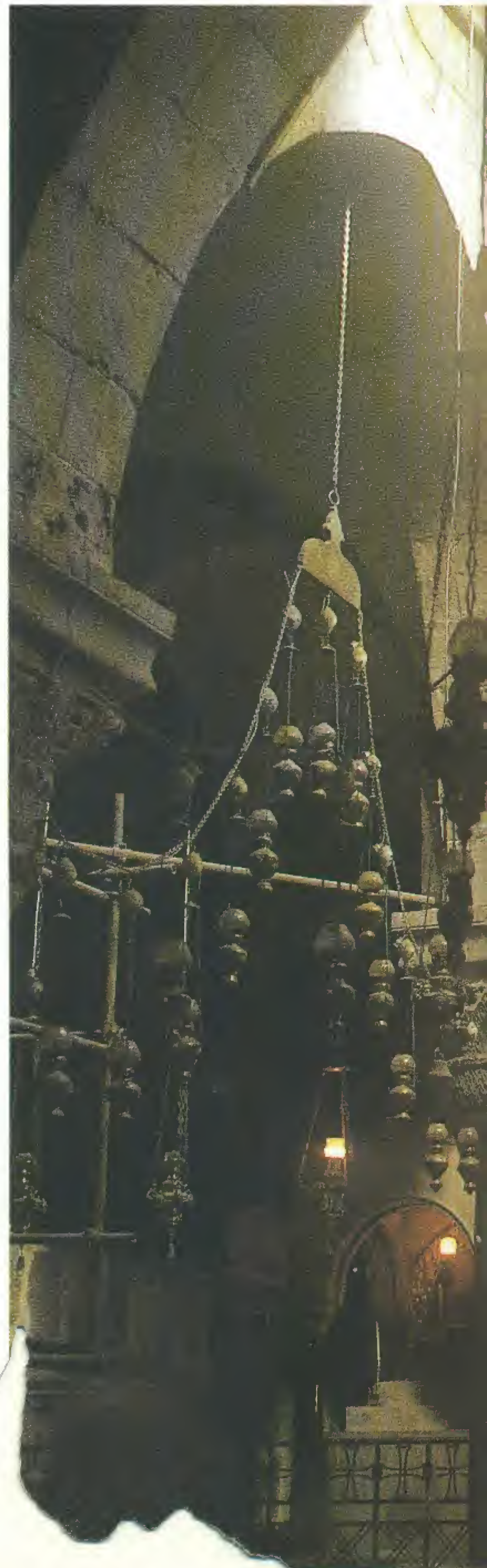
De repente, Beranger pasó prácticamente de la miseria a nadar en la abundancia. Se reanudó la restauración de la iglesia a mucha mayor escala, y fue el párroco quien corrió con todos los gastos. El pueblo también se benefició de mejoras de todo tipo, y Marie vivía espléndidamente, formando parte de lo más selecto de la sociedad. Se cree que Beranger depositó varias partes del tesoro en diversos lugares de Europa sin decírselo a nadie, pero siguió guardando celosamente el secreto del lugar del hallazgo y borró deliberadamente las pistas que podía proporcionar la lápida.

Beranger siguió comprando propiedades y terrenos y puso todo ello a nombre de Marie. Tanto el alcalde como el obispo de Carcassone llamaron a Beranger para pedirle explicaciones sobre su prosperidad repentina. El sacerdote les invitó a beber y comer opíparamente y les explicó que acababa de heredar una fortuna de un pariente recientemente fallecido. Como apoyó su historia con un buen soborno, los dos dignos caballeros se dieron por satisfechos.

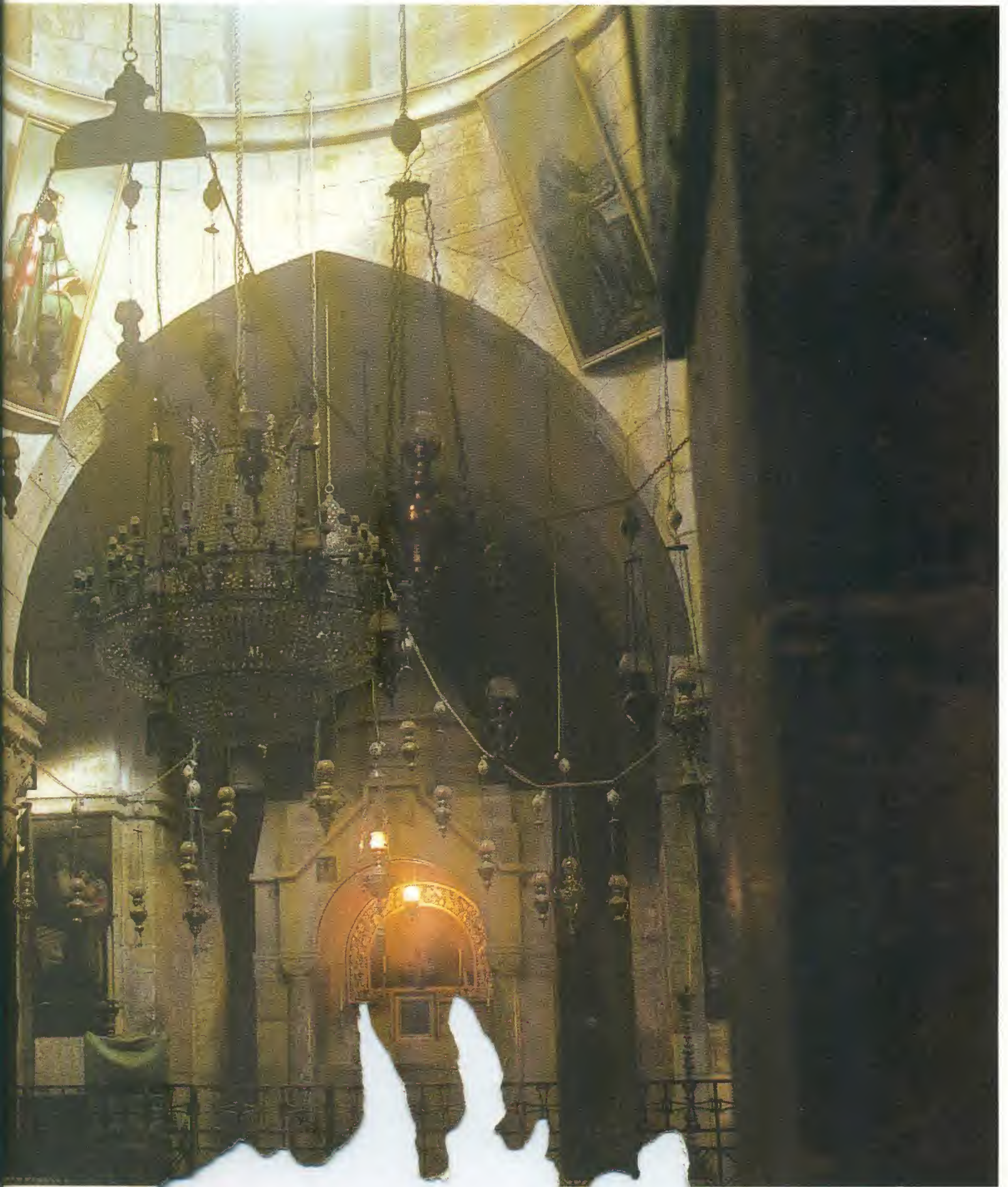
En 1897, Beranger se construyó una enorme y lujosa casa que, al parecer, le costó un millón de francos, y se instaló en ella. Pero por esta época fue nombrado un obispo nuevo. Tenía un carácter severo y no creyó la historia del sacerdote, por lo que le suspendió de sus funciones. Cuando llegó un nuevo párroco al pueblo, Beranger se limitó a no prestarles atención ni a él ni al obispo y siguió haciendo su vida normal, con el apoyo de sus conciudadanos, que estaban encantados.

En enero de 1917 pagó ocho millones de francos por las obras de abastecimiento de aguas en Rennes le Château. Fue su úl[illegible]a obra benéfica, pues murió pocos días [illegible]pués, de cirrosis hepática. Marie quedó c[illegible] única beneficiaria del tesoro mister[illegible]

Posiblemente, Marie nunca volvi[illegible] lugar del tesoro, pues tenía dinero más [illegible] suficiente para pasar el resto de s[illegible]a. Durante un cuarto de siglo, a[illegible]oxim[illegible]ente, guardó sil[illegible] pero en 194[illegible] la historia [illegible]sieur Corb[illegible]sa, que vivían [illegible]alme[illegible]



Un rayo de luz ilumina el interior de la bóveda de la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén. Era uno de los Santos Lugares de Palestina que liberaron y restituyeron a la cristiandad los Cruzados, ayudados por veinte mil Caballeros Templarios. Estos fueron los cristianos más ricos y poderosos del medievo. En su época de esplendor poseyeron más de ocho mil castillos, muchos de los cuales se encontraban en Francia. Se piensa que en algunos de ellos hay escondidas grandes fortunas.





Se cree que *Los pastores de Arcadia*, obra del pintor francés Nicolás Poussin, encierra una clave fundamental para el hallazgo de un importante depósito de objetos escondido en Rennes le Château. Poussin pintó unos pastores arrodillados ante una tumba.

casa y les dijo que les revelaría dónde estaba el tesoro antes de morir. Desgraciadamente, el 18 de enero de 1953, Marie, que contaba más de ochenta años de edad, cayó en coma y murió sin haber recobrado la conciencia.

Puntos clave en el cuadro de Poussin

No son escasas las pistas que permiten localizar el lugar del tesoro. Entre los pergaminos que se descifraron se puede leer: «Este tesoro pertenece a Dagoberto II rey, y a Sión, aquí está enterrado.» El código del segundo pergamino es extraordinariamente complicado, pero el mensaje dice aproximadamente: «Pastora no tientes al que Poussin Teniers guarda la ll ve de la paz 681 por la cruz de este baballo de Dios yo termino este daimon ardián a mediodía manzanas azules.» Es anagrama perfecto de la inscripción la lápida que Beranger se tomó tantas olestias en borrar. El texto, desconocido ra él, se había copiado y publicado antes que Beranger empezase a estudiarlo. cuadro de ssin representa la ecia desde Rennes d. Existían otros



indicios de que Poussin estaba ligado en cierto modo al secreto. Un erudito estadounidense Henry Lincoln, que ha dedicado su vida al estudio de este misterio, ha descubierto una documentación mucho más importante. Ha averiguado, por ejemplo, que el rey Dagoberto II fue uno de los últimos monarcas de la dinastía merovingia y que existe un vínculo direct que, remontándose a la destrucción de Jerusalén por los romanos en el año 70 d(llega hasta los francos (Dagoberto fue uno sus reyes). En esa época, los vencedores se llevaron el tesoro fabuloso del templo del rey Salomón. ¿Pudo s el depósito objetos la totalidad o tesoro de la anti

A pesar de las pistas que apuntan en este sentido, Lincoln cree que no. Piensa que existen pruebas más concluyentes que enlazan el tesoro con la orden de la Rosacruz y los secretos de la alquimia. Está convencido de que Beranger sufrió un cambio radical en sus ncias y que abandonó secretamente su fe r algo semejante a una adoración diabó Lincoln sugiere que las riquezas de Be r no procedían del tesoro enterr sino de los conocimientos que le propor el prior de Sión, es decir los ro ces.

A eoría e opone el testimonio de Mar ró que la c existía y qu uía alberga na buena los

Esta escena preside el altar de la iglesia de Rennes le Château. Tanto la iglesia como el cementerio de la misma encierran pistas sobre el lugar en que se encuentra un gran tesoro; posiblemente una de ellas se halla en el propio cuadro, pero el misterio sigue sin resolverse.

El legado de los jesuitas



Una gran parte de los tesoros eclesiásticos está vinculada a la Compañía de Jesús, orden religiosa y militante conocida popularmente como los jesuitas. La orden fue fundada en 1534 por Ignacio de Loyola y ratificada seis años más tarde por el papa Pablo III. A pesar de la regla que les obligaba a pobreza, castidad y obediencia, los jesuitas adquirieron rápidamente poder y prestigio, tanto político como económico.

El rey de España Felipe II, preocupado por lo que él consideraba una amenaza, restringió el control de sus riquezas en España por medio de una ley promulg[illegible]a en 1592, pero los jesuitas misioneros se desplegaron por todo el orbe, [illegible] concentrándose principalmente en [illegible] evo mundo, es decir una zona muy am[illegible] de colonias españolas que se extendía[illegible] de Colorado por el norte hasta Bolivi[illegible] el sur. En muchas de estas reg[illegible]nes [illegible]ban las riquezas [illegible]erales. Los j[illegible] fundaron m[illegible]s y abriero[illegible] estos lugare[illegible] de s[illegible]

de los indios que habitaban esas tierras con el mismo empeño con que reclutaban suficiente mano de obra para extraer oro y plata del subsuelo.

Cuando esta situación llegó a oídos de la corona española, es comprensible que deseara compartirla, y para ello decretó un impuesto del 20 por 100 (conocido como Quinta Real) sobre todos los productos del nuevo mundo. Seguramente, los misioneros reaccionaron con poco entusiasmo y en seguida se las ingeniaron para burlar al erario público. Las cosas iban tan mal que era inevitable una confrontación. Muchos jesuitas prudentes em[illegible]pezaron a almacenar grandes cantidades d[illegible] plata y oro en lugar de enviarlas a [illegible]ropa y esperaron pacientemente el final. [illegible] cabo del tiempo, la corona española [illegible]dió la paciencia y en 1767 expulsó a la [illegible]len de América del Sur. Antes de abandonar [illegible] nuevo mundo, los misioneros (sin duda [illegible] la esperanza de volver pronto) ocultaron [illegible] cuevas y [illegible]os escondrijos que [illegible] que habían [illegible]pulsión de 1767



también se aplicó en España, Portugal y Francia, y seis años más tarde se había suprimido por completo la Compañía de Jesús, que se reorganizó en 1814.

Desde entonces circularon por muchas zonas del norte y sur de América leyendas sobre los enormes depósitos de tesoros de los jesuitas, rumores que se propagaron como un reguero de pólvora. Varias expediciones partieron en busca de estas riquezas, pero, que se sepa, ninguna tuvo éxito.

Los rumores más persistentes se refieren a una magnífica mina de plata, descubierta en 1736, que al parecer se encontraba en algún lugar de Arizona. La mina se llamab La Purísima Concepción, y según todos lo indicios estaba al sur de las montañas de Cerro Ruido. En 1750, los indios nativos iniciaron una revuelta, quemaron la misió y expulsaron a las autoridades españolas Pero cuatro años después volvió a abrirs la mina.

Hace poco tiempo varios document con la mina. Contienen descripciones detalladas y precisas, pero desgraciadamente son confusos en detalles concretos, como en el caso de su emplazamiento. Entre otros puntos, en estos documentos se vincula La Purísima Concepción con una mina llamada Guadalupe, pero existen muchas minas con esta denominación en el sudoeste. Las medidas tampoco son claras, pero hay indicios que inducen a suponer que la mina se encuentra no lejos de la misión de Tumacacori, un monumento nacional situado en la orilla oriental del río Santa Cruz, a unos sesenta y tres kilómetros al s de Tucson.

La yendas indias hablan de una mina muy ctiva que se encuentra en un lugar a mil cientos metros del Pico de Cerro Ruido, oco de terminar la primera guerra dial, dos soldados veteranos, cuyos bres se desconocen, decidieron rea lí un prospección. Estuvieron jun , luego uno a explorar Tuc se quedó e montaña. lvie se, y el

Una espectacular tormenta ilumina el cielo de Tucson, Arizona. Estas tormentas, muy frecuentes en las montañas, son causa de inundaciones repentinas que cambian por completo la fisonomía del paisaje en cuestión de horas. Se ha dado el caso de buscadores de tesoros que, una vez localizado un posible tesoro en una mina abandonada, se han encontrado con que al volver al lugar para comenzar a explotar su descubrimiento habían desaparecido todos los puntos de referencia que conocían y que las montañas habían vuelto a ocultar sus depósitos secretos de oro y plata.



Estas tallas de una iglesia del siglo XVII fueron realizadas por indios guaraníes, pueblo ágrafo de Paraguay, bajo la supervisión de los jesuitas.

que se había quedado contó a su ami que había encontrado algo semejante a excavaciones realizadas por el hon . Examinaron los montones de piedr escombros que había en la base de saliente rocoso, pero como estaban unto de quedarse sin provisiones, no de se ofreció vo tario para ir en busca de res. Cuando tró a su amigo jo u

con el cuerpo lleno de rasguños y las ropas desgarradas.

Su amigo le contó una historia fantástica. Después de trabajar durante varias horas entre los escombros, descubrió la entrada de una cueva excavada en la roca. Al día siguiente entró en la cueva y encontró un túnel largo, oscuro y polvoriento que, según sus cálculos, tenía una longitud de ciento veinte metros. A la luz de una lámpara de carburo vislumbró la silueta de un montón de sacos apoyados contra la pared. Abrió uno de ellos y vio que contenía mineral de plata en bruto. Según una estimación rápida, calculó que podía haber treinta toneladas de mineral. También observó que había varios ramales más pequeños que salían del túnel principal.

Decidió dejar las cosas como estaban hasta el regreso de su amigo, y al día siguiente se dedicó a explorar otro cañón. De repente llegó a una pequeña extensión cubierta de maleza. Un poco más allá, en un claro, se encontraban las ruinas de una antigua iglesia. Estaba desmoronada y cubierta de vegetación, pero el hombre dedujo que debían ser los restos de una antigua misión, probablemente vinculada a la mina que había descubierto el día anterior.

La fotografió y a continuación acampó para pasar la noche, pero se sentía incapaz de dormir, pues experimentaba un temor innombrable que fue creciendo hasta adquirir proporciones de auténtico terror. De repente, un grito fantasmagórico resonó en el cañón. El hombre no esperó ni un minuto más. Con el pánico metido en los huesos corrió sin parar hasta que llegó al campamento, junto a la mina, golpeándose con las rocas y desgarrándose las ropas entre los espinos y los arbustos. Completamente agotado, se tumbó bajo un árbol y allí se quedó dormido hasta que lo despertó su compañero.

Su amigo no creyó la historia, atribuyéndola a una pesadilla, pero el hombre insistió en que no se había dormido y le aseguró que podría comprobarlo cuando revelara el carrete de fotografías. Sin embargo, es natural que diesen prioridad a la mina de plata. Recogieron una muestra del mineral y el hombre que había tenido la pesadilla prefirió quedarse mientras su amigo iba de nuevo a Tucson para que tasaran la muestra. También se llevó la cámara para que revelaran el carrete.

Cuando abandonó la montaña se dio cuenta de que una tormenta tremenda se cernía a su espalda. Volvió y, utilizando el ltimo cliché que quedaba en el rollo, sa una fotografía de las nubes tormentosas q flotaban sobre Cerro Ruido. En cuanto ron la muestra de plata, profundamente rado por los comentarios de la gente re las inundaciones y los estragos que ía producido la tormenta en montañas, salió precipitadamente en de su ami Por el camino recogió e detuvo a mirarlas. ía transformado



por completo a causa de las avalanchas y las rocas caídas y que los senderos se habían borrado. Tras varias semanas de búsqueda con la ayuda de grupos de hombres de Nogales, no encontró ni rastro de su compañero.

Cuando el superviviente examinó las fotografías, comprobó qu... las ruinas antigua misión eran ... las que le habían ...

ocurr... con la entrada de la cueva de la mina
perdid... También vio la fotografía que él
había ...nado de las nubes tormentosas
sobre ...o Ruido.

Año... ...s tarde, en 1958, apareció en
un pr... ...ma de televisión para confirmar
la h... ...per... se empeñó en mantener
el a... ... mina perdid... la misión
sigu... ...í a la espe... ... que llegue
... ...escu...

Fragmento de un altar restaurado en el interior de una iglesia del siglo XVIII de Concepción, Bolivia. Fue fundada por los jesuitas en la época de su labor misionera en el nuevo mundo.

Capítulo V

Trofeos de guerra

Durante los últimos tres mil años, aproximadamente, los pueblos conquistadores han disfrutado del privilegio de apoderarse de objetos valiosos en concepto de botín de guerra, privilegio que ejercen con el fin de enriquecerse y de recompensar a sus seguidores. Del mismo modo, los conquistados siempre han intentado ocultar dichos objetos, con la esperanza de que les sirvieran para sobrevivir en los días inciertos que les deparaba el destino. Este juego milenario del escondite es el origen de algunos de los tesoros perdidos más fascinantes del mundo y de alguno de los hallazgos más espectaculares. Su búsqueda nos llevaría desde las orillas del mar Negro hasta la Alemania de Hitler.

La civilización de los tracios se estableció en la zona de la actual Bulgaria, alrededor del 3500 aC y existen indicios de que en aquélla se fabricaban objetos de oro con el metal extraído de las minas de la región, motivo por el que, después de Egipto, es la civilización más antigua que ha realizado esta actividad. Hacia el año 500 aC, los tracios producían magníficas piezas de oro y plata que no admitían comparación con lo que se fabricaba en cualquier otro lugar en aquellos tiempos. La mayor parte de estos objetos se ha encontrado en tumbas y cementerios, pero entre 1985 y 1986 apareció un yacimiento en la aldea de Rogozen, al noroeste de Bulgaria, en circunstancias extrañas, pues los ciento sesenta y cinco artículos de plata hallados no se encontraban en un cementerio. Las primeras investigac[illegible]es apuntaron a la posibilidad de que los hubieran enterrado en fecha posterior a l[illegible] segunda mitad del siglo IV aC, época en [illegible]e Filipo II de Macedonia conquistaba T[illegible]. De lo anterior se deduce que quien l[illegible] ocultó a los investigadores debió se[illegible] jefe, al que después mataron o cap[illegible]raron [illegible] combate con l[illegible] griegos, por l[illegible] de los primer[illegible] [illegible]oros que s[illegible] por estas ra[illegible]

El arca de oro

Es posible que más de ciento cincuenta años antes se hubiera escondido otro tesoro, en la zona que ocupan actualmente Israel y Jordania, y si llegara a encontrarse, podría ser el hallazgo más espectacular de todos los tiempos, con un valor de unos novecientos millones de dólares o más, según cálculos de algunos expertos. En el 586 aC, el rey Nabucodonosor de Babilonia atacó Jerusalén, saqueó la ciudad y el templo de Salomón y apresó a los judíos. Existen pruebas de que antes de la llegada de los babilonios, los judíos lograron esconder gran parte de sus riquezas seculares y religiosas, y entre ellas quizá se encontrara el Arca de la Alianza, en la que se guardaban las escrituras sagradas de este pueblo.

Algunos especialistas, como René Noorbergen, han extraído dichas pruebas de los materiales encontrados en Qumran, lugar en el que, en 1947, se descubrieron por pura casualidad las escrituras sagradas conocidas como Rollos del mar Muerto. Los materiales en que se basa Noorbergen no pertenecen a los rollos, pues éstos se hallaron unos cinco años más tarde, y no son pergaminos, sino delgadas láminas de cobre grabadas. Según la traducción realizada por Noorbergen y su colega John Marc Allegro, se trata de una lista con los sesenta y un lugares de Tierra Santa en que hay tesoros ocultos, en total casi cuarenta y cinco mil kilos de oro y ciento cincuenta y tres mil quinientos de plata. Que exista una relación entre la in[illegible]asión de Nabucodonosor y esta lista es[illegible] una simple conjetura, pero parece muy [illegible]bable que así sea. Por desgracia, la [illegible]cripción de los lugares es muy vaga. [illegible]ay un cofre de dinero en la fortaleza [illegible] Valle del Ancora, con diecisiete talentos [illegible]ltos a cuarenta codos bajo los escalones [illegible]a entrada oriental», reza uno de los [illegible]entos (la li[illegible] completa aparece en [illegible] *[illegible]aces* —«Tesoros [illegible]ra de



Izquierda:
Guerrero a caballo representado en una parte de este casco de plata dorada datado como del siglo IV a.C. y encontrado en Rumania. En los Balcanes se han encontrado multitud de tesoros, probablemente como resultado del pillaje de los conquistadores, ya que se trata de un territorio recorrido a menudo por los ejércitos invasores.

Abajo:
El león de Corbridge, del siglo II, es una fuente de piedra que representa a un león atacando a un venado. Fue encontrado en el fortín romano de Corstopitum, cerca de Corbridge, Northumberland, Inglaterra.

Noorbergen). Peró hasta el momento, nadie ha logrado establecer una conexión exacta entre las descripciones y el territorio actual y no se ha descubierto ninguno de los depósitos.

La suerte, respaldada en ocasiones por deducciones inteligentes, ha desempeñado un papel importante en el descubrimiento de tesoros escondidos por romanos adinerados en Gran Bretaña, Francia y otros países cuando su imperio empezó a resquebrajarse bajo las embestidas de los bárbaros, entre el 161 y el 476 dC. Los investigadores que encontraron riquezas ocultas en Inglaterra, como el tesoro de Mildenhall o los múltiples objetos romanos del siglo IV que se han ido descubriendo poco a poco desde 1731 en Corbridge, a orillas del río Tyne, no contab[illegible]n con ningún testimonio escrito. Debe haber muchos otros tesoros de esta época en toda Europa, pero las pistas sobre su situación exacta son escasas.

Según varias leyendas, las hordas bárbaras que saquearon o conquistaron los centros de la civilización occidental, abandonaron múltiples ri[illegible]zas. Se cu[illegible] que Alarico, el rey d[illegible] entraron a saco e[illegible]





Derecha:
Otros seis ejemplares de torques celtas encontrados en Ipswich, Suffolk, al este de Inglaterra. Aunque el diseño es muy parecido en todos, cada uno tiene algo distinto, tal vez reflejo de las preferencias personales de sus dueños, miembros del estamento guerrero.

Abajo:
Esta hermosa miniatura del siglo XVI —un tesoro en sí misma— representa a las hordas mongolas de Genghis Khan sitiando una ciudad china de nombre desconocido en el transcurso de las conquistas de Genghis. La miniatura procede de una historia recopilada en Persia y acabada el año 1596.



apoderó prácticamente de todos los objetos de valor de la ciudad. Atila, jefe de los hunos que murió en 453 y fue otro de los azotes del imperio occidental moribundo, acumuló inmensas riquezas en el transcurso de sus campañas por los Balcanes, según cuenta la leyenda. El poema épico del siglo XII, *Nibelunglied,* en el que Atila aparece como Etzel, habla de los tesoros que poseía y de su insaciable codicia por adquirir más. Nadie sabe en qué consistían estos tesoros ni dónde se encuentran en la actualidad. Corren historias parecidas sobre Genghis Khan y su nieto Kublai Khan, quienes al frente de los mongoles asolaron gran parte de Asia central y pusieron en peligro las puertas de Europa oriental en el siglo XIII, y también sobre Tamerlán, que emuló sus hazañas en el sur de Asia desde el año 1369. Sin embargo, con estos personajes se pisa terreno más firme. El viajero veneciano Marco Polo describió detalladamente las maravillas de la capital de verano de Kublai Khan, Shang-tu (la Xanadú de la mitología y la poesía), como, por ejemplo, la ladera de una colina decorada por completo con lapislázuli, una piedra semipreciosa, para que Khan deleitara en ella sus ojos. Desde mediados del siglo XIX, exploradores y arqueólogos investigan los territorios mongoles y han realizado algunos hallazgos espectaculares, pero aún no han lo[illegible]lizado el escondite del tesoro de Genghis K[illegible]an, que, según la leyenda, se encuentra [illegible] las áridas estepas de Asia central, ni el [illegible] y otros objetos de valor de Tamerlán, [illegible]ltos en algún lugar de las afueras [illegible] la capital de su imperio, Samarkanda.

[illegible]testimonios [illegible] los monjes

[illegible]opag[illegible]istianismo por Europa [illegible]rto modo a que



Este magnífico ejemplar de torque de la edad de hierro adornó el cuello de un guerrero celta de Britania en el siglo I aC. Es de electro, aleación de oro y plata, y fue hallado en Ken Hill, cerca de Snettisham, Norfolk, Inglaterra. Actualmente se encuentra en el Museo Británico de Londres.

en la actualidad se tenga conocimiento de los tesoros de que se apoderaron los invasores en el primer milenio dC, y esto por dos razones. Los monasterios del medievo eran depositarios de la cultura, los únicos lugares en donde se conservaban testimonios escritos de los acontecimientos cotidianos, y muchos de estos testimonios han sobrevivido. Y a medida que se enriquecían los monasterios y las iglesias, se transformaron en el objetivo de los ejércitos de saqueadores en busca de botín.

Los relatos eclesiásticos, por ejemplo, ofrecen gran cantidad de datos sobre los desmanes de los vikingos, cuyos buques aterrorizaron a los habitantes de las costas de Gran Bretaña, Irlanda y Francia desde el siglo VIII y finalmente los llevaron por el Mediterráneo, hasta Constantinopla. En Lindisfame, en la costa nororiental de Inglaterra, una incursión por sorpresa que realizaron en el 739 dC dejó a la iglesia «despojada de todos sus ornamentos» —cofres adornados con joyas, estatuas valiosas, ricas vestiduras y muchas otras cosas—, según un testimonio de la época.

En el año 841, los vikingos saquearon los monasterios de Rouen (Francia), asesinaron a los monjes y arrebataron por la fuerza el oro y la plata a los habitantes de la ciudad a cambio de abandonarla.

A partir de mediados del siglo IX, los vikingos atacaron España, Portugal, el su de Francia, Italia y las tierras árabes del norte de África, apoderándose de riquezas y exigiendo tributos. Las primeras incursiones fueron totalmente por sorpre y las víctimas apenas tuvieron tiempo par esconder sus objetos de valor, pero más adelante sí pudieron hacerlo y es posi que entre los objetos ... figu un cáliz de oro y ...



Las majestuosas ruinas del castillo de Corfe dominan el paisaje de Wareham, Dorset, al sur de Inglaterra. Según la leyenda, su propietaria, lady Mary Bankes, escondió en el transcurso de la guerra civil la fortuna familiar en un pozo y luego lo hizo explotar para evitar que la encontraran bajo las tropas de Cromwell.

se encontró en Ardagh (Irlanda), en 1868.

E ... Europa occidental abundan las leyendas sob ... esoros que se ocultaron a la codicia de l ... vikingos, pero un misterio más prof ... o rodea el botín que se llevaron, que ... ó ascender a una cantidad enorme con ... so de los años. Según testimonios coetá ... los reyes francos pagaron unos tre ... s kil ... de oro y casi veinte mil de ... ente en tribut ... Los ingleses en ... nes de mon ... , sobre todo de ... epto ... t

(una especie de impuesto, que se recaudaba como «protección» contra los saqueos de los vikingos), y en Alemania y el norte de África se pagaron cantidades menores de plata, pero de este tesoro sólo se ha recuperado una pequeña parte.

En Escandinavia se han descubierto unos mil depósitos de riquezas relativamente pequeños, como sesenta mil monedas árabes de plata y otras de origen franco e inglés. La mayor colección de objetos de plata vikinga —con un peso de cuarenta kilos y cuatro veces mayor que cualquier otro— se halló en Cuerdale, al noroeste de Inglaterra, en 1840. Al parecer, se trataba del botín de guerra de un jefe militar del siglo X. La mayor colección de piezas de oro vikinga, que sólo pesaba cuatro kilos y medio, se encontró en una isla del río Shannon, de Irlanda, en el siglo XIX. Una parte del botín de los vikingos debió perderse en naufragios como el que tuvo lugar en las costas de las islas Shetland en 1151. No obstante, aún queda mucho por descubrir.

Conquistas y descubrimientos

Entre 1095, cuando el papa Urbano II predicaba la primera cruzada para liberar Jerusalén de los turcos, y 1580, año en que Francis Drake dio la vuelta al mundo, los europeos occidentales, que hasta entonces habían estado encerrados en sí mismos, propagaron sus técnicas bélicas cada vez más desarrolladas por todo el globo, aunque esta expansión no pudo evitar el enfrentamiento de los países del continente entre sí. Al mismo tiempo, como ya hemos visto, en Asia aparecieron una serie de guerreros mongoles turbulentos cuyos nombres de hicieron sinónimo de pillaje.

En la primera parte de este periodo floreció el sistema feudal, con poderosos barones que dirigían sus asuntos desde grandes castillos y tributaban una lealtad puramente nominal a los reyes, mientras que rivalizaban constantemente entre sí para obtener riquezas y poder. Sus actividades fueron el origen de múltiples historias sobre tesoros ocultos. En Montrave (Escocia), por ejemplo, ha aparecido un gran número de valiosas monedas del siglo XIV que fueron escondidas por los jefes militares que guerreaban, y se cree que en el castillo de Roslin hay enterrado otro enorme tesoro. Según la tradición, las ruinas de la catedral de St. Andrew albergan el cuantioso botín que fue arrebatado a los ingleses tras su derrota en la batalla de Bannnockburn, en 1314.



Robert de Bruce, rey de Escocia y jefe del ejército escocés que derrotó a los ingleses en Bannockburn en 1314, poco después asistió a la consagración de la catedral de St. Andrew, donde dio gracias por su victoria. Según la leyenda, Robert dejó otras prendas más tangibles de su agradecimiento, objetos de valor arrebatados a los vencidos. Se dice que se encuentran en una cámara bajo las ruinas.



La fundación estadounidense Ernest Garrison alberga una parte de la colección de arte de Hermann Goering, que se apoderó de un elevadísimo número de cuadros valiosos en toda Europa y expuso algunos en su residencia, Karlnhall, en Berlín. Justo antes de la derrota de Alemania, estos tesoros artísticos fueron trasladados en tren a una cueva secreta cerca de Königsee, en los Alpes bávaros, pero poco después Goering reveló la situación del escondite al gobierno militar estadounidense.

Sin embargo, el botín de las disputas feudales de Europa palidece cuando se le compara con las matanzas masivas y el pillaje que acompañaron a la colonización europea de las Américas, especialmente en el caso de los españoles. En los capítulos anteriores se cuentan la historia de las flotas cargadas de riquezas y las brutalidades que se cometieron en las primeras expediciones en busca de El Dorado. No obstante, son muchos los que creen que los conquistadores sólo lograron apoderarse de una fracción pequeña del oro y la plata de las civilizaciones con que se toparon y que los nativos escondieron una cantidad mucho mayor para evitar que cayera en sus manos.

En 1971, por ejemplo, unos investigadores descubrieron un gigantesco sistema de túneles de más de ochenta kilómetros de longitud, que iba desde el monte Huascarán, en los Andes peruanos, hasta la costa del Pacífico. Cuenta la tradición que estos túneles sirvieron para almacenar sus tesoros a los incas asediados, pero aún no se ha encontrado ninguno. Según cierta teoría, llevaron por debajo del mar hasta la isla de Guanape, cerca de la costa, y en algún lugar de esta última zona, que en la actualid está cubierta por las aguas, hay una cámar enorme rebosante de riquezas incaicas.

Otra leyenda asegura que también los aztecas de América Centr intentaron engañar a los españo de pertenencias más

templos de la selva. Siempre según la tradición, entre ellas se encuentran cincuenta y dos tablillas de oro que contienen una historia de América Central, y están ocultas en algún lugar desconocido de la región de Tenochtitlan.

Guerras civiles y revoluciones

En los siglos XVII y XVIII se produjeron levantamientos masivos contra el orden establecido en Europa y algunas de sus colonias, empezando por la guerra de los treinta años, que duró desde 1618 hasta 1648, y la guerra civil inglesa, entre 1642 y 1651, culminando con las revoluciones americana y francesa de 1776 y 1789, respectivamente. Sin embargo, durante esta época empezó a cambiar la actitud ante el pillaje, al menos en Occidente, si bien se siguió considerando juego limpio saquear a las razas denominadas «inferiores», como los nativos de América del Sur y, más adelante, a los de Africa. Lo mismo ocurrió con s cargamentos de alta mar, tan vul bles como valiosos, pero Europa no fue obje de saqueos a la misma escala que en tiem de Alarico o los vikingos. Fueron vario s factores que contribuyeron a esta evol gradual: la publicación en 1625 de una del alemán Hugo Grocio, un tratado qu onside pionero sobre las normas de la solución de conflictos int una actitud s ilustrada, pro a de nte las



Oliver Cromwell (1599-1658) y el ejército parlamentario revisan el campo de la victoria en Marston Moor durante la guerra civil inglesa. La batalla, que tuvo lugar en 1644, supuso la primera derrota para la caballería partidaria de Carlos I. En Inglaterra abundan las leyendas sobre tesoros escondidos durante esta época turbulenta de su historia en la que se fundieron incontables objetos de oro y plata para financiar la causa monárquica.

riquezas de otras naciones y la propagación del papel moneda, cuyo valor podía variarse de un plumazo.

Naturalmente, ninguno de los participantes en la guerra civil inglesa comprendió lo anterior con claridad. Según la tradición, el oeste de Inglaterra, y Gales especialmente, sigue albergando tesoros que fueron enterrados allí para evitar que cayeran en manos de las fuerzas parlamentaria[illegible] de Oliver Cromwell. Se cree que hay una verdadera fortuna en el castillo de [illegible]e, en Dorset, oculta en el fondo de un [illegible] al que la arrojó su propietaria para [illegible]varla, dinamitando aquél a continuac[illegible]n. En [illegible]do parlamentario, John Barkstea[illegible] [illegible]quien Oliver Cromwell puso al fren[illegible] [illegible]e la To[illegible] de Londres, a[illegible] [illegible] oca[illegible]

arrebatar a los monárquicos que estaban allí prisioneros cuantos objetos de valor pudo. Se cree que Barkstead escondió su botín en la torre, pero no se ha encontrado.

Las dos grandes revoluciones del último cuarto del siglo XVIII se iniciaron entre lo que hoy en día se denominaría clases medias, a las que preocupaban más sus derechos p[illegible]líticos y civiles que apoderarse de objetos [illegible] valor. La revolución norteamericana [illegible]guió esa línea y dio origen a pocas leyendas [illegible]bre tesoros ocultos. La revolución francesa [illegible] sus consecuencias inmediatas afectaron a [illegible] pobres de las ciudades y al menos a una [illegible]te del campesinado, pero ciertos [illegible]identes como las incursiones en los [illegible] las Tullerías llevaban [illegible] desenfrenada y el



robo a pequeña escala, y no el del saqueo masivo. Lo mismo podría decirse de la revolución rusa de 1917, pero no de la guerra civil que la siguió.

Los aristócratas franceses que huyeron se llevaron cuantos objetos de valor pudieron —María Antonieta, que fue apresada antes de salir de Francia, llevaba joyas, vajillas y cubiertos de plata— y es probable que dejaran muchos más escondidos en su país. Abundan las leyendas de este tipo sobre casas solariegas francesas, pero, por regla general, fueron pocas las riquezas que desaparecieron sin dejar rastro. La misma moderación rigió la época napoleónica, y hay que llegar a nuestro siglo para poder iniciar la búsqueda de riquezas que se perdieron durante la guerra y que aún no han sido recuperadas, sobre todo en los saqueos perpetrados por los nazis, o buscarlas fuera de Europa.

Los tesoros de África

Tras el descubrimiento de diamantes en Kimberley en 1869 y de oro en la Witwatersrand en 1886, miles de buscadores, especuladores y aventureros del mundo entero emigraron a la región que es en la actualidad Sudáfrica en busca de fortuna. Entre ellos se encontraba Cecil Rhodes, de nacionalidad inglesa. La ambición de Rhode era infinita y a mediados del octavo decenio del siglo pasado, la British South Africa Company, de la que era propietario, obtuvo los derechos de explotación minera de Matabelelandia (Ndebelandia), que le concedió el rey de dic

A pesar del acue

al poco tiempo se agriaron las relaciones entre Rhodes y Lobengula, en cuanto el rey comprendió que el objetivo del inglés consistía en anexionar Matabelelandia y las regiones colindantes a la corona británica, pero antes de que esto ocurriera estalló la guerra entre las tropas de la compañía de Rhodes y los matabele de Lobengula.

Existen ciertas pruebas que demuestran que el rey de los matabele se había preparado para el conflicto ordenando a sus súbditos, que se habían trasladado a millares al sur para trabajar en las minas, que se apoderaran de la mayor cantidad posible de diamantes y oro. Sea como fuere, Lobengula amasó una fortuna en lingotes, monedas y polvo de oro, diamantes y marfil, valorada en unos catorce millones de dólares de la época. Era inevitable que los matabele fueran derrotados, pero cuando las tropas de la compañía de Rhodes entraron en la capital tribal de Bulawayo, en 1893, no quedaba ni rastro de Lobengula y sólo una pequeña parte del oro.

Al parecer, el rey huyó con el tesoro por el valle del río Zambesi. Sencillamente desapareció y no se le volvió a ver. Según ciert rumores, escondió sus riquezas en el n miento del río Kori, pero una exped ón que partió en su busca en los años inte de nuestro siglo no encontró el esc lite, quizá porque hay dos ríos con el mismo mbre en esa región y seguramente se equ aron Según algunas versiones de la ida, cuando Lobengula estaba a pu de mori y le quedaban pocos seg ores, les dió a éstos que lo emp dara na cueva ex vada en una

Los objetos de plata del tesoro vikingo de Cuerdale fueron encontrados en el siglo XIX por unos trabajadores a orillas del río Ribble, al noroeste de Inglaterra. Consta de más de 7.000 monedas, así como de fíbulas, cadenas y otras joyas.

La fortuna imperial



El infortunado zar Nicolás II (1868-1918). Se cree que también él murió en Ekaterinburgo, aunque en la mina que posiblemente le sirvió de tumba sólo se encontró un objeto que quizá le perteneció, una hebilla de cinturón, pero se trata de simples conjeturas.



La última zarina de Rusia, nacida en Alemania, Alejandra Feodorovna (1872-1918), precipitó la caída de la monarquía rusa prestando demasiada atención al campesino místico Grigory Rasputin. Al igual que el resto de la familia imperial, se cree que la asesinaron los bolcheviques en julio de 1918, en Ekaterinburgo, y que dejaron su cadáver en una mina. Entre los objetos personales que se hallaron en dicha mina había una cruz de esmeraldas, diamantes y perlas con montura de platino, pero no se encontró su cuerpo.

Los confusos acontecimientos de la Revolución rusa de 1917 y la guerra civil que estalló a continuación entre los bolcheviques y sus enemigos, el ejército blanco, han dado origen a más leyendas sobre tesoros perdidos que ningún otro capítulo de la historia del siglo XX. Los miles de aristócratas y prósperos comerciantes que huyeron al extranjero se llevaron cuantas riquezas pudieron y muchos de ellos aseguraban que habían dejado fortunas escondidas en su país ante la posibilidad de que pudieran regresar más adelante. En Rusia, los ejércitos de ambos bandos y los temibles bandidos de Siberia, que no rendían lealtad a nadie, saquearon las casas, los bancos, las tiendas y demás edificios abandonados y se apoderaron de cuanto cayó en sus manos. En el caso de los dos ejércitos, necesitaban estas riquezas para mantenerse durante la guerra; en el caso de los bandidos, su única motivación era la codicia.

Hay que tratar la mayoría de estas leyendas con suma precaución. Entre los emigrados, arrojados a la fuerza de sus cómodas casas, fueron muchos los que inventaron cuentos sobre las riquezas que habían abandonado en su país con la esperanza de embaucar a los crédulos y avariciosos para que les prestaran ayuda. Sin embargo, hay numerosas pruebas que demuestran la existencia del más fabuloso de todos los tesoros y al menos una posibilidad razonable de que una parte del mismo siga oculto en algún lugar. Este secreto aún no ha sido revelado.

Estas riquezas se conocen con diversos nombres —el oro de los Romanov, el oro de Kolchak, el tesoro del ejército blanco— y casi todo el mundo piensa que se trata de una grandiosa colección de platino, oro, plata, joyas y otros objetos de valor. En realidad, eran tres colecciones distintas y, al parecer, cada una de ellas ha corrido una suerte diferente, aunque cabe la posibilidad de que la segunda y la tercera se unieran en cierta medida.

El destino de los Romanov

Una parte del tesoro corresponde a la fortuna personal del último zar, Nicolás II, y de otros miembros de la familia imperial, los Romanov, y joyas pertenecientes a la corona. Los bolcheviques se apoderaron inmediatamente de estas últimas. Algunas fueron vendidas y el resto se encuentra actualmente en el Kremlin, expuesto al público. En 1917, la fortuna de los Romanov ascendía a unos cuatro millones de dólares. Una parte sirvió para cubrir los gastos de Nicolás, su mujer y sus hijos mientras uvie[illegible] arresto domiciliario [illegible]go (la actual

Sverdlovsk), y los bolcheviques confiscaron un elevado porcentaje de la cantidad sobrante. En Ekaterinburgo se encontraron joyas pertenecientes a la familia imperial después del asesinato del zar y sus familiares más próximos, que tuvo lugar en 1918, según la versión oficial de los hechos. Muchas personas han desmentido el testimonio de los asesinatos de Ekaterinburgo. Según cierta versión, sobrevivió toda la familia, que se fue a vivir de incógnito al extranjero; según otra, sólo murió el zar, en Ekaterinburgo o en otro lugar, y una tercera asegura que se permitió escapar a Anastasia, la princesa más joven. Existen otras teorías, pero ninguna ha podido demostrarse satisfactoriamente.

Lo anterior explicaría la existencia de la mayor parte de los objetos que los Romanov abandonaron en Rusia, pero se sabe que algunos miembros de la familia imperial depositaron grandes riquezas en el extranjero en los años anteriores a la primera guerra mundial y varias personas aseguran que hay una fortuna en oro guardada en un banco fuera de Rusia, a la espera de que la reclame alguien con derecho a hacerlo. La esperanza de recuperar este tesoro fue quizás el motivo que impulsó a la alemana Anna Anderson a presentarse al mundo como Anastasia, asegurando que se había salvado milagrosamente, y otras mujeres han intentado lo mismo hasta los años setenta. Los familiares de los Romanov que aún vivían las consideraron simples impostoras.

En un banco de Berlín Oriental se depositó cierta suma de dinero, pero la caída del marco alemán en el periodo comprendido entre las dos grandes guerras lo despojó prácticamente de todo valor. Es más probable que el oro se encuentre en el Banco de Inglaterra de Londres, aunque los directivos de dicho banco lo han negado enérgicamente en repetidas ocasiones. Una posible explicación, para la que se cuenta con pruebas históricas, es que se depositaron las riquezas antes de 1914, pero fueron retiradas en 1915 para financiar la guerra.

Los restos del tesoro

La segunda parte del tesoro, mucho más importante, estaba integrada fundamentalmente por fondos estatales, que empleó el ejército blanco en su lucha contra los bolcheviques, junto a otros objetos de valor adquiridos en las ciudades en las que el ejército se paraba a descansar, como por ejemplo Ekaterinburgo, Perm, a unos trescientos veinte kilómetros al noroeste, y Kazan, a casi quinientos kilómetros al suroeste de Perm. Con las mareas cambiantes de la guerra civil, resulta imposible seguir los movimientos del tesoro.

Sin embargo, se cree que los bolcheviques se apropiaron de grandes cantidades de oro y objetos de valor cuando tomaron Ekaterinburgo y que después los llevaron a Perm en tren el 17 de julio de 1918, un día después de la presunta matanza de los Romanov y justo [illegible] Ekaterinburgo volv[illegible] de los blancos. Al parecer, esta parte del tesoro estaba integrada por las riquezas personales de los Romanov, propiedades estatales y oro arrebatado a otros. Se encontró una parte cuando los blancos recuperaron Perm, pero el resto desapareció y probablemente fueron los bolcheviques quienes hicieron uso de él.

Prácticamente al mismo tiempo, Kazan se rendía a los blancos. También en esta ciudad había incontables riquezas que habían sido depositadas allí antes de la revolución de octubre con el objeto de impedir que cayeran en poder de los invasores alemanes. Los bolcheviques, o no las encontraron o no pudieron utilizarlas. Según cierto testimonio, ascendía a más de mil mi[illegible]nes de dólares de la época y se trataba [illegible]le lingotes de oro, platino, joyas, acciones y bonos. Esta inmensa fortuna, que quizás a[illegible]mentó con las aportaciones de Perm, fue tras[illegible]da en tren hacia el este, hacia las pro[illegible]dades de Siberia, donde tenía su cuar[illegible] general el almirante Alexander Kolch[illegible], jefe de [illegible]s blancos y nominalmente [illegible]ober[illegible]o Supre[illegible] de Todas las Rusias. Con [illegible]te c[illegible]bio de[illegible]ar se inicia [illegible] siguiente [illegible]a[illegible]da [illegible] tes[illegible]perial.



Las grandes duquesas Olga y Tatiana, hijas de Nicolás y Alejandra, trabajando con otros miembros de la familia imperial en los jardines del palacio real de Tsarskoe Selo, al sur de San Petersburgo, en la primera época de su cautiverio. Transformaron una parte de la pradera en huerta. En agosto de 1917, los prisioneros reales fueron trasladados a Tobolsk, Siberia, y en abril de 1918 los llevaron a Ekaterinburgo.

Los Blancos se repliegan

El lago Baikal, en Siberia, señaló la línea de retirada de los blancos desde Omsk. Sus profundas aguas podrían albergar los lingotes de oro del zar aunque, según otras teorías, el oro debe estar enterrado en la orilla.



Página siguiente, arriba: Los trenes blindados, llamados *broneviki*, que se arrastraban por las vías del transiberiano a unos 25 km/h, desempeñaron un papel importante en la guerra civil rusa. El que aparece en la fotografía, el *Orlik*, pertenecía a la Legión Checoslovaca, que se alió con el Ejército Blanco, antibolchevique. Los checoslovacos escoltaron al almirante Kolchak y su tesoro cuando abandonaron Omsk para dirigirse a Irkutsk.

Página siguiente, abajo: Dos miembros de la Legión Checoslovaca en Kurgan, al oeste de Omsk. En 1918 había unos 50.000 checoslovacos en territorio ruso luchando contra el imperio austrohúngaro por la independencia de su país. Después de que acabara la primera guerra mundial, la Legión Checoslovaca se vio obligada a unirse al Ejército Blanco.

En noviembre de 1919, la guerra civil rusa duraba ya dos años. El Ejército Rojo, que León Trotsky había unificado y transformado en una formidable fuerza de ataque, proseguía su avance mientras el Ejército Blanco, al mando del almirante Kolchak y apoyado por las grandes potencias de occidente, se retiraba hacia el este siguiendo la línea del ferrocarril transiberiano desde Omsk, su cuartel general durante el último año. Se cree que les acompañaba un tren especial que transportaba el tesoro, integrado, entre otras cosas, por unas quinientas toneladas de oro, aunque resulta dudoso que un tren pudiera mover tal cantidad de lingotes en semejantes condiciones.

El oro perdido

Al cabo de un par de meses acabó el reinado de Kolchak. Los aliados occidentales habían empezado a cortejar al gobierno bolchevique. Irkutsk, la ciudad del centro de Siberia considerada el segundo cuart[illegible] general de los blancos, había caído [illegible] poder de los simpatizantes de los bolchevi[illegible]ues. A Kolchak no le quedó más remedi[illegible] que rendirse, y entregó su manto de [illegible] «gobernador supremo» al genera[illegible] [illegible]nikin, que seguía luchando contra los r[illegible] en el sur. Kolchak fue torturado [illegible]urante [illegible]s semanas, hasta que finalme[illegible] lo mat[illegible]on de un tiro, [illegible] como a mu[illegible] de su[illegible] seguidor[illegible] [illegible]aron [illegible]

la mayoría murió de congelación cuando intentaban alcanzar la libertad. Mientras tanto, el oro desaparecía en los tres mil kilómetros y pico de estepa siberiana que separan Omsk de Irkutsk.

O ésta es al menos la opinión más extendida. Al igual que ocurre con la suerte que corrió el zar, existen múltiples versiones sobre los acontecimientos posteriores. Según una de ellas, el oro no se perdió, sino que los miembros de la Legión Checoslovaca que apoyaba a Kolchak se lo entregaron a los bolcheviques a cambio de su liberación. Si hubiera sido así, o si los bolcheviques lo hubieran encontrado en el lugar en que estaba escondido, no tenían ninguna obligación de hacerlo público, y es muy probable que decidieran no hacerlo.

Por otra parte, y según ciertos rumores y tradiciones, los bolcheviques no se apoderaron del tesoro. Algunas personas aseguran que se quedaron con él los supervivientes del Ejército Blanco y que después intentaron trasladarlo por las aguas heladas del Baikal, el lago de mayor [illegible]ofundidad del mundo, que se encuentra [illegible] las cercanías de Irkutsk. Cuando se [illegible]rritió la capa de hielo, se cayó y se perdió [illegible] el fondo. Otros dicen que lo escondieron en [illegible]lgún punto de la línea del ferrocarril [illegible]nsiberiano, en una mina abandonada [illegible] [illegible]glesia en ruinas y [illegible] se encomendó

la tarea fueron asesinados a continuación para que no pudieran revelar el secreto.

Un hombre que, al parecer, era superviviente de este suceso, un tal Slava Bogdanov, regresó al lugar de los hechos en 1959 con un cómplice estadounidense y se llevó varios lingotes de oro que pesaban unos ciento cuarenta y ocho kilos. Unos guardias fronterizos que intentaban romper una barricada mataron a Bogdanov, y según se cree, le arrebataron los lingotes, tras lo cual solamente el estadounidense sabía dónde se encontraba el oro. Esta etapa de la búsqueda del tesoro también acaba en un callejón sin salida.

Pero aún queda por ver qué ocurrió con la tercera parte del tesoro. Mientras Kolchak luchaba contra los bolcheviques en el este, Denikin los hostigaba por el sur. También él necesitaba botín de guerra y es posible que en determinado momento le dieran una parte de la fortuna imperial. De lo que no cabe duda es de que se apoderó de cuanto pudo encontrar en bancos y fincas abandonados con el fin de pagar a sus soldados, comprar armas y fomentar la subversión.

El escondite del mar Negro

En 1973, en un libro publicado en París, un emigrado ruso llamado Nicolás Svidine, que aseguraba haber servido en el ejército de Denikin, relataba los acontecimientos que ocurrieron en el sur de Rusia durante los últimos días de la guerra civil, en 1920, o mejor dicho, cuando la Unión Soviética dice que acabó el conflicto, pues en Siberia continuaron las hostilidades otros dos años. Según Svidine, Denikin comprendió la inminencia de la derrota y ordenó que se hiciera acopio de las mayores riquezas posibles con el objeto de financiar la resistencia de las guerrillas o una nueva invasión de Rusia. El tesoro acumulado se trasladó a orillas del mar Negro, a Bulgaria, país al que escaparon muchos miembros del Ejército Blanco. Allí lo escondieron temporalmente, en un sótano, hasta que lo dividieron en cuatro partes que se enterraron en los impenetrables bosques de la región de Bourgas, puerto importante del mar Negro. Aún podría seguir allí, oculto, enterrado bajo los árboles.

Según todos los testimonios, el tesoro de Denikin no era tan impresionante como el de Kolchak y su valor ascendía a una décima parte de éste, es decir unos cien millones de dólares. Aun así, se trata de una enorme fortuna de miles de rublos en oro, billetes y monedas extranjeros, unos doscientos kilos de platino, cestas llenas de piedras preciosas en bruto y talladas y acciones. Además, parece ser que había documentos de estado que desvelaban da[illegible] desconocidos hasta entonces sobre los acontecimientos de la revolución y la gue[illegible] civil. Resulta tentador pensar que, si de[illegible] verdad existieran dichos documentos, podrí[illegible] contener pistas para encontrar el oro de Kolchak y poder acla[illegible]ra [illegible] misterio de la fa[illegible]





Sv[illegible] hizo cuanto pudo por encontrar el teso[illegible]n el menor resultado. Seguramente nu[illegible] sabrem[illegible]s qué contienen esos do[illegible]mentos [illegible]seguirán siendo un misterio ca[illegible]an sed[illegible]r como el d[illegible] lugar donde se enc[illegible]ndidos los [illegible]tesoros.

Las insignias perdidas del rey Juan



Juan, rey de Inglaterra desde 1199 hasta 1216, es probablemente uno de los reyes más vilipendiados de la historia, a pesar de que fue durante su reinado cuando se redactó la Carta Magna, piedra angular de las libertades en Inglaterra. Sus continuas luchas por el poder contra los barones, su presunta culpabilidad en el asesinato de su sobrino Arturo de Bretaña, las disputas con el papa y el fracaso de las campañas militares de Francia contribuyeron a que su actuación fuera unánimemente condenada. Como colofón, fue el único monarca inglés que perdió todas las joyas de la corona de su país, lo que suscitó una búsqueda que se remonta a más de setecientos años, sin que hasta el momento haya dado ningún fruto.

Los detalles de cómo ocurrió el incidente son oscuros, pero se conocen los acontecimientos más sobresalientes. En octubre de 1216, el rey Juan mantenía una de sus muchas disputas contra los nobles y en los condados de las Midlands se había producido un levantamiento contra su autoridad. El rey abandonó Londres para dirigirse al norte con intención de sofocar la rebelión, acompañado por los soldados leales y un equipaje en el que, entre otras cosas, se encontraban las insignias reales, las de su abuela, la emperatriz de Alemania, y una fortuna en oro y joyas. En los primeros días del mes la comitiva se detuvo en King's Lynn, un antiguo puerto situado en la zona más rica de Inglaterra por aquel entonces.

En aquellos días, King's Lynn se encontraba prácticamente a orillas de un entrante del mar del Norte de aguas poco profundas, el Wash, entre Lincolnshire y Norfolk, en la costa oriental. Sus riberas eran de arena movediza, de movimientos imprevisibles, y estaban sujetas a frecuentes inundaciones. El 12 de octubre, la sobrecargada comitiva atravesó esta zona, camino de Wisbech, situado al sudoeste, para reunirse con el rey Juan, que, según se cree, había llegado hasta allí por una ruta más larga pero menos peligrosa.

Tragados por el mar

La catástrofe ocurrió entre los bancos de arena. Una marea arrasadora atrapó a hombres, caballos y riquezas. Según ciertos testimonios, se perdió todo; otros aseguran e se salvaron muchos objetos de valor que fueron recogidos inmediatamente r barcos de salvamento. Sea cual sea la erdad, lo cierto es que no volvieron aparecer ni las insignias reales, ni el oro, las joyas. El rey murió de fiebres Newark [illegible] unos días,



Izquierda:
En este cuadro de principios de siglo que en la actualidad se encuentra en la Cámara de los Comunes de Londres, aparece el rey Juan, en 1215, los barones ingleses le presentaron la Carta Magna en Runnymede, en el río Támesis. Contrariamente a la creencia popular, el rey no firmó el documento pero manifestó su aceptación de los términos en que estaba redactado imponiéndole su sello. Apenas sirvió para darle un respiro, pues en 1216 volvía a estar en guerra con los señores feudales en una campaña que le costó primero sus riquezas y, poco después, su vida.

Página anterior:
Muchos creen que la copa del rey Juan, que se encuentra en King's Lynn, Norfolk, al este de Inglaterra, forma parte del tesoro que el desgraciado monarca perdió en las aguas del Wash. Pero según los expertos, debe fecharse al menos setenta años después de su muerte.

Desde entonces, historiadores, arqueólogos y buscadores de tesoros han intentado averiguar la ruta exacta que siguió la comitiva que llevaba el tesoro el día fatídico para deducir dónde se puede encontrar. Tropiezan con múltiples obstáculos, porque desde el siglo XIII se ha desecado gran parte de la margen sudoccidental del Wash, por la que discurrían los caminos que podría haber seguido la comitiva que transportaba el equipaje, y no se ponen de acuerdo sobre el lugar en el que pudo haber ocurrido el accidente.

Tras las huellas perdidas

Parece razonable suponer que los viajeros se dirigieran primero a una de las aldeas de la orilla occidental de una franja de tierra situada entre el río Great Ouse y el Wellstream, una corriente de agua en la que desembocan varios afluentes. Según esta teoría, la comitiva debió pasar por los pueblos de Cross Keys, Walpole o Walsoken en el extremo más meridional. Para llegar a los dos primeros tendrían que haber atravesado los bancos de arena de la desembocadura del Great Ouse. Si su siguiente punto de destin[illegible] Walsoken hubieran podido cr[illegible] Ouse por una estrecha franja más elevada y haber realizado la mayor parte del viaje por tierra. Cualquiera que fuera el pueblo que eligieran, tuvieron que vadear el Wellstream para llegar a Wisbech, también flanqueado por bancos de arenas movedizas. Éste parece el lugar más probable de la catástrofe, pero los buscadores de tesoros aún tienen que encontrar el punto exacto en una zona casi triangular de unos dieciséis kilómetros desde la base hasta el vértice y unos ocho kilómetros en el punto más ancho. Han sido vencidos durante siete siglos y cada día resulta más difícil su logro, pues la tierra va transformándose y cambiando, pero sin embargo los buscadores de tesoros siguen sin darse por vencidos.

Cuenta la leyenda que se recuperó un objet[illegible] perteneciente al tesoro y que se encuen[illegible]ra actualmente en la cofradía de la San[illegible]a Trinidad del King's Lynn. Se trata de un [illegible]aso dorado profusamente grabado y ador[illegible]do con esmaltes que se conoce como Copa [illegible] Rey Juan. Es por sí misma una m[illegible]ra valiosísima de artesanía mediev[illegible] pero el estilo y el contenido de los pan[illegible] esmalta[illegible]s demuestran, según los expe[illegible]s, que f[illegible] fabricada entre setenta y cie[illegible] cincu[illegible]a años despué[illegible] de que se [illegible] la m[illegible]rte del re[illegible]

Cuando se retiraron los romanos

Página siguiente:
La colección de objetos de plata romanos más espectacular que se ha encontrado en Gran Bretaña fue desenterrada en Mildenhall, Suffolk, por un labrador, Gordon Butcher, durante la segunda guerra mundial. La zona, que es un rico yacimiento de objetos romanos, estuvo sometida a la continua amenaza de las incursiones de los sajones del otro lado del canal de la Mancha a finales del siglo IV *d*C y se cree que allí se escondió el tesoro para que no lo encontraran los invasores. La enorme bandeja de plata es la más destacada de las 34 piezas de la colección, pero todas son producto de una artesanía exquisita. Actualmente se encuentran en el Museo Británico de Londres.

A finales del siglo IV dC, el imperio romano empezaba a desmoronarse bajo el peso de las acometidas de los bárbaros y las disensiones internas. Se llamó a las tropas destinadas en lugares alejados para que ayudaran a defender las fronteras más próximas a Roma. Las tropas imperiales se marcharon de Britania en el año 407 dC, dejando al país expuesto a la invasión de los sajones de la otra orilla del mar del Norte, que tenían puestos sus ambiciosos ojos en aquella tierra y llevaban varias décadas haciendo incursiones en ella.

Alrededor del año 600, los sajones ya habían conquistado gran parte de las actuales Inglaterra y Escocia, a pesar de la resistencia que presentaban los jefes romanobritanos, entre los que sin duda debía encontrarse el legendario Arturo. Pero en los primeros ataques de los sajones no parecía probable que Britania pudiera ser vencida. Los romanobritanos de las zonas más vulnerables abandonaron sus casas, villas y granjas, algunos para refugiarse en Gales y la región occidental. Muchos escondieron las riquezas que no pudieron llevarse consigo en el exilio, pensando que en un futuro no muy lejano podrían volver a sus tierras y disfrutarlas más adelante, cuando hubiera desaparecido la amenaza sajona.

El prototipo de escondite

Por los yacimientos que se han hallado en Gran Bretaña y otras partes de Europa sabemos que siempre se ocultaban los objetos de valor siguiendo ciertas normas. Por lo general, el escondite se hacía a cierta distancia de los edificios en que se encontraban originalmente los tesoros, sin duda con el fin de que a los invasores les resultara más difícil encontrarlos. El método más corriente fue el enterramiento. No se han hallado objetos de oro o plata en dos de las villas de Britania más ricas de esa época —Lullingstone, en Kent, y Chedworth, en Gloucestershire—, pero sí numerosos mosaicos, murales y útiles cotidianos y semipreciosos. Por otra parte, una vajilla de plata del siglo IV encontrada en Water Newton, East Anglia, no pertenece a ningún edificio de esa época que estuviera en las inmediaciones. Po[illegible] este motivo, descubrir tesoros que los rom[illegible]nos ocultaron ante la invasión de los bá[illegible]baros es en buena medida una cuestión de [illegible]uerte.

Sin duda, la suerte desempeñó u[illegible] papel importante a la hora de descubrir [illegible] colección de obras de arte [illegible]omanas más importante que se ha halla[illegible] en Gra[illegible] Bretaña hasta el momento. [illegible]mpe la [illegible]rma general, pues [illegible]na parte del tesoro n[illegible] encont[illegible]ás de treinta metro[illegible] un

edificio del siglo IV, pero no existe ninguna relación clara entre éste y el tesoro.

La fortuna de un labrador

En 1942, un labrador que trabajaba en unas tierras cerca de Mildenhall, en Suffolk (Inglaterra), decidió por razones que desconocemos meter la reja del arado a mayor profundidad que de costumbre. Cuando penetró en una tierra que probablemente nadie tocaba desde hacía siglos, apareció una serie de objetos diversos que, una vez limpios de la arena que llevaban incrustada, parecían de plomo o peltre y, por tanto, de poco valor intrínseco. El labrador le entregó estos objetos a su patrón, que se los llevó a su casa y no volvió a pensar en ellos.

Pero en 1946 se anunció oficialmente el descubrimiento y se limpiaron debidamente los útiles hallados. El tesoro de Mildenhall brilló en todo su esplendor: treinta y cuatro piezas decoradas de plata, de un valor incalculable, de gran calidad y casi en perfecto estado. La mayoría está fechada en el siglo IV, pero algunas piezas son casi doscientos años más antiguas, quizá recuerdos de familia que fueron pasando de una generación a otra. La mayor parte procede de Roma o de la Galia, y algunas pueden ser de fabricación britana.

La colección está formada por copas, platos y cucharas, pero entre todo ello destacan dos objetos. Uno es una bandeja de plata de sesenta centímetros de diámetro, profusamente decorada con dioses y monstruos que rodean a la figura del centro, que representa a Océano, dios del mar. El otro es un cuenco con una tapa en forma de cúpula decorada con centauros, dioses y animales salvajes y coronada por un botón que representa a Tritón, otra divinidad marina, tocando un cuerno de concha.

Se cree que el tesoro de Mildenhall fue enterrado por una familia acomodada para evitar que cayera en poder de los sajones y que, además de acaudalados, sus propietarios debían haber viajado mucho, por la variada procedencia de los objetos. Es probable que perteneciera al general Lupicinus, al que el emperador Juliano envió a Britania en el siglo IV para detener a los invasores bárbaros. Lupicinus era cristiano y algunas cucharas de la colección s[illegible]n del tipo que a veces se regalaba en [illegible]s bautizos, aunque este factor no demuestra [illegible]ran cosa por sí mismo. Por otra parte, [illegible]uliano fue quien intentó que Roma [illegible]lviera a adoptar el paganismo. Mandó [illegible]estar a Lupicinus y quizá fuera ésta [illegible]zón por la [illegible]e el general nunca pudo [illegible]uperar sus recuerdos de familia.



El marfil de Emin Pashá



Tras meses de penurias, Stanley encontró a Emin Pashá cerca del lago Albert, en el actual Zaire, pero Emin (izquierda) no estaba dispuesto a abandonar su marfil y aceptó partir hacia Zarzíbar de mala gana.

Durante siglos, dos de los product s más valiosos del África sahariana y subsahariana han sido el «oro» ne y blanco, los esclavos y el marfil, respectivamente, y ambos desempeña on un papel importante en la econ mía prim iva de Ecuatoria, la zona que rrespond ía más o menos al actual sur de Sudán.

En 18 de Egipto, Khedi Ismail, eligió a un británico, Samuel Baker, para realizar la tarea de anexionar Ecuatoria a su país y acabar con el tráfico de esclavos en la región. Al cabo de cuatro años, Baker, hombre de espesa barba y aspecto de pirata, fue sucedido en el cargo de gobernador de la provincia por otro británico, el general Charles Gordon, conocido como «Chino» Gordon por sus hazañas militares en el Lejano Oriente.

Un tesoro de marfil

Gordon, hombre ascético y solitario, continuó la lucha de Baker contra los mercaderes de esclavos y logró erradicarlos en una zona en la que no lo habían logrado sus antecesores convenciendo a los nativos de que sólo vendieran el marfil al gobierno egipcio. Este monopolio dio origen a las circunstancias en que se creó uno de los mayores misterios sobre tesoros perdidos en África.

Gordon llegó a ocupar el cargo de gobernador de todo Sudán, mientras que Emin Pashá, nacido en Alemania, lo sustituía en Ecuatoria. Pero en 1881, el Sudán fue desgarrado por una rebelión encabezada por el Mahdi (nombre que significa «guía divina»), un tal Mohammed Ahmed, que quería volver a implantar las costumbres tradicionales del Islam y expulsar a todos los extranjeros. En 1885, la capital sudanesa, Jartum, cayó en poder de las tropas del Mahdi, y Gordon, que dirigía la defensa, fue asesinado.

La victoria del Mahdi abrió a los rebeldes las puertas de Ecuatoria, país en el que continuaba Emin Pashá con las tropas leales y unas doscientas toneladas de marfil que había recogido, pero que, a causa de la rebelión, no había podido embarcar por el Nilo. A medida que avanzaban las tropas del Mahdi, Emin retrocedió hacia el sur, escondiendo una parte de los colmillos de elefante y llevándose otra parte a su nueva residencia de Wadelai.

Stanley y la expedición de rescate

La opinión pública europea, inflamada por el cerco de Jartum y la muerte de Gordon, exigió que se hiciera algo para salvar a Emin. En 1887, el veterano explorador de África H. M. Stanley, que se había hecho famoso por haber encontrado al doctor David Livingstone, inició una expedición de rescate. Dicha expedición fue íctima de varias catástrofes: fue atacada por los nativos y por las enfermedades, padeció escasez de alimentos y tuvo que ontinuar sin la ayuda de los seiscientos rteadores que les habían prometido. almente, Stanley y su diezmado grupo a Emin Pashá, pero el



El rey Leopoldo II de Bélgica patrocinó la expedición de H. M. Stanley para rescatar a Emin Pashá. En 1887, Stanley recorrió en barco el río Congo y después fue a pie por la densa selva, en la que murieron 200 hombres víctimas de emboscadas de pigmeos y enfermedades.

gobernador no quiso irse con ellos.

Tras varios meses de discusiones, lograron convencerlo para que fuera a Zanzíbar, situado en la costa oriental de África, en lugar de quedarse donde estaba. El grupo era demasiado reducido para transportar más que una mínima parte del marfil que aún conservaba Emin, por lo que éste tuvo que esconderlo en algún punto cercano al lago Albert, en la frontera entre los actuales Uganda y Zaire.

Emin eligió el escondite cuidadosamente, pues se encontraba en una zona sobre la que tenía derechos Alemania. Pensó que podría recuperar los colmillos más [illegible]

y donarlos a su país de origen, pero, por desgracia, sus planes fracasaron, pues el territorio en cuestión fue cedido a Gran Bretaña.

Ni Emin ni Stanley pudieron regresar al lu[illegible]ar del escondite. Emin fue asesinado en 18[illegible]2 por los mismos traficantes de escla[illegible]s contra los que habían luchado Gord[illegible] Baker y él. No se tiene noticia de q[illegible] dijera a nadie dónde se encontraba el te[illegible]o exactamente. Stanley no murió hast[illegible] 1904, pe[illegible] no volvió a África y no se [illegible]ene la ce[illegible]eza de que supiera algo más qu[illegible]a zona aproximada en donde podría enc[illegible]rse escondido el m[illegible]

El botín del Eje



Hitler (izquierda) estrechando la mano al mariscal de campo Rommel cuando se reunieron en octubre de 1942, fecha clave en la historia de la Alemania del Tercer Reich. Al cabo de unos días, las tropas del desierto dirigidas por Rommel eran derrotadas en El Alamein y, pasados unos meses, Rommel se vio obligado a abandonar Africa, llevándose la fortuna que había amasado.

Cuando los nazis invadieron gran parte de Europa entre los años 1938 y 1943, sus jefes militares saquearon los territorios ocupados. Despojaron de sus mejores obras a museos y galerías privados y públicos de Francia, Holanda, Bélgica, Checoslovaquia, Polonia, Hungría y otros países. Saquearon las iglesias y las cajas fuertes de los bancos, apoderándose de lingotes y monedas de oro y plata, y obligaron a millones de ciudadanos a entregarles sus joyas, recuerdos de familia y otros objetos de valor bajo amenaza de tortura.

Es imposible calcular el valor real de los tesoros de los que se apropiaron el Tercer Reich y sus aliados, oficial y extraoficialmente, pero sin duda ascendía a miles de millones de dólares, y algunas de las obras de arte que robaron son únicas.

La devolución del botín

El proceso de restitución de estas inmensas riquezas a sus dueños legítimos comenzó poco después de la rendición [illegible]e Alemania en 1945 y aún continúa en l[illegible] actualidad. Por ejemplo, a principios [illegible]e los años ochenta se encontraron cuadro[illegible] pertenecientes al botín de los nazis [illegible] casa de un antiguo oficial de las SS que [illegible]abía pasado inadvertido durante [illegible]uchos a[illegible]s con nombre falso.

Según cálculos oficiales, se [illegible]a recup[illegible]ado aproximad[illegible] el 80 por 100 de [illegible] riquezas arrebatadas por los nazis y sus secuaces. Aun aceptando esta cifra, el valor de lo que queda por descubrir se elevaría a una suma astronómica, pero estos cálculos son muy optimistas, pues sólo pueden aplicarse a los objetos de los que se sabe que fueron robados, es decir de los que existe algún testimonio. Sin embargo, aún no han aparecido ciertos objetos que representan millones de dólares.

El grueso de las piezas que se han dado por desaparecidas oficialmente está escondido o en manos de particulares. En el caos que siguió a la caída del Tercer Reich, muchos hogares fueron saqueados por miembros de las tropas alemanas y de ocupación. Algunos militares se quedaron con el botín y otros lo vendieron en el mercado negro. Por ejemplo, cuando las potencias aliadas entraron en Berlín, fueron retirados de la banca estatal obligaciones y títulos por valor de unos cuatrocientos millones de dólares y sólo se sabe dónde fue a parar una pequeña parte de los mismos. También desaparecieron sin dejar rastro lingotes y monedas de oro y plata y joyas valorados en doscientos millones de dólares. La explicación c[illegible]múnmente aceptada es que se produjo un [illegible]lpe conjunto de soldados estadounidenses [illegible] alemanes, pero nadie ha sido acusado [illegible] delito.

[illegible]ueo en Berchtesgaden?

[illegible]table que el objeto de los rumores

más persistentes sobre los tesoros perdidos en el transcurso de la segunda guerra mundial sean los dirigentes de las potencias del Eje, Hitler y el dictador italiano Benito Mussolini, y muchos jefes militares, como el mariscal de campo Erwin Rommel. Podría escribirse un libro con las historias que se cuentan sobre el tesoro de Hitler, que, según unos, se encuentra en el fondo de un lago de montaña en la frontera germano-austriaca o en una cueva o mina abandonada de los alrededores, y, según otras versiones, en manos de ex nazis o neonazis que trabajan para lograr la resurrección de una Alemania nacionalista y militarista. Como todas las teorías de este tipo, en ésta existen ciertos elementos de verdad. Antes de suicidarse en Berlín, Hitler había planeado continuar la resistencia contra los aliados invasores desde su «último reducto» en las montañas del sudeste de Baviera, cerca de Berchtesgaden y la ciudad austriaca de Salzburgo. En la primavera de 1945 ya estaban muy avanzados los preparativos para la acción y hubiera sido natural incluir entre los materiales destinados a Berchtesgaden lingotes y monedas de oro y plata que hubieran servido para pagar a las tropas leales y para comprar las armas necesarias.

Esta teoría está muy extendida en Alemania y Austria, sobre todo en las zonas cercanas a Berchtesgaden, cuyos habitantes aseguran que los nazis enterraron grandes cantidades de oro en las etapas finales de la guerra. Los detalles son confusos y en la región abundan los lagos de aguas profundas y las minas de sal abandonadas, así como los bosques. Cualquiera de estos lugares podría haber sido un buen escondite.

Fue en los bosques de Salzburgo donde tuvo lugar una serie de extraños acontecimientos en los años cincuenta que posiblemente contribuyeron a dar mayor credibilidad a los rumores que circulaban por la región. En 1955 se encontró el cadáver de un joven, con una herida de bala entre los ojos. Se descartó la posibilidad del suicidio, porque el proyectil no correspondía a la pistola que se halló junto al cuerpo de la víctima, pero no se encontró ninguna pista sobre el asesino ni sobre el móvil del crimen. Poco después murieron allí cerca dos alpinistas, apuñalados, y junto a sus cuerpos, en el suelo, había varios agujeros, como si hubieran desenterrado varios cofres o cajas.

Estos datos apuntan a la posibilidad de que el tesoro de Hitler se encuentre en otro sitio. Incluso pudiera ser que lo hubieran trasladado a América del Sur, refugio de varios destacados ex nazis, pero muchas personas piensan que sigue en algún punto próximo a Berchtesgaden, custodiado por quienes se consideran herederos y sucesores de Hitler.

El tesoro de Rommel

En comparación con el supuesto tesoro de Hitler, la suerte que corrió la fortuna



El Nido del Águila, escondite de Hitler en las montañas cercanas a Berchtesgaden, en los Alpes bávaros, debía ser el puesto de mando de la última tentativa de resistencia de los nazis en la segunda guerra mundial. Se hicieron grandes preparativos para defenderlo, pero Hitler murió en Berlín y no llegó a retirarse allí. No obstante, se llevaron trenes enteros llenos de riquezas a aquella zona en la primavera de 1945, entre las que se contaban grandes cantidades de oro que aún no han sido recuperadas.



El castillo de Neuschwanstein, en Füssen, cerca de la frontera austriaca, fue otro de los escondites de los objetos de valor que recogieron los nazis en toda Europa. Cuando la VII flota estadounidense encontró el tesoro de Neuschwanstein, en 1945, ni siquiera habían desembalado la mayoría de los cuadros. Hitler se llevó lo más selecto del botín y el resto estaba destinado a la galería Hermann Goering, que debía construirse en Linz, Austria.

amasada por el mariscal de campo Rommel, el brillante estratega que dirigió la campaña alemana en el norte de África, es relativamente clara aunque no se tiene noticia de que se haya encontrado.

Entre marzo de 1941 y octubre de 1942, el Afrika Korps de Rommel parecía imparable. Obligó a retroceder a las tropas aliadas del desierto y adquirió el control sobre Libia, gran parte de Túnez y el norte de Egipto. En su avance triunfal, Rommel se apoderó de grandes cantidades de oro, joyas, obras de arte y marfil que estaban destinadas a los cofres del Tercer Reich.

Pero las cosas cambiaron en El Alamein el 23 de octubre de 1942, y en mayo del año siguiente la mayor parte del norte de África volvía a caer en poder de los aliados. El Afrika Korps se vio obligado a retroceder, llevándose las riquezas, y Rommel huyó a Europa. S[illegible] la mayoría de los testimonios, su botín fue transportado en avión a la isla de Córcega unos días antes de que los aliados llevaran a cabo el bloqueo aéreo y marítimo y lo dejaron allí bajo vigilancia militar de los alemanes.

El tesoro del golfo de Bastia

Pero con los aliados preparándose para invadir Italia, había pocas posibilidades de sacar el tesoro de la isla y seguramente se tomaron medidas para esconderlo y evitar que cayera en manos del enemigo.

Sea como fuere, en un momento determinado del otoño de 1943 desapareció. Según la versión más factible de los acontecimientos, lo subieron a bordo de un barco alemán la noche del 18 de septiembre de 1943 y lo arrojaron al mar en el golfo de Bastia, situado en el extremo nordeste de Córcega, [illegible] a la isla de Elba. Se han hecho



diversas tentativas para encontrarlo, en los años sesenta, por ejemplo, cuando un antiguo soldado aseguró que había tomado parte en aquella acción y que, por tanto, conocía el lugar exacto.

Era tan convincente que persuadió a una serie de personas para que crearan un consorcio e iniciaran la búsqueda del tesoro, pero antes de que empezara la operación de rescate, el antiguo soldado sufrió una repentina pérdida de memoria y no pudo localizar el escondite, de modo que hubo que cancelar la expedición. Al poco tiempo, el que iba a ser guía de la expedición desapareció, probablemente asesinado por el mismo grupo de ex nazis que supuestamente custodiaban el tesoro de Hitler.

El misterio de los millones de Mussolini

Por el contrario, no parece que exista ninguna banda de guardianes que se ocupe de la custodia de otro botín de guerra que también fue confiado a las aguas: la fortu personal del dirigente fascista italiano Mussolini. Su propio pueblo lo derrocó apenas dos meses antes de la desaparición del tesoro de Rommel, pero escapó al norte de Italia con la ayuda de los alemanes, que lo hicieron gobernador marioneta de la llamada República de Saló.

A principios de 1945 se puso de manifiesto que los alemanes ya no podrían resistir a las tropas aliadas que ascendían inexorablemente por la bota italiana. Tanto Mussolini como ellos huyeron. El antiguo dictador y su amante, Claretta Petacci, llegaron al lago de Como, y allí los partisanos los reconocieron y los mataron, y después colgaron sus cuerpos boca abajo para que todo el mundo los viera.

Otto Kisnatt, jefe de la guardia alemana de M ssolini, tuvo más suerte y logró escapa r y sobrevivir a la guerra. Según su pr pio testimonio, se llevó dos maletas replet de joyas y las arrojó al lago de Como.

Kisr lo mantuvo en secreto hasta 1957, fecha en que se lo contó a la policía alemana y a la italiana. Se organizó inm diatamen una búsqueda oficial, pero no encontraron las maletas, que podrían seg en el fondo del lag

Capítulo VI

Las ganancias derivadas del delito

ALGUNAS personas sostienen que quienes hoy en día deciden vivir al margen de la ley tienen las cosas más fáciles que nunca. Con la ayuda de la alta tecnología, desde los ordenadores hasta los rayos láser y desde la cirugía plástica hasta el ultrasonido, parece como si todo estuviera de su parte, pero no hay que olvidar que las fuerzas del orden también tienen acceso a estos adelantos tecnológicos y que suelen estar mejor organizadas y cuentan con mayores medios.

En todas las épocas, el principal problema no ha radicado tanto en hacerse con el botín como en *deshacerse* de él. Secuestradores, bandidos y ladrones urbanos han tenido que enfrentarse con este problema, y para resolverlo se han visto obligados en muchas ocasiones a abandonar riquezas cuantiosas que aún no han sido recuperadas. En las páginas siguientes ofrecemos varios relatos que hablan de las ganancias obtenidas delictivamente y de cómo las escondieron los autores del delito.

En julio de 1976 desapareció de un banco francés una enorme suma. Valorado entre ocho y diez millones de dólares, se trata de uno de los robos más osados, insolentes y rentables de todos los tiempos, y aún se sigue investigando.

Cámaras acorazadas subterráneas

Albert Spaggiari, antiguo paracaidi sta y ladrón profesional de cuarenta y cir co años de edad, irrumpió en una sucursal .e la Société Générale de Niza el 16 de julio de 1976, con nueve cómplices. Excavaron un túnel hasta la cámara acor. zada subt rránea y pasaron cuarenta y ocho h. ras desva ijando tranquilamente las cuatrocientas caja de segurid... nadie los moles a

Mientras se apoderaban de joyas, acciones, bonos y dinero en metálico, cobraron fuerzas con el vino y la comida que habían llevado a tal efecto. Entre las cosas que hallaron había varias fotografías pornográficas que sin duda alguien había depositado en el banco para evitar un posible chantaje. Los ladrones las cogieron y las pegaron en las paredes de la cámara acorazada.

A principios de 1977 detuvieron y juzgaron a Spaggiari. Prometió al juez que revelaría los planes detallados del robo, pero su magnánimo gesto no pasó de eso, de un simple gesto. Se produjo una breve escaramuza en la sala de juicios y unos momentos más tarde el acusado se desembarazaba de los guardias que lo custodiaban. Valiéndose de su entrenamiento de paracaidista, saltó desde una ventana del segundo piso y aterrizó en el capó de un coche que estaba estacionado abajo. El automóvil desapareció a gran velocidad y no se ha vuelto a saber nada ni de Spaggiari ni del botín.

Existen numerosos ejemplos de robos en que se ha apresado o juzgado a los ladrones antes de que se recuperaran todas las ganancias obtenidas por los mismos. Por tanto, aún hay ocultas grandes riquezas a la espera de que se tope con ellas cualquier persona afortunada. Ésta es la situación que se produjo tras el atraco a la diligencia de Deadwood en 1878.

El oro de Deadwood

Dos años antes del atraco se había encontrado oro en las Montañas Negras de Dakota del Sur. La línea de diligencias de ...eyenne y las Montañas Negras ...sportaba cargamentos regularmente desde ...wood, una típica ciudad ingobernable

habitada por mineros hasta Cheyenne, capital de Wyoming. Para transportar mercancías valiosas en este trayecto se utilizaba un vehículo blindado, el *Monitor*, que contaba en su haber con un envidiable número de operaciones llevadas a cabo con éxito.

A un antiguo soldado llamado Charles Carey, que había guerreado contra los indios a las órdenes de Custer, no le importaba la buena reputación del *Monitor* y, tentado por los cuatrocientos mil dólares en lingotes de oro que normalmente llevaba la diligencia, decidió quedarse con una parte. Por eso, el 26 de septiembre, sus hombres y él tendieron una emboscada en la estación de Canyon Springs, no lejos de Deadwood. Tras reducir al empleado de las cuadras y encerrarlo en el granero, dispersó a su banda entre los graneros y establos de los alrededores.

El *Monitor* llegó a Canyon Springs puntualmente, como de costumbre, y se detuvo para cambiar el tiro de seis caballos. Carey y sus hombres abrieron fuego inmediatamente y mataron a un telegrafista e hirieron a dos guardias, pero antes de que se rindiera la diligencia, uno de los guardias y el mozo de cuadras lograron huir y dar la alarma, matando a dos miembros de la banda de Carey. A éste se le presentó entonces el problema de abrir un cofre de hierro y acero enorme con una fuerte cerradura. Sabía que en seguida enviarían un grupo armado de Deadwood a perseguirlos, por lo que tenían que escapar a toda velocidad, pero tardaron dos horas enteras en romper el cofre a golpe de mazo, palanqueta y escoplo. En su interior hallaron diamantes, joyas, tres mil quinientos dólares en efectivo y trescientos dieciocho kilos de oro en lingotes.

Como tuvieron que huir rápidamente, Carey dejó enterrada gran parte del metal en dos escondites distintos, uno en Canyon Springs y el otro en Pino Springs. Era sólo cuestión de tiempo que apresaran a todos los bandidos. El propio Carey cayó en manos de los vigilantes, que lo esposaron inmediatamente. No se llegó a recuperar más de la mitad del botín y el escondite de Canyon Springs sigue siendo un misterio.

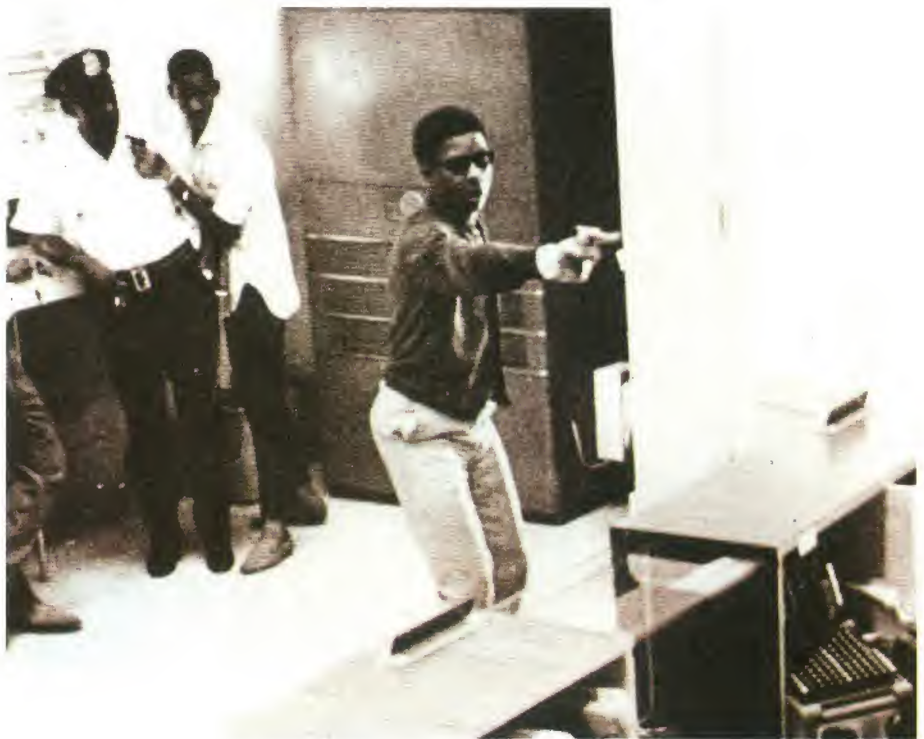
A veces, los autores de un robo cuyas ganancias son potencialmente muy cuantiosas las gastan en las tentativas de huida. Pagan sumas astronómicas por casas en las que esconderse, operaciones de cirugía plástica, pasaportes falsos y demás, y al final, el fugitivo acaba arruinado y puede considerarse afortunado si sobrevive sin necesidad de ponerse a trabajar otra vez. Así fue como desapareció el botín del que se ha dado en llamar el delito del siglo en Inglaterra: el gran robo del tren correo de Glasgow.

El gran robo del Tren Correo

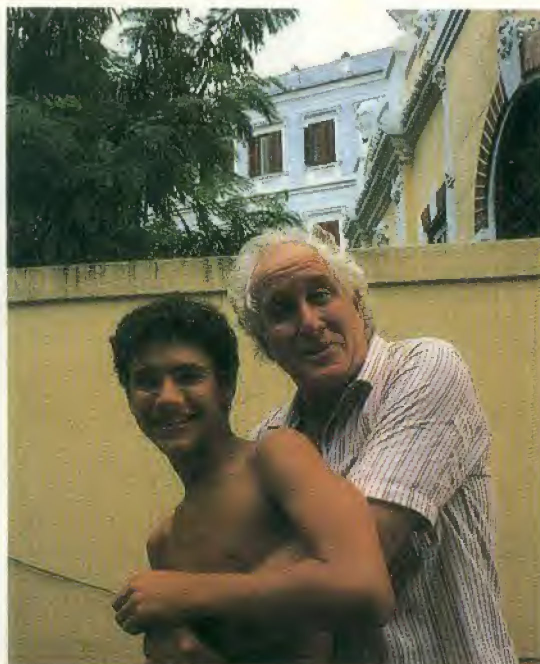
Tuvo lugar en 1963, la noche del 7 de agosto. El Tren Correo Real (prácticamente una oficina de correos móvil) salió de Glasgow (Escocia) con destino a la estación londinense de Euston, a la que debía llegar a la mañana siguiente. A la cabecera del tren iba un vagón especial con ciento veinte sacas, todas ellas llenas de billetes usados y mugrientos de una y cinco libras. A las tres de la mañana, en un paraje solitario a unos cincuenta y ocho kilómetros de Londres, el conductor se detuvo ante un disco rojo. Unos enmascarados provistos de barras de hierro, hachas y otras armas irrumpieron en el tren y redujeron al conductor y al guardia. Desengancharon la locomotora y el vagón del dinero y dejaron los demás estacionados en la vía, mientras los clasificadores del correo continuaban con su trabajo felizmente ajenos a lo que ocurría. Desvalijaron el vagón especial tras empujarlo por la vía poco más de quinientos metros, hasta un puente en donde estaban apostados unos coches y camiones para la huida.

Los empleados del vagón del dinero se rindieron en cuanto se vieron amenazados por la banda y al cabo de media hora el botín, que ascendía a seis millones de dólares, es decir dos millones seiscientas mil libras, se encontraba en su escondite temporal, la casa de una granja recién alquilada, Leatherslade Farm, situada en una zona despoblada cerca de Oakley, Buckinghamshire. Estaba a menos de treinta kilómetros del lugar del atraco.

Al parecer, el delito fuè perpetrado por diecisiete atracadores. Si este dato es cierto, tres de ellos desaparecieron sin dejar rastro. Los peces gordos, los que lo habían planeado todo meticulosamente, hasta el mínimo detalle, como, por ejemplo, manipular las señales para obligar al tren [illegible]dete[illegible] y cortar los ca[illegible]fono



En este atraco a una sucursal de la American Security and Trust Company de Washington, DC, tres hombres armados irrumpieron en el edificio mientras otro esperaba a un coche afuera. A pesar de que los tres hombres fueron recogidos por una cámara oculta, huyeron con más de cien mil dólares.



Ronald Biggs, el único participante en el gran robo del tren correo que logró huir, posa tranquilo y bronceado en Río de Janeiro con su hijo Mike, causa de que no fuera deportado al Reino Unido. Se cree que Biggs gastó toda su parte del botín en preparar la huida.

de emergencia que había junto a las vías, eran siete; cuando estos siete individuos fueron a la granja para repartirse las ganancias, se descuidaron y dejaron huellas por todas partes.

A pesar de que los delincuentes llevaban al menos una hora de ventaja, la policía los encontró muy pronto. Los rodearon, los detuvieron y en el juicio fueron condenados a una pena sorprendente para un país como Inglaterra: treinta años de prisión a cada uno, que se redujeron gracias a la apelación.

Cada uno de los hombres que habían participado en la operación se llevó unos trescientos sesenta mil dólares del fondo común. Cuando se vieron acosados por la policía, algunos se pusieron nerviosos y buscaron un lugar para esconder el dinero, que se había convertido en una pesada carga. Se encontraron unos cuarenta y cinco mil dólares en un pueblecito de Surrey llamado East Molesey, y en Londres se descubrió un cuarto de millón de dólares oculto en un coche y un camión. En un bosque cercano a Dorking apareció una suma parecida, y setenta mil dólares en una

caravana abandonada.

Sólo dos hombres pudieron conservar su parte del botín. Douglas Gordon Goody guardó sus trescientos sesenta mil dólares en un lugar tan seguro que probablemente lo recuperó cuando salió de la cárcel, tras haber cumplido su condena. Ronald Arthur Biggs, el más famoso de la banda, escapó de la cárcel al cabo de doce meses. Primero fue a Australia y después a Río de Janeiro, donde seguía viviendo mediada la década de los ochenta, pero había empleado todo el dinero en enormes sobornos para preparar su huida por medio mundo. En Brasil se vio obligado a trabajar de carpintero y a conceder costosas entrevistas para sobrevivir en un ambiente espartano.

¿Y el resto del botín? Aún no se han encontrado cinco millones de dólares, que quizás estén enterrados a la orilla de cualquier sendero verde y cubierto de hojas de Inglaterra.

No siempre se recuperan las ganancias derivadas de un delito. Tal es el caso del robo de las joyas reales de Hesse-Darm, una de las grandes familias aristocráticas más antiguas de Europa.

El hallazgo de Estados Unidos

Cuando la segunda guerra mundial estaba a punto de terminar, la gran duquesa Margarita de Hesse abandonó su residencia, el castillo de Kronberg, en los montes de Taunus (Alemania) y la cedió a las tropas del general Patton, pero antes había escondido las joyas reales bajo una losa de piedra de la bodega para dejarlas a salvo hasta que acabara la guerra.

Durante su ausencia, unos soldados estadounidenses encontraron la caja, forzaron la cerradura y, según se cree, se la entregaron a unos oficiales. A principios de 1946, la princesa Sofía de Hesse iba a casarse con el príncipe Jorge Guillermo de Hannover y pensó que le gustaría llevar en la ceremonia algunas de las joyas reales que eran recuerdos de familia. Fue a ver a los estadounidenses que aún ocupaban el castillo para pedirles que se las devolvieran.

Era la primera vez que aquéllos oían hablar de tal asunto. Las investigaciones posteriores dieron como resultado que, en la época en que desaparecieron las joyas, entre los residentes del castillo había una oficial que desempeñaba tareas de asistente social, la capitán Kathleen B. Nash, y un tal coronel James W. Durant, que se casaron poco después de volver a Estados Unidos. En el transcurso de una inspección de rutina, los Durant intentaron escapar. Los detuvieron y al final se descubrió la verdad.

Al parecer, los soldados que encontraron las joyas se las entregaron a la señorita Nash y ésta a su vez se las enseñó a Durant. Junto al comandante Watson, decidieron quedarse con las joyas, venderlas y poner un negocio con las ganancias. Tras ser interrogado, Durant llevó a la policía a la taquilla que tenía alquilada en la estación de Chicago del Ferrocarril Central de Illinois. Allí, en una caja de cartón, había un montón de joyas deslumbrantes, arrancadas de sus valiosas monturas.

Se encontraron más joyas reales en casa de la hermana de la señora Durant. La buena señora había aceptado un regalo de Kathleen Durant consistente en una vajilla de oro maciza adornada con gemas. Inconsciente de su valor y sus asociaciones históricas, la utilizaba a diario. Hasta ese momento, los investigadores habían recuperado piezas por valor de medio millón de dólares, aproximadamente.

Pulseras y diademas

A continuación localizaron al comandante David F. Watson, que seguía destinado en Alemania. Tras pasar cierto tiempo con él, los investigadores encontraron otra parte del tesoro: pulseras de diamantes, diademas de perlas y anillos de amatista. También aparecieron varias monturas en una joyería de Belfast, en Irlanda del Norte.

El ejército estadounidense devolvió orgullosamente todos estos objetos a la gran duquesa de Frankfort, pero ella insistió en que faltaban muchas joyas. Mientras los agentes del ejército reanudaban la búsqueda, la señora Durant fue juzgada y condenada por el delito de robo a cinco años de prisión y a expulsión deshonrosa del ejército. A Durant, el presunto cerebro de la operación, le correspondieron quince años de trabajos forzados y también lo expulsaron del ejército.

Poco antes del juicio de Durant se habían encontrado tres tarros de encurtidos enterrados al borde de una carretera cercana a la casa de los Durant, en Virginia. Dos de ellos contenían joyas y el tercero estaba lleno de dinero, unos quince mil dólares. Más adelante se descubrieron otras joyas pertenecientes al castillo de Kronberg.

Y éste fue el último hallazgo. Según el príncipe Felipe de Hesse, aún no se ha recuperado una gran parte de las joyas reales. Probablemente nunca se encontrarán, pues no cabe duda de que habrán sido talladas las faltantes, dándoseles una forma distinta para impedir su identificación hasta poder ser vendidas en el mercado internacional.

Otro robo de joyas reales tuvo un final más feliz. Nos referimos a las joyas de la corona inglesa, que fueron sustraídas hace varios siglos.

Primero las robó Oliver Cromwell, en 1649. Se las recuperó y depositó en la Torre de Londres, bajo vigilancia armada. En aqu[illegible]lla época, en las habitaciones que hab[illegible]a sobre la sala de las joyas de la Torre de Martin (que forma parte de la To[illegible]re de Londres) vivía un matrimonio compuesto por Talbot y Dolly Edwardes. Su trabajo consistía en limpiar las joyas y ayuda[illegible] a vigilarlas. También desempeñaban fu[illegible]ciones de guías y recibían [illegible] los [illegible]sitantes [illegible]stinguidos que tenían [illegible]ermi[illegible] para verlas. Los Edwa[illegible]es [illegible]lica[illegible]n su origen e hist[illegible]

Página anterior, abajo: El llamado gran robo del tren correo inglés de 1963 es el más importante de todos los tiempos. Los ladrones escaparon con 120 sacas de correos que contenían unos 2.632.000 libras en billetes usados. Detuvieron a casi todos, pero sólo se recuperaron 343.448 libras. En la fotografía aparece un hombre de estatura media junto al enorme montón de billetes que correspondería a la cantidad robada.



En abril de 1671, un clérigo y su mujer fueron a ver a los guardianes. Visitaron varias veces la torre y acabaron entablando amistad con ellos. En el transcurso de una de estas visitas, el ministro les confió que conocía a un joven rico que podía ser el marido ideal para su hija y decidieron llevar al caballero en cuestión a la siguiente entrevista para que sus futuros suegros le dieran el visto bueno.

Ladrones de joyas

El 9 de mayo, el clérigo volvió no con un hombre, sino con dos, asegurando que uno de ellos era su sobrino y el otro, el pretendiente de la hija de los guardianes. Rogó a Edwardes que enseñara a sus amigos la sala de las joyas. Edwardes accedió y en cuanto entraron en la sala, los hombres lo golpearon, lo ataron y amordazaron y a continuación se apoderaron de las joyas.

El religioso aplastó la corona con un mazo para poder metérsela en un bolsillo. Otro hombre cogió la esfera de oro del cetro real y el tercero lo partió por el medio con una lima y se guardó las dos mitades en unos bolsillos especiales. Cuando salían de la torre, los guardias los descubrieron y dieron la alarma. Al cabo de una hora se recuperaba el tesoro.

El falso sacerdote resultó ser el famoso coronel Thomas Blood, un rebelde irlandés que había luchado junto a Cromwell y que había intentado secuestrar a la familia real en varias ocasiones. En el juicio, Blood se negó a contestar a las preguntas a menos que lo interrogara el mismísimo rey. A Carlos II le sorprendió tanto su actitud que se empeñó en ver al prisionero. En el transcurso de la conversación que mantuvieron, Blood impresionó y divirtió tanto al monarca que anuló la pena de muerte a que le habían condenado, le devolvió sus propiedades y le concedió una pensión anual de trescientas libras.

Sin duda, el coronel Blood le agradeció su generosidad, pero no vio motivo alguno para cambiar de actitud. Siguió conspirando contra la corona hasta que murió en 1680.

Página anterior:
En un atraco perpetrado en la sucursal de Lee-Harvard del National City Bank de Cleveland, Ohio, uno de los pistoleros advirtió la presencia de una cámara y, molesto, disparó contra ella. El botín ascendía a 11.600 dólares, pero gracias a las fotografías que tomó la cámara se pudo detener a un hombre e identificar a un sospechoso.

Izquierda:
Un atraco a un banco de Londres en 1981, recogido por una cámara de TV oculta. Después de que los empleados, impotentes, entregaran 4.000 libras en efectivo, uno de los tres jóvenes que perpetraron el robo se quitó la máscara, proporcionando a la policía una pista excelente.



Izquierda:
Clientes del banco de la Société Générale de Niza, Francia, esperan angustiados ante sus puertas noticias sobre sus ahorros. Unos atracadores habían irrumpido en las cámaras acorazadas del sótano y habían pasado varias horas saqueando tranquilamente las cajas de seguridad, perpetrando uno de los delitos más audaces del siglo.

La caja fuerte de cemento de Al Capone



Al Capone (1899-1947) fue el rey indiscutible del inframundo estadounidense durante los años veinte y treinta. Después de recibir una puñalada que le dejó una cicatriz entre un ojo y los labios, todos le llamaban «Caracortada». Con su cuartel general en Chicago, llegó a la cima de la delincuencia eliminando a sus rivales con intimidaciones, sobornos y asesinatos. Tras una vida de violencia incontenible fue encarcelado por delitos fiscales y murió de sífilis cerebral.

A mediados de los años ochenta, unos obreros que demolían un edificio de diez plantas abandonado se quedaron atónitos al descubrir una misteriosa caja fuerte de cemento que, según se cree, se construyó por orden de Al Capone. Mucho fue lo que se especuló sobre su contenido. Algunos pensaban que ocultaba cadáveres, o un coche, o alcohol; otros pensaban que se trataba de inmensas riquezas obtenidas por medios ilegales que aún no se habían recuperado, dinero en metálico, oro o ambas cosas.

Al Capone fue el infame *gangster* que se transformó en símbolo mundial de la delincuencia durante la época de la prohibición, en los años veinte y treinta de nuestro siglo. Construyó una organización gigantesca y temible que se dedicaba a varias actividades delictivas, como el soborno, la prostitución, las apuestas y, sobre todo, la venta ilegal de bebidas alcohólicas. Fue el organizador de la famosa matanza del día de San Valentín, en 1929, cuando algunos miembros de su banda cayeron sobre ocho rival[illegible] con ametralladoras. A pesar de los numerosos asesinatos que cometió y de la fortuna que amasó a fuerza de robos y extorsiones, cuyo valor se calcula en más de cien millones de dólares, la policía sólo pudo acusarle de evasión de impuestos, delito por el que le impusieron una multa de setenta mil dólares y lo condenaron a once años de prisión en 1931. En 1939 salió de la penitenciaría de Alcatraz y estuvo casi paralítico hasta su muerte, ocurrida en 1947.

Se sabía que el edificio donde se encontró la caja fuerte fue el cuartel general de Capone en Chicago durante su época dorada. La caja fuerte estaba enterrada bajo la acera frente al viejo hotel Lexington (un prostíbulo de cuatrocientas habitaciones en los días de Capone), en Michigan Avenue. Medía treinta y ocho metros de longitud, casi dos de altura y otro tanto de ancho. En los primeros exámenes de la parte exterior de la caja se obtuvieron pocos resultados. Los expertos no se ponían de acuerdo sobre si estaba hueca o no. Los que pensaban que sí lo estaba aseguraban que no existía razón estructural alguna para que un objeto sólido de sus características estuviese allí. En la actualidad aún no se ha sometido la caja a los rayos X.

Aparecieron pistas importantes cuando el antiguo escondite del *gangster* volvió a despertar interés. El barrio más céntrico de Chicago, dedicado a los negocios, está surcado por túneles de ferrocarril subterráneo. Al principio sirvieron para facilitar el transporte de carbón a las tiendas y oficinas del centro y más adelante albergaron tuberías de vapor. Actualmente se están tendiendo cables de fibra óptica en su interior.

Al parecer, en la década de los treinta Capone contrató un ejército de inmigrantes italianos para que excavaran unos túneles que unieran su cuartel general con los del ferrocarril subterráneo. Gracias a ellos tuvo acceso a las oficinas clave de la ciudad, como, por ejemplo, el palacio municipal. También le sirvieron para escapar en caso de necesidad y para distribuir bebidas ilegales por varios puntos de la ciudad. El hotel estaba plagado de salidas secretas y, en una ocasión, Capone se jactó de que podía desalojarlo por completo ante cualquier alarma en un cuarto de hora sin que nadie tuviera que pisar la calle. Capone se reservó una planta entera del hotel para él solo e instaló cómodamente a su amante en la de arriba.

Desde la muerte de Capone corren rumores persistentes sobre la existencia de inmensas riquezas que están ocultas en algún rincón del edificio. Según el testimonio de unos empleados de saneamiento



encontraron joyas en las tuberías de desagüe, entre otras cosas un broche de diamantes y zafiros y varias monedas de oro. Entonces, ¿qué hay en la caja fuerte de cemento? La Delegación de Contribuciones estadounidense asegura que Capone aún tiene una deuda con el Estado de más de doscientos un mil dólares, además de los intereses acumulados, y lo primero que hizo dicho organismo cuando se descubrió la caja fuerte fue aplicarle una retención de ochocientos mil dólares. ¡Típica actitud de los hombres de Hacienda!

Arriba:
Unos agentes federales muestran orgullosos un alambique para la destilación ilegal de bebidas alcohólicas durante la época de la prohibición. A finales de los años veinte, Al Capone creó un imperio de bebidas ilegales que le produjo [illegible] beneficios anu[illegible] cien millones de dólares. Se libró de sus competidores corrompiendo a la policía, amañando elecciones y cometiendo asesinatos masivos. El alcohol que fabricaba tenía efectos secundarios terribles, pues contenía sustancias tóxicas que podían dejar ciego, paralítico o incluso provocar la muerte.

El gran botín del Big Horn



Casi todo el mundo ha oído hablar de la última carga de Custer en la batalla de Little Big Horn, pero lo que no saben muchas personas es que en la época de la matanza, y más o menos en la misma zona, desapareció un montón de oro que se sigue buscando en la actualidad. El extraño curso de los acontecimientos fue revelado por el estadounidense Emile C. Schumacher cuando investigaba ciertos pasajes de la historia militar de Estados Unidos.

Caballo Loco

En aquel fatídico día de 1876 coincidieron tres acontecimientos. En primer lugar, el teniente coronel George Armstrong Custer, al mando del Séptimo de Caballería, buscaba con su regimiento a un grupo de indios sioux y cheyenes que había escapado de las reservas. Custer se encontraba entonces en Montana, una región circundada por los ríos Big Horn, Little Big Horn y Little Horn. Se topó con un campamento indio en un valle regado por el río Little Big Horn. Creyendo que sólo había unos mil indios en él, rechazó la oferta de ayuda y refuerzos del general de brigada Alfred Terry para el flanco oriental y lanzó al ataque a sus doscientos veinticinco hombres, que estaban muy cansados. En el campamento había al menos mil quinientos guerreros (según ciertos testimonios, la cifra se elevaría a cinco mil), al mando de personajes legendarios como Toro Sentado y Caballo Loco. Al cabo de una hora, todos los soldados de Custer habían caído.

En el segundo acontecimiento intervinieron la caballería estadounidense y el barco *Far West*, que había sido alquilado para que llevara a las tropas alimentos y municiones. El *Far West*, capitaneado por Grant Marsh, de cincuenta y dos años de edad, arrastraba menos de sesenta centímetros de lastre y era ideal para navegar por aguas desconocidas. En la época de las correrías de Custer el barco atravesaba el Big Horn para ir a reunirse con el general Terry en la confluencia del Big Horn con el Little Big Horn.

En el tercer acontecimiento intervino un coche de mercancías tirado por mulas que galopaban por un camino polvoriento a unos ochenta kilómetros al oeste del río Big Horn. Había salido de Bozeman, Montana, y se dirigía a Bismark, Dakota del Norte. En él iban el conductor, Gil Longworth, dos hombres armados de escopetas, Jergens y Dickson, y un cargamento de pepitas y polvo de oro valorado en unos cincuenta mil dólares. Se notaba a la legua que Longworth y los dos guardias estaban muy nerviosos. Ya habían sobrevivido a dos



Página anterior:
Toro Sentado (1843-1890) era el jefe de los indios sioux que en 1876 derrotaron a las tropas estadounidenses al mando del general George Custer en la batalla de Little Big Horn, en Montana. Durante el combate, el capitán de un barco enterró 800.000 dólares en oro, movido por los nervios, y el metal aún no se ha recuperado. El general Custer y su destacamento, una unidad de caballería, se vieron obligados a pelear a pie en un medio desfavorable para los caballos. Mientras la compañía se enfrentaba heroicamente a la muerte a manos de un poderoso grupo de indios sioux y cheyenes, no lejos del campo de batalla enterraban una fortuna en oro.

Izquierda:
La última carga de Custer ha sido inmortalizada por la narrativa, la poesía, la pintura y la canción, como en esta litografía de Otto Becker. La cruda realidad es que el general George Custer desobedeció una orden de sus superiores y sus 225 hombres y él lo pagaron con sus vidas.

ataques de los indios y el resto del viaje se presentaba peligroso.

Mientras tanto, el *Far West* no pudo llegar al punto de reunión con el general Terry, pues había pasado de largo por la confluencia de los dos ríos. Marsh se preparaba para retroceder cuando vio a Longworth con el coche de mercancías en la orilla del río. Longworth pidió a Marsh que se llevara el oro porque aquella zona era un hervidero de indios hostiles. Marsh accedió y subieron a toda prisa el oro a bordo del *Far West*.

A últimas horas de la tarde, Marsh se dio cuenta de que los indios tramaban algo y pensó que lo más conveniente sería esconder el oro en tierra y volver a recogerlo más adelante. Acompañado de Foulk, el mecánico, y de Ben Thompson, el segundo de a bordo, fue a la orilla en un bote de remos y enterró las bolsas de oro.

Acribillado a balazos

Cuando Terry trabó combate con los sioux y logró vencerlos, descubrió los cadáveres de Custer y sus hombres. Después se reunió con el *Far West* y se puso al mando del barco para llevar a los soldados heridos a Bismark. Marsh no pudo recuperar el oro. Gil Longworth fue incapaz de rechazar a los indios y al cabo de unos días descubrieron su cuerpo, que estaba acribillado a balazos.

En 1879, Marsh intentó localizar a los jefes de Longworth y los nombres de los propietarios del oro, que iban cosidos en cada bolsa, pero en vano. Marsh, Thompson y Foulk, los tres hombres que sabían exactamente dónde se encontraba el tesoro, siguieron trabajando toda su vida, sin dar muestras de haberse enriquecido repentinamente. Por tanto, es de suponer que el oro continúa en el mismo sitio en que lo enterraron en 1876. Se sabe que se encuentra en la orilla occidental del río Big Horn, a unos veinticinco o treinta kilómetros de distancia de su confluencia con el río cercano Little Big H

Lío en Canadá



Fotografías de perfil y de frente del atracador Georges Lemay difundidas por las televisiones americana y europea en 1965. Fueron distribuidas por la policía canadiense y las retransmitió por mar y tierra un satélite *Early Bird*. Un telespectador de Florida reconoció a uno de sus vecinos y se lo comunicó a la policía. De este modo sorprendente acabó la carrera de uno de los ladrones más inteligentes de los últimos tiempos.

De puro audaces, ingeniosas y afortunadas, las hazañas de Georges Lemay, antiguo marino y pescador, merecen ocupar un lugar destacado. Lemay apareció por primera vez en los periódicos en 1952, tras la misteriosa desaparición de su joven esposa. Casi todo el mundo sospechaba que la había asesinado él, pero no se pudo mantener ninguna de las pruebas.

Cinco años más tarde, el nombre de Lemay volvió a cobrar actualidad en circunstancias igualmente sospechosas, en esta ocasión ligado a la desaparición de un tal Larry Petrov. Petrov vivía en Montreal y estaba acusado de tráfico de drogas. Lo máximo que pudo hacer la policía fue detener a Lemay por posesión ilegal de dos armas de fuego.

El 1 de julio de 1961 se perpetró un audaz robo en la sucursal del banco de Nueva Escocia de Montreal. Se desvalijaron cientos de cajas de seguridad y, según los primeros cálculos, el botín ascendió a entre medio millón y cuatro millones de dólares en acciones negociables y joyas, el mayor robo de la historia de Canadá. Tras bastante tiempo de investigaciones, la policía acabaría por asegurar que el total de las pérdidas se elevaron a la cantidad de seiscientos treinta y tres mil seiscientos cinco dólares.

Fueron apresados docenas de sospechosos y tras el interrogatorio de rigor se aseguró que en este caso Lemay era el cerebro que había planeado toda la operación. Al parecer, no había dejado nada al azar, y tras estudiarlo todo meticulosamente, había sometido a su banda a infinitos ensayos, ideando ingeniosas prácticas con material especializado. En el robo real, Lemay se situó en la calle y dirigió la operación con un radiotransmisor. Un testigo presencial de los hechos confesaría más tarde a los periodistas que le entrevistaban lo siguiente: «Lemay no apareció en el banco hasta el momento en que fueron a sacar el dinero de la p[illegible] caja fuerte.»

Continúa la búsqueda

Cuando todo acabó, Lemay huyó con casi todo el dinero y las joyas y desapareció de la faz de la tierra. Por aquella época llegaría a convertirse en el atracador de banco más buscado por la policía de cuatro continentes.

Pero aún no había llegado al final. Al cabo de cuatro años, en mayo de 1965, la Policía Montada del Canadá distribuyó una serie de fotografías de Lemay con el cartel de «Se busca» por medio de uno de los primeros programas de televisión experimentales por satélite *Early Bird*. Un reparador de barcos de Florida que estaba viendo el programa identificó inmediatamente a aquel hombre con un tal René Roy, cuyo yate estaba anclado en la cercana bahía de Mar. Roy/Lemay llevaba seis meses viviendo en aquel yate y pagaba sus deudas con fajos de billetes de cien dólares.

El reparador de barcos avisó a la policía, que rodeó el yate y capturó a Lemay sin muchas dificultades. El atracador, confuso, no entendía cómo lo habían localizado. Cuando se lo contaron, se limitó a decir: «¡No está mal! ¡Han tenido que recurrir a un satélite para encontrarme!»

Ya bajo custodia policial, Lemay se casó, celebrando una de las bodas más rápidas de la historia. En esta ocasión, la novia era Lise Lemieux, una joven rubia que en 1962 había sido condenada por recibir una parte del dinero robado del banco de Montreal. Celebraron la ceremonia en uno de los despachos de inmigración momentos antes del juicio. Esto significaba que su mujer no podría declarar contra él y que se le permitiría verlo de vez en cuando. Probablemente Lise ayudó a planear y llevar a cabo la fuga de Lemay unas semanas más tarde. Para ello gastaron treinta y cinco mil dólares en sobornos a los funcionarios de la prisión.

El 21 de mayo Lemay escapó de su celda, situada en el último piso de una prisión de máxima seguridad. Cogió el ascensor para bajar al séptimo, salió tranquilamente por una ventana, salvó los veintisiete metros que lo separaban del suelo y entró en un coche que lo estaba esperando. Pasó casi un año antes de que se le volviera a ver.

El 1 de agosto de 1966, unos agentes del FBI de Las Vegas, Nevada, detuvieron a un tal Robert G. Palmer y a su mujer, que resultaron ser nuestro amigo Lemay y Lise una vez más. Llevaban casi diez mil dólares en moneda estadounidense y canadiense. En 1968, Lemay fue juzgado y condenado a ocho años en un penal. Lo soltaron en 1975 y en la actualidad vive en Montreal, libre pero sin dinero. El botín todavía hoy día no ha sido recuperado.



Georges Lemay, atracador canadiense de treinta y nueve años que se había fugado de la cárcel, cuando lo detuvieron a bordo de un lujoso yate anclado cerca de Fort Lauderdale, Florida.

El atracador que cayó del cielo



Arriba:
El audaz atracador aéreo que saltó en paracaídas de un Boeing 727 de las Northwest Airlines estadounidenses en 1971 con un rescate de 200.000 dólares pegado al cuerpo desapareció literalmente de la faz de la tierra. Decía llamarse «D. B. Cooper». En el retrato-robot difundido por el FBI aparece como un hombre moreno, de mediana edad y gafas oscuras.

Página siguiente:
«D. B. Cooper» era un experto paracaidista. A pesar de que le negaron el equipo de seguridad que pidió, saltó en el momento que tenía pensado. Algunas personas opinan que es posible que aterrizara en una reducida zona boscosa al este de Washington.

El 24 de noviembre de 1971 un hombre saltó de un avión que volaba sobre el estado de Washington con un botín de doscientos mil dólares y desde entonces no se ha vuelto a saber nada de él ni del dinero.

La historia del primer atracador aéreo que aterrizó en paracaídas con su botín empezó cuando un hombre que decía llamarse D. B. Cooper subió a bordo de un B-727 en Portland, Oregón.

Hombre de elevada estatura y gran corpulencia, de unos cuarenta y tantos años, llevaba una trinchera negra sobre un traje convencional de pantalón y chaqueta. Protegido por unas gafas oscuras, se sentó en la parte trasera del aparato y habló y actuó con calma. Durante el vuelo le pidió a una azafata que le entregara una nota al piloto en la que pedía doscientos mil dólares en billetes de veinte, que debían meter en una mochila, dos paracaídas de pecho y dos de espalda. Para convencer a la azafata, abrió delante de ella un maletín en cuyo interior había varios cartuchos atados que parecían dinamita.

La entrega del dinero tendría lugar cuando el avión hiciera la primera escala, en Seattle. El reabastecimiento de combustible se retrasó deliberadamente y Cooper empezó a ponerse nervioso por primera vez. Tampoco le hizo ninguna gracia que le dieran el dinero que había pedido metido en una bolsa de tela blanca, porque así no podría colgarse el fardo al hombro y tendría que llevarlo en la mano. Los diez mil billetes de veinte dólares, con un peso manejable, de unos diez kilos, iban en un paquete que medía 20 × 15 × 70 centímetros, otro detalle de la minuciosidad de Cooper.

Cuando despegaron de Seattle, Cooper ordenó al piloto, W. Bill Scott, que pusiera rumbo a la ciudad de México sobrevolando Reno, Nevada. Le dijo que mantuviera una altitud constante de dos mil cien metros, que bajara el mecanismo de aterrizaje y que utilizara el 15 por 100 de *flaps*. De este modo, el avión volaría de noche a unos trescientos veinte kilómetros por hora, lo que le permitiría a Cooper calcular el lugar en que iba a saltar del aparato con bastante exactitud.

Poco después del despegue ordenó que abrieran la salida de cola y a los treinta y dos minutos de haber abandonado Seattle, a las 20,13 horas, para ser exactos, se lanzó en paracaídas. Dejó dos de los que había pedido en el avión. Uno tenía las correas arrancadas, y debió utilizarlas para atarse la bolsa del dinero al cuerpo. Sólo contaba con un paracaídas utilizable, pues el otro servía para prácticas en tierra, pero no en el aire.

Inmediatamente después se inició la búsqueda del atracador aéreo y el botín del que se había apoderado. Al parecer, la zona en que debía aterrizar, calculada por ordenador, abarcaba unos treinta y siete kilómetros cuadrados y se encontraba a unos cincuenta o cincuenta y cinco kilómetros al norte de Portland, en una región de densos bosques al pie de las montañas de Cascade.

Esta hazaña despertó gran admiración entre muchas personas. En la costa oeste surgió un culto al atracador y se vendieron rápidamente miles de camisetas con la siguiente leyenda: «D. B. Cooper, ¿dónde estás?» Incluso se grabó un disco que alababa su acción y su «estilo» y que saturó las emisoras de radio de California. Una consecuencia más grave de la aparatosa huida de Cooper fue la oleada de imitadores que desencadenó. En el transcurso de un año se perpetraron veintiún atracos aéreos, pero fueron pocos los delincuentes que llegaron a saltar en paracaídas una vez obtenido el rescate que pedían.

En cuanto a Cooper, en la actualidad estará disfrutando de las ganancias del robo o, cosa mucho más probable, pudriéndose en cualquier agujero con doscientos mil dólares desperdigados por el suelo que sólo esperan a que alguien los encuentre.



El gran robo del correo de Plymouth

Página siguiente: Jack Kelley, de Watertown, Massachusetts (entre dos policías) fue detenido y acusado del robo junto a otros tres sospechosos. Este caso, que se dio en llamar «robo del correo de Plymouth», aún no se ha resuelto ni se ha recuperado el dinero. Kelley y los demás comparecieron ante un jurado especial, pero fueron absueltos, en parte debido a la ineptitud de los funcionarios de la compañía de correos.

En el verano de 1962, las cajas registradoras del cabo Cod, en Massachusetts, no paraban de tintinear para acoger los billetes y monedas de los bronceados turistas, y los bancos locales se vieron obligados a dar cabida al incesante torrente de dinero. Hubo que retirar poco a poco elevadas sumas y llevarlas al Banco Federal de Reserva de Boston, operación que llevaban a cabo furgones postales corrientes que iban cargados de bolsas de lona hasta los topes y recorrían los ciento veinte kilómetros que les separaban de su punto de destino por la ruta número 3. Normalmente, los furgones iban protegidos por la policía del estado, pero aquel año suprimieron la escolta por considerarla innecesaria, quizá porque el servicio de correos estadounidense tenía plena confianza en el conductor y el guardia de cada furgón, que iban armados.

Dificultades a la vista

El 14 de agosto por la tarde había que hacer una entrega rutinaria de un millón y medio de dólares en billetes de pequeño valor. Patrick Schena, el conductor, y William Barrett, el guardia, subieron al furgón en Hyannis cuando el cargamento ya se encontraba dentro. Hacía buen tiempo y nada hacía presagiar dificultades cuando se aproximaban a la ciudad de Plymouth, el primer centro urbano con nutrida población que había en la ruta que seguían.

En los alrededores de Plymouth hay muchas montañas y algunos puntos de la isla central que se extiende entre las dos enormes autopistas (separadas por unos cien metros) son tan elevados que los automovilistas que circulan por una de ellas no ven los coches que van por la otra. Fue en uno de estos puntos, nada más pasar la llamada salida de la carretera de Clark, donde dos coches adelantaron a gran velocidad a Schena y Barrett. Al mirar hacia atrás, observaron que la ruta 3, por la que ellos iban, se había erizado repentinamente de señales de desvío, por lo que todos los vehículos que circulaban detrás del furgón en dirección norte tendrían que pasar por la salida de la carretera de Clark. También habían bloqueado la entrada con el mismo sistema. El furgón estaba completamente aislado.

Schena y Barrett avanzaron con cautela unos tres kilómetros más hasta que, al llegar a un lugar en el que la elevada isla central impedía ver la autopista del sur, uno de los coches que los había adelantado unos minutos antes se paró bruscamente en medio del carril. El furgón se detuvo patinando y Barrett se vio ante el cañón de una pistola que empuñaba un hombre muy alto con uniforme de policía. Su compañero, algo más bajo, se presentó con parecidos modales ante Schena por la otra ventanilla.

Obligaron al conductor y al guardia a tumbarse en el suelo en la parte trasera del furgón y los ataron de pies y manos. El falso policía los estuvo vigilando pistola en mano mientras su compañero conducía. Se detuvieron varias veces en lugares desconocidos de una carretera llena de baches, y en cada ocasión descargaron unas cuantas bolsas de lona. Por último, cuando sólo quedaron los dos hombres por todo cargamento, los atracadores se marcharon, no sin antes advertir a los prisioneros que «siguieran tumbados quince minutos más».

El momento de escaparse

Cuando Schena y Barrett lograron liberarse, descubrieron que se encontraban al sur de Boston, a unos sesenta kilómetros del lugar en donde los habían secuestrado, en un carril de servicio de la ruta 128 que rodea Boston y se une con la número 3. Eran las 21,35 horas y habían desaparecido un millón quinientos cincuenta y un mil doscientos setenta y siete dólares.

Los medios de comunicación calificaron el delito del mayor robo cometido jamás en suelo estadounidense y se ofrecieron grandes recompensas por la captura de los ladrones. El servicio de inspección postal consideró que el asunto era de su competencia y se hizo cargo de la investigación. Detuvieron a varios sospechosos, registraron edificios, anunciaron que habían resuelto el caso, pero, en definitiva, no averiguaron nada.

Tras seguir varias pistas que resultaron ser callejones sin salida, los sospechosos quedaron reducidos a tres, Jack Kelley, Tom Richards y Patricia Diafario.

En 1967, cinco años después del robo, los tres acusados tuvieron que presentarse ante el tribunal especial que investigaba el caso. Tras un prolongado debate jurídico, fueron absueltos.



Capítulo VII

Misterios del arte

El problema que plantean las obras de arte, a diferencia de muchos de los tesoros que aparecen en el presente libro, radica en que su valor depende enteramente de su importancia cultural como «arte». Al contrario que las monedas de oro o las piedras preciosas, por ejemplo, no poseen un valor intrínseco. Como tales obras de arte, han despertado desde siempre la codicia de muchas personas, y en ocasiones con resultados sorprendentes.

La apreciación de las obras de arte como objetos de valor es, en gran medida, consecuencia de la actitud ilustrada del Renacimiento. En época romana, los jefes militares regresaban a su país con grandes botines de guerra arrebatados a los enemigos vencidos y el éxito de sus campañas se medía por el número de esclavos que capturaban o los cofres de monedas de oro que acumulaban, pero se trataba de unos beneficios de carácter práctico, que se mantenían fieles a la tradición inmemorial del saqueo y el pillaje. Los esclavos constituían elementos útiles que incrementaban la mano de obra y el oro compensaba el coste de las expediciones. Los objetos artísticos carecían de importancia, a menos que poseyeran un valor estrictamente económico.

Nada ejemplifica mejor esta actitud que la actuación de los conquistadores españoles del nuevo mundo en el siglo XV. Muchas de las cosas que arrebataron a los aztecas y los incas eran de una belleza extraordinaria, pero eso no les interesaba lo más mínimo. Todo objeto de metal precioso se fundía y se transformaba en lingotes y monedas. Con la llegada del Renacimiento, se comenzó a apreciar el arte y el conocimiento por sí mismos, y entre los príncipes cultos se puso de moda rodearse de obras de arte. Sin embargo, el hecho de que dichas obras fueran apreciadas por sí mismas les confirió un valor económico, y en cuanto aumenta la demanda, suben los precios. A finales del siglo XVIII y principios del XIX se desencadenó una auténtica manía por coleccionar tesoros artísticos olvidados de todos los rincones del mundo, pues se pensaba que habían estado desprotegidos durante demasiado tiempo.

En 1803, lord Elgin cargó los famosos mármoles que llevan su nombre en un barco y se los llevó a su castillo de Escocia. Se trataba de los frisos del Partenón ateniense, y las motivaciones de Elgin no eran totalmente egoístas, pues el Partenón había sufrido terribles desperfectos tras largos años de dominación turca y corrían el peligro de quedar destruidos por completo. Elgin pensó que en Gran Bretaña los frisos estarían más seguros que en Grecia, pero, por desgracia, cuando los obreros atacaron aquellas venerables ruinas armados de martillos y escoplos, a todo el mundo le pareció muy mal y lo único que recibió Elgin a cambio de sus desvelos fueron duras críticas. Intentó vender la colección al Museo Británico por setenta y cuatro mil doscientas cuarenta libras, suma que, según sus cálculos, apenas hubiera bastado para cubrir sus gastos. Al final tuvo que conformarse con treinta y cinco mil y una gran decepción. Los frisos de Elgin siguen siendo objeto de agrias disputas entre Gran Bretaña y Grecia.

Los saqueos de Napoleón

La actuación de Elgin parece insignificante



si se compara con la de un coetáneo suyo, Napoleón Bonaparte, uno de los mayores ladrones de obras artísticas de todos los tiempos. A diferencia de la mayoría de sus antecesores, a Napoleón no le movían intereses económicos, de carácter nacional o personal; sólo le importaba la grandeza cultural de Francia. Estaba convencido de que su país era el centro artístico mundial y que, en virtud de su fuerza política, tenía derecho a albergar y proteger los grandes tesoros de Europa. Con una arrogancia extraordinaria, fue capaz de afirmar: «Todos los hombres de genio son franceses, aunque por casualidad hayan nacido en otro país.» Con este fin ordenó al barón Dominique Virant Denon, hombre enérgico y de buen gusto y superviviente de la antigua aristocracia, que dirigiera la campaña.

Denon compartía los ideales y la falta de escrúpulos de Bonaparte. Inició su tarea en Egipto, llevándose no sólo objetos de arte, sino información valiosísima sobre las tumbas de los faraones, y a veces tuvo que trabajar bajo el fuego de las armas mientras las tropas francesas arrasaban el país. Tras el éxito de la campaña de Napoleón en Italia, se le presentaron oportunidades extraordinarias. Llegó a llevarse las enormes estatuas de los caballos de entrada de la basílica de San Marcos de Venecia en diciembre de 1797. Los venecianos se enfurecieron tanto que se produjo un levantamiento en las calles de la ciudad y los soldados franceses reprimieron la revuelta a punta de bayoneta, pero se llevaron los caballos y los exhibieron triunfalmente por el Campo de Marte de París junto a otros trofeos. A Denon le ofrecieron el Louvre —que al principio

Aunque los mármoles de Elgin regresaran algún día a Grecia, no se podrían incorporar fácilmente en el Partenón, debido a que éste ha sido erosionado por la contaminación. Además, parte de la base fue destruida brutalmente cuando lord Elgin ordenó separarlos del resto, durante su mandato como embajador británico en Turquía.



Poco antes de que empezara la lucha en la abadía de Monte Cassino, los alemanes evacuaron a los monjes. Trasladaron la valiosa colección de arte del monasterio con el objeto de «ponerla a salvo», pero en el camino desaparecieron varios objetos.

se llamó Musée Napoleon— para dar cobijo a aquella importante colección de arte. Pero el régimen napoleónico no fue eterno y cuando se vino abajo, los aliados europeos se apresuraron a recuperar sus propiedades. Con gran disgusto de Denon y rabia de muchos de sus colegas, los franceses tuvieron que restituir más de dos mil cuadros y cientos de esculturas, entre otras los caballos de San Marcos.

El botín de Hitler

Un siglo más tarde, Adolf Hitler albergaba la misma idea que Napoleón. Pintor y arquitecto con buena técnica, pero carente de imaginación, Hitler soñaba con satisfacer sus frustradas inclinaciones artísticas recogiendo una colección de arte que quedara como testimonio duradero de los logros de su mandato. Se había educado en la ciudad austriaca de Linz, de la que guardaba recuerdos cariñosos y que se convirtió en objeto de su obsesión. Tenía el proyecto de reconstruir la ciudad entera en el pesado estilo nazi, agrupándola en torno a una gran galería de exposiciones. La «Souderauftrag Linz» (Operación Especial de Linz) debía cumplir la misión de recoger obras de arte en todos los países conquistados por la Alemania nazi con la posible expansión de Rusia, cuya antigua tradición artística despreciaba Hitler por motivos raciales, no considerárdola digna de codearse con los otros objetos artísticos de sus colecciones.

Los nazis requisaron los tesoros artísticos de todos los países que invadieron. En los países aliados se comportaban con un mínimo de decoro. Los italianos habían llevado gran parte de sus tesoros artísticos al refugio del monasterio de Monte Cassino, situado en la cumbre de una montaña, y cuando la guerra puso en peligro dicho monasterio, los alemanes se ofrecieron a trasladarlos a un lugar más seguro. La mayor parte quedó bajo la custodia del Vaticano, pero algunas obras desaparecieron en el transcurso del viaje y fueron a parar a Alemania. La Francia de Vichy decidió dar protección al valioso retablo de Van Eyck de la catedral de Gante (Bélgica), pero los alemanes lo encontraron y se lo llevaron. El Estado se apropió de las obras de arte pertenecientes a judíos asesinados, y más de un oficial nazi de poca graduación que estaba deseoso de ganarse las simpatías del Führer se apoderó de una estatua o un cuadro para regalárselos a éste. Al final de la guerra se encontraron miles de objetos destinados a la galería de Linz en una mina de sal austriaca. El lugarteniente de Hitler,



Algunos cuadros parecen despertar un interés especial en los ladrones de obras de arte. El retrato de Jacobo de Gheyn III, de Rembrandt es un buen ejemplo. Lo sustrajeron de una galería londinense en 1966, 1973 y 1981. Volvieron a robarlo en 1983 y no se ha vuelto a ver desde entonces.

Hermann Goering, hombre de gustos más refinados que Hitler, hizo acopio de obras de arte por su cuenta y llegó a poseer una magnífica colección de cuadros y esculturas, que instaló en su propia casa de Karinhall. Tras la caída de los nazis, en 1945, los aliados se encontraron con el enorme problema de restituir dichas obras a sus dueños legítimos, tarea que continúa en la actualidad. Muchos objetos se extraviaron a causa de la situación anárquica en que se sumió Europa tras el cese de las hostilidades. La corona húngara de san Esteban, por ejemplo, un objeto medieval de gran importancia simbólica, fue robada por los fascistas húngaros para evitar que cayera en poder de los rusos. La entregaron a los estadounidenses para que la custodiaran y durante muchos años estuvo en Fort Knox, hasta que Carter se la devolvió a Hungría en 1978.

Catálogo de delitos

La mayoría de los ladrones de obras de arte carece de los extraordinarios recursos con que contaban un Hitler o un Napoleón y, sin embargo, también sus motivaciones son extrañas. Lo que movió a Vincenzo Perugia en 1911 a perpetrar el robo de una obra de arte más famoso de todos los tiempos, el de la *Mona Lisa,* fue el deseo de restituir una gran obra a su Italia natal, a modo de compensación tardía por los saqueos de Napoleón. En 1939, Serge-Claus Bogousslavsky sustrajo del Louvre *L'Indifférent* de Watteau, porque, según dijo, le gustaba mucho dicho pintor y este cuadro en especial, que había sido maltratado y necesitaba que lo restauraran con cuidado y cariño. Un jurado decidió que los elevados ideales de Bogousslavsky habían perjudicado el cuadro y lo condenó a cuatro años de prisión. En 1958 desaparecieron de una



La corona medieval de san Esteban, que forma parte de las insignias de la coronación de la monarquía húngara. Al final de la segunda guerra mundial, los fascistas húngaros se apoderaron de ella para impedir que cayera en manos de los rusos. Se la entregaron a los estadounidenses, que la tuvieron muchos años hasta que se la devolvieron al pueblo húngaro.

Página siguiente:
Las motivaciones de los ladrones de obras de arte varían. Naturalmente, a muchos sólo les interesa el dinero, pero otros lo hacen para darse publicidad a sí mismos o a sus ideales. Este cuadro de Vermeer, titulado *Chica con guitarra,* fue robado en 1974 para respaldar la causa del IRA. Aunque amenazaron con quemarlo la noche de san Patricio, lo devolvieron prácticamente intacto.

galería de arte de Aix-en-Provence (Francia) dos Van Dyck de pequeño formato valorados en aquella época en unos catorce mil dólares. Los encontraron en el alféizar de una ventana junto a una nota que explicaba que los habían robado por una apuesta. En 1974, el cuadro de Vermeer *Chica con guitarra* fue sustraído de la Kenwood House de Gran Bretaña por nacionalistas irlandeses que pedían que se dejara regresar a Irlanda del Norte, su país natal, a las hermanas Dolours y Marion Price, que cumplían condena en una prisión del continente por actos terroristas. A pesar de haber amenazado con quemar el cuadro en la noche de san Patricio, al final lo abandonaron en un cementerio londinense.

Existe una teoría muy extendida, según la cual detrás de muchos robos de obras de arte se oculta un coleccionista excéntrico dispuesto a apoderarse de sus cuadros favoritos a cualquier precio y a encerrarlos en un lugar secreto en el que sólo él pueda contemplarlos. No se puede descartar esta posibilidad —recuérdese a Goering— y circulan continuos rumores sobre dos personajes de estas características: un magnate de la prensa estadounidense y un millonario comerciante de carne sudamericano. En 1983, un fabricante de aceite de oliva griego fue detenido y acusado de haber cometido robos en un museo de Budapest, pero al final retiraron las acusaciones. En diciembre de 1983 tuvo lugar uno de los mayores robos de obras de arte del mundo entero en el Museo Nacional de Antropología de México. Los ladrones se llevaron ciento cuarenta objetos valiosísimos de oro, jade y obsidiana, entre ellos varios útiles mayas muy famosos del pozo de Chichén Itzá. Como en el comercio de objetos de arte precolombinos existen elementos un tanto oscuros, cabe la posibilidad de que formen parte de colecciones privadas. Desde luego, son demasiado conocidos para venderlos públicamente. De igual modo, los cuadros robados en el Museo Marmottan de París sólo pueden servir para pedir un rescate o para satisfacer la pasión de un coleccionista.

El motivo más corriente de los robos de obras de arte es la esperanza de obtener beneficios rápidos. Pueden sustraerse pequeños tesoros de colecciones privadas para venderlos a personas incautas. Si se trata de piezas más valiosas, su popularidad supone un obstáculo para la venta, que a veces resulta imposible. Como descubrió la banda que cometió robos en varias galerías de arte en la Riviera francesa en la década de los sesenta, normalmente lo único que se puede hacer es pedir un rescate a los propietarios, en algunas ocasiones una suma muy por debajo de su valor real.

Y sin embargo, este tipo de delito parece crecer día a día. La Interpol, que intenta mantener un registro de todas las obras de arte robadas, tiene entre manos más de setenta mil casos continuamente.

Algunas obras de arte parecen ser el objetivo preferido por los ladrones. El retrato de Jacobo de Gheyn III, de Rembrandt, tiene el dudoso honor de ser una de las obras maestras que más veces ha sido robada. En 1966 la sustrajeron de la Dulwich Picture Gallery londinense, se la recuperó, y volvieron a robarla en 1973 y de nuevo en 1981. Por último, unos ladrones entraron por una claraboya y se la llevaron en 1983. Aún no se ha encontrado.



El robo de la *Mona Lisa*



Multitud de visitantes alrededor de la *Mona Lisa,* en el Louvre de París. Es la pintura más reproducida en la historia del arte. ¿Sería tan famosa la *Mona Lisa* si no hubiese desaparecido en 1911 del Louvre?

La sonrisa del famoso retrato de Leonardo da Vinci de la *Mona Lisa* goza de un justificado renombre y su significado ha sido y sigue siendo objeto de controversia. Al menos en una ocasión, esta famosa dama del arte debió tener motivos para adoptar esa expresión misteriosa, pues, como comentaba un periódico parisino de la época del robo, se había fugado, provocando gran revuelo.

Leonardo pintó su obra maestra en Florencia entre 1503 y 1506. Era el retrato de Mona Lisa, segunda esposa de Zanobi del Giocondo, razón por la que también se la conoce como *La Gioconda.* No cabe duda de que Leonardo tenía este cuadro en gran estima, pues cuando emigró a Francia se lo llevó. Finalmente lo adquirió Francisco I por cuatro mil monedas de oro. Se exhibió en los palacios reales de Fontainebleau y Versalles y es probable que adornara el dormitorio de Napoleón en las Tullerías. En 1804, el famoso cuadro fue donado al Museo del Louvre de París.

Un día de 1911, uno de los conservadores del museo observó que la *Mona Lisa* no estaba en el lugar de costumbre. Comentó en broma con sus colegas que debían haberla trasladado para impedir que la robaran, pero no sospechó nada raro. Cambiaban el cuadro de sitio con frecuencia para tomar fotografías, hacer copias o grabados.

A la mañana siguiente, el general Poupardin, encargado de la seguridad del Louvre, también notó la ausencia del cuadro, pero pensó que se lo habrían llevado para fotografiarlo. Alrededor de las nueve de la mañana, Louis Béroud, un pintor que estaba terminando un cuadro de la sala en la que se encontraba la obra maestra, preguntó por su paradero. Le dijeron que lo estaban fotografiando, pero como a mediodía aún no lo habían devuelto, rogó a Poupardin que hiciera averiguaciones. Éste volvió y le comunicó sonrojado la terrible noticia de que, tras haberlo buscado concienzudamente, no encontraba el cuadro por ninguna parte.

El mundo entero reacciona

Cuando la prensa se enteró de la noticia, aquella misma tarde, la recibió con incredulidad. En un periódico, el suceso apareció bajo el sencillo titular de «¡Inimaginable!». Para los habitantes de París, profundamente enamorados de sus tesoros artísticos, era un delito monstruoso. Muchos se negaron a creerlo. Decían que se trataba de un truco para



demostrar la vulnerabilidad del cuadro, para poner en apuros a algún funcionario o para vender más periódicos. Intervino el prefecto de policía y se procedió a un examen sistemático del Louvre. Cuando se inauguró, en 1793, el museo más importante de Francia sólo albergaba ciento cincuenta y cinco objetos, pero en la época del robo ocupaba unas veinte hectáreas, albergaba más de quinientos mil objetos y en él había un verdadero dédalo de cámaras subterráneas de almacenamiento. La revista *L'Illustration* ofreció una recompensa de cuarenta mil francos a quien devolviera el cuadro, sin hacerle preguntas; *Paris-Journal* elevó la oferta a quinientos mil. La policía logró reconstruir el robo. Probablemente, el ladrón se había escondido en el edificio la noche anterior, antes de que empezaran a aparecer los guardias, y había descolgado el cuadro de la pared. Entró en uno de los almacenes, arrancó el lienzo del marco y se lo llevó. Desenroscó el pomo de una puerta y al salir se topó con un fontanero. Éste pensó que se trataba de un obrero que se había perdido y le indicó cómo salir del edificio.

París estuvo alborotado durante varios meses. Todo el mundo había construido su propia teoría sobre el robo. Algunos pensaban que se había apoderado del cuadro un estudiante de bellas artes enamorado de la cara; otros, que lo había destruido un loco. Se interrogó a misteriosos desconocidos [illegible] se multiplicaron las sanciones: Théophile Homolle, conservador del Louvre, fue despedido, y se reforzaron al máximo tod[illegible] medidas de seguridad del museo.



Página anterior:
La *Mona Lisa*, de Leonardo da Vinci, probablemente el cuadro más famoso del mundo. Sin embargo, su fama no lo libró de que lo robaran en 1911. La motivación del ladrón sigue siendo objeto de conjeturas, y cabe la posibilidad de que mientras estuvo fuera del Louvre se realizaran copias de la obra y se vendieran haciéndolas pasar por el original a varios coleccionistas estadounidenses.

Abajo:
Uno de los pintores más importantes del siglo XX, Pablo Picasso, fotografiado con su mujer en 1919, varios años después del robo de la *Mona Lisa*. Un amigo de Picasso, el poeta Apollinaire, se vio mezclado en el escándalo de la *Mona Lisa* porque le habían ofrecido unos objetos robados en el Louvre. Ambos fueron interrogados, pero pudieron probar su completa inocencia.



Se produjo un extraño incidente en el que participaron el poeta Guillaume Apollinaire y su amigo Pablo Picasso. Al parecer, unos años antes le habían ofrecido al escritor dos estatuas que un excéntrico personaje llamado Géry Pieret había robado en el Louvre. Apollinaire no las aceptó, pero las compró Picasso. Tras el robo de la *Mona Lisa*, Pieret confesó el robo de otra estatua, y Picasso y Apollinaire, asustados, intentaron devolver las dos primeras a un periódico. Apollinaire fue detenido y acusado del robo de la *Mona Lisa*, pero afortunadamente pudo probar su inocencia y la policía lo dejó libre, si bien un poco a regañadientes.

El hallazgo

La obra maestra tardó dos años en aparecer. Un día de noviembre de 1913, un marchante italiano llamado Alfredo Geri recibió una nota de París en la que le ofrecían la *Mona Lisa*. Al principio creyó que se trataba de una broma, pero se lo pensó mejor y enseñó la nota a su amigo Giovanni Poggi, conservador de la galería de los Uffizi. Decidieron entrevistarse con el autor de la nota, que resultó ser un joven delgado y alto llamado Vincenzo Perugia Éste los llevó a su casa, sacó un paquete de debajo de la cama y les enseñó el cuadro.

El hallazgo de la *Mona Lisa* provocó casi tanta sensación como su robo. Cuando se dio a conocer la noticia hubo una pelea a puñetazos en la cámara de diputados italiana entre rivales políticos. Presionado, Perugia declaró que había cometido el robo (haciéndose pasar por un obrero para entrar en el Louvre) con el fin de restituir a Italia los tesoros artísticos de que se había apoderado Napoleón, pero los cínicos resaltaron el hecho de que hubiera pedido a Geri la suma de quinientas mil liras por la devolución del cuadro. Fue juzgado y condenado a un año y quince días de prisión, pero presentó una apelación y quedó libre al cabo de siete meses. Se organizó una gira para exhibir el cuadro por toda Italia, donde despertó gran expectación, sobre todo en Florencia, y después fue devuelto a los abochornados funcionarios franceses.

Es imposible calcular el valor de esta obra. No se ha puesto en venta ni se pondrá jamás, pero el *New York Times* señaló que Francisco I lo había adquirido por cuatro mil monedas de oro en 1506, suma equivalente a unos nueve mil doscientos dólares. A un 3 por 100 de interés compuesto, en 1913 hubiera valido 1.629.528.062, y el interés aplicado a esta cantidad aumentaría su valor a razón de 94,30 dólares por minuto...

El extraño caso de la desaparición del duque



Unos expertos examinan la obra maestra de Goya después de su devolución a la National Gallery en mayo de 1965. El duque tuvo suerte; había sufrido desperfectos muy pequeños, pero el cuadro se encontraba en buenas condiciones. No todas las obras de arte reciben un trato tan correcto cuando son robadas.

Página siguiente:
En este retrato de Goya, el duque de Wellington, el general más famoso de Gran Bretaña, tiene una cierta expresión de indignación, y con razón. En 1961 fue sustraído de la National Gallery de Londres, y nadie lo vio durante varios años, tiempo en que el ladrón trató vanamente de obtener un rescate para entregar el dinero a obras de caridad.

El 21 de agosto de 1961 fue un día corriente en la National Gallery de Londres, situada en Trafalgar Square: por sus puertas pasaron unos cinco mil seiscientos noventa visitantes, la media habitual, pero al menos uno de ellos salió de una forma un tanto heterodoxa, saltando por la ventana de los servicios, con el retrato titulado *El duque de Wellington,* obra de Goya.

Las primeras investigaciones policiales no dieron ningún resultado, pero al cabo de diez días, la agencia de noticias Reuter recibió una carta anónima, escrita en letras mayúsculas y con matasellos de Londres. Tras una descripción detallada de ciertas notas que había en la parte posterior del marco y que sólo el ladrón podía conocer, la carta continuaba de la siguiente manera: «El cuadro no está ni estará en venta. Lo que se pide es un rescate de 140.000 libras, que serán donadas para obras benéficas. Si se inicia una colecta, deberá hacerse inmediatamente y el cuadro será devuelto a condición de que se absuelva a los culpables. Todas las personas de buena voluntad deben aportar un donativo y prestar su colaboración para que este asunto llegue a término lo antes posible.»

Si la intención del autor de esta carta era despertar expectación, no cabe duda de que logró su objetivo. Intrigado, el influyente periódico londinense *The Times* publicó un artículo en el que se comparaba al ladrón con el atracador de ficción Raffles, famoso por sustraer lo que nadie era capaz de robar. *The Times* proponía al ladrón que pusiera a prueba su habilidad devolviendo el cuadro a una gran exposición de obras de Goya sin que lo cogieran. Pero el ladrón no aceptó el reto.

Más ofertas

Con el paso del tiempo, el Goya robado se convirtió en *cause célèbre* y nadie pudo expresar mejor la intriga que rodeaba su desesperación que el agente secreto del cine James Bond. Al enfrentarse al cobarde *Dr. No,* a Bond le sorprende encontrar el Goya robado en la casa de este bellaco. Por el éxito que tuvieron las investigaciones policiales, bien podría haber estado allí.

En julio de 1962, Reuter recibió otra carta: «El duque está a salvo», aseguraba. Lo mantenían en óptimas condiciones atmosféricas, pero su futuro era incierto. El ladrón volvía a pedir un rescate para entregarlo a obras benéficas y una vez más su petición fue rechazada. En diciembre de 1963 se recibió una tercera carta, en la que se pedía que los propietarios de los periódicos más importantes pagaran un pequeño impuesto por cada mil ejemplares vendidos. Por último, en marzo de 1965, el ladrón, a todas luces frustrado, hizo pública su «última petición». Se ofrecía a devolver el cuadro si lo exponían durante varias semanas y donaban la recaudación para obras benéficas. «He arriesgado mi libertad en lo que, a mi juicio, era un gesto magnánimo, pero me he equivocado, pues hasta el momento no he obtenido ningún resultado», concluía.

Las autoridades, suponiendo que un ladrón tan culto y considerado no sería capaz de causar daños graves al cuadro, rechazaron la propuesta.

En mayo de 1965, un joven alto y nervioso que dijo llamarse Bloxham dejó un paquete en la consigna de la estación de ferrocarril de Birmingham. Diecisiete días más tarde, el periódico *Daily Mail* recibía una carta anónima con un recibo de una consigna. Cuando la policía fue a recoger el paquete depositado en la consigna, encontraron el Goya robado, sin el marco pero en buenas condiciones.

Confesión tardía

Y aquí podría haber terminado esta extraña historia de no ser porque el ladrón se entregó de repente. Kempton Bunton, camionero en paro, natural de Newcastle upon Tyne, entró en la sede de Scotland Yard y se confesó autor del robo del Goya. Explicó cómo había entrado en el museo, por una escalera que unos obreros habían dejado en la parte posterior, junto a una ventana. No tenía especial predilección por el Goya, aunque el museo lo había adquirido unas semanas antes del robo por trescientos noventa y dos mil dólares. Le hubiera servido cualquier otro cuadro. Como no había guardias por los alrededores, cogió el cuadro y salió como había entrado. Al preguntarle por qué confesaba el delito, contestó que estaba seguro de que alguien iba a delatarlo para cobrar la recompensa. Parecía convencido de que la policía no podría demostrar que tenía intenciones delictivas y de que no lo condenarían.

El juicio empezó en noviembre de 1965 y duró doce días. Bunton aseguraba que lo que le había impulsado a cometer el robo había sido protestar a favor de los pensionistas ancianos que, como todos los ciudadanos de Gran Bretaña, tienen que pagar un impuesto por utilizar un aparato de televisión. El fiscal no pudo demostrar que existiera intención delictiva y Bunton fue absuelto de la acusación de haber robado el Goya, pero no pudo dar una explicación satisfactoria sobre el paradero del marco y por ello fue condenado a tres meses de prisión. Y así es como se desveló el misterio del robo del duque.



Locuras de la Riviera



Naturaleza muerta con tetera, uno de los cuadros de Cézanne robados el 13 de agosto de 1961 de una exposición en el Pabellón de Vendôme, Aix-en-Provence.

En 1892, un temporal repentino obligó al pintor Paul Signac a atracar su barco en el pequeño puerto de St. Tropez. Se enamoró inmediatamente de las playas de arena, el cielo y el mar azul de la bahía y St. Tropez se convirtió al poco tiempo en el lugar favorito de la bohemia francesa. Poco a poco fue atrayendo a los personajes ricos y famosos de todo el mundo, hasta que la Riviera y sobre todo St. Tropez pasaron a ser la zona de recreo de la «gente guapa» con tiempo para el ocio. En los años sesenta del presente siglo fue escenario de una serie de espectaculares robos de obras de arte que parecían sacados de una película.

Los primeros robos que despertaron el interés de la opinión pública tuvieron lugar en Villefranche y Menton. Armound Drouant, un acaudalado marchante de París, poseía una casa en Villefranche que albergaba una parte de su colección particular. La noche del 11 de enero de 1960 alguien entró en la casa y se llevó treinta cuadros. La policía aún no había resuelto este caso cuando, dos meses más tarde, desaparecieron siete cuadros del museo de Menton, entre ellos un Modigliani. Al cabo de una semana le tocó el turno a la Colombe d'Or, local de Saint-Paul-de-Vence.

La Colombe d'Or era una taberna que inauguró Paul Roux en los años veinte,

el lugar preferido de los pintores que, cuando no podían pagar, daban a Roux un cuadro. De este modo, su propietario se hizo con una extraordinaria colección de obras de arte de principios del siglo xx. Cuando murió, en 1955, su hijo se puso al frente del negocio y actuó de la misma forma, sin preocuparse por el hecho de que su colección no estaba asegurada y de que su valor aumentaba de un año a otro. La noche del 23 de marzo de 1960, unos ladrones irrumpieron en la Colombe d'Or y se apoderaron de veinte cuadros valorados en la época en seiscientos mil dólares, entre los que se encontraban varias obras de Braque, una de Picasso y varias de Matisse y Modigliani.

La policía de la Riviera, abochornada porque en cuestión de meses se habían cometido tres robos, trabajaba desesperadamente. Con un método digno del inspector Clouseau, prendieron a varios sospechosos, los interrogaron y tuvieron que dejarlos libres por no encontrar pruebas de su culpabilidad. En una ocasión, unos gendarmes disfrazados de monjas siguieron a uno de los sospechosos. Los ladrones no tenían la menor intención de vender el botín a un comprador cualquiera, pues Roux recibió varias cartas pidiendo un rescate. La policía mantuvo en secreto los detalles de las negociaciones, pero el 14 de febrero recibió una llamada telefónica de una persona que aseguraba ser sacerdote y que les recomendó que fueran a la consigna de la estación de Marsella. Allí les dieron un voluminoso envoltorio que contenía diecinueve cuadros de la colección de Roux. Mientras los observadores especulaban con la posibilidad de que Roux hubiera pagado un rescate que, según se rumoreaba, había ascendido a veinte mil dólares, tuvo lugar otro robo aún más espectacular.

En 1955 murió el millonario Georges Grammont, dejando su colección de más de cien cuadros impresionistas y otros objetos de arte a la ciudad de St. Tropez con la condición de que se reparase una iglesia abandonada y se transformase en museo. Llamado el Museo de la Anunciación, llegó a ser el más importante de la Riviera y se nombró conservador a Dunoyer de Segonzac, el pintor más respetado de la localidad. El 15 de julio de 1961, unos ladrones entraron por una verja, abriendo con la llave, derribaron una puerta y seleccionaron cuidadosamente cincuenta y siete de las piezas más importantes de la colección, entre ellas dos obras de Segonzac. Un vagabundo que dormía en un banco del parque cercano declaró que había oído un Citroën alejarse del museo en la madrugada, y un vecino de St. Tropez se quejó de los ruidos nocturnos, pero el robo no se descubrió hasta la mañana siguiente, cuando llegó la señora que hacía la limpieza.

Segonzac estaba muy preocupado, las autoridades del museo se quedaron horrorizadas al caer en la cuenta de que los cuadros no estaban asegurados contra robo y la policía estaba totalmente frustrada. Al cabo de tres semanas los ladrones dieron otro golpe.

El saqueo de Aix

En la ciudad de Aix-en-Provence se celebraba una exposición de las obras de su hijo más famoso, Paul Cézanne. La había organizado un especialista vienés en dicho pintor, el profesor Novotny, y se presentaban cuadros cedidos por el Louvre y por instituciones y particulares estadounidenses. Con la experiencia de los delitos cometidos en la Riviera en los últimos años, la policía de Aix había tomado medidas extraordinarias de seguridad. Guardias armados patrullaban el recinto y por la noche se encendían focos en el exterior. Pero todo esto no sirvió de nada. Entre la una y las cuatro de la madrugada del domingo, día 15 de agosto, varios hombres escalaron el muro del patio de un colegio que había al lado y se descolgaron hasta el jardín del museo. Aterrizaron sobre unas moras maduras que habían caído de una morera y se les mancharon las suelas de los zapatos con el jugo, dejando un reguero de pisadas que señalaba el camino que habían seguido. Cortaron un cable que, según pensaron, estaría conectado a un sistema de alarma (no era así, pues el museo carecía de ella) y después uno o dos de ellos escalaron una pared y entraron por una ventana del tercer piso que estaba abierta. Había un guardia en el edificio, pero su habitación estaba en la primera planta y no oyó nada. Una conservadora que vivía en el tercer piso tampoco se enteró de nada, pues estaba durmiendo. Los ladrones se llevaron seis Cézanne de la primera sala, pero tuvieron que dejar un retrato del padre del pintor de gran tamaño porque estaba muy bien sujeto a la pared. Subieron un piso más y en él se apoderaron de dos cuadros de menor tamaño. Después sacaron por la ventana las ocho obras, entre las que se encontraban *La hermana del artista* y un cuadro de la famosa serie de *Los jugadores de cartas*. Escaparon fácilmente y hasta la mañana siguiente nadie echó en falta los cuadros.

Como ya habían robado más de sesenta cuadros, André Malraux, ministro francés de Cultura, intervino personalmente, exhortando a la policía para que los recuperara a cualquier precio. Se partía de la base de que la responsable de todos los robos era la misma banda —al parecer, ocho hombres que actuaban desde Marsella— porque el *modus operandi* había sido prácticamente igual en todos los casos. Tanto el robo de St. Tropez como el de Aix se habían cometido en días de vacaciones: el primero, el día de la Bastilla; el otro, el día de la Asunción. Empezaron a circular los rumores de costumbre: que se trataba de un truco, que un coleccionista excéntrico era el a[illegible]or de los robos, que los habían cometid[illegible] unos siniestros desconocidos... Detuvieron a dos estudiantes estadounidenses de bellas artes que tenían

cuadros depositados en una estación de ferrocarril y pasaron varias horas hasta que la policía se convenció de que les pertenecían legítimamente.

Segonzac recibió la primera nota en que se le pedía un rescate por la colección de St. Tropez. Los ladrones exigían cincuenta millones de francos y amenazaban con destruir los cuadros si no se les entregaba dicha suma. Para demostrar que lo decían en serio, enviaron un trozo de una acuarela de Segonzac, y acompañaban cada nueva nota con otro trocito. Segonzac intentó reunir el dinero entre sus amigos y admiradores.

Recoger las piezas

Los cuadros de Cézanne de Aix sí estaban asegurados, pero las negociaciones se efectuaron rápidamente. Los ladrones pidieron veinticinco millones de francos a la compañía aseguradora. La policía denegó el permiso para que se pagara el rescate, pero en abril de 1962 recibió una llamada telefónica en la que les dijeron que fueran a un coche abandonado en una callejuela de Marsella. La policía vigiló el automóvil durante varias horas, con la esperanza de atrapar a quien lo hubiera dejado allí, pero no tuvo suerte. Cuando lo registraron encontraron los ocho Cézanne en el asiento de atrás, sin marcos, pero los cuadros tuvieron que pasar otra prueba antes de ser devueltos al museo, pues el coche en que los llevaban se averió y se incendió. Afortunadamente, no recibieron más daños de los que ya les habían infligido los ladrones. Circuló el rumor de que se había pagado el rescate.

Mientras tanto, el pobre Segonzac seguía negociando la devolución de la colección de la Anunciación. Demasiado conocida para arriesgarse a venderla a un coleccionista, los ladrones, incapaces de chantajear a una compañía de seguros, se vieron obligados a intentar obtener algún dinero y la garantía de que la policía no los perseguiría. Segonzac se ofreció a entregar una de sus obras como parte del rescate, pero su oferta no fue aceptada. Fue un poco sorprendente, ya que a la persona que había organizado el robo evidentemente le interesaba Segonzac.

En noviembre de 1962, una persona llamó anónimamente a la policía para decirles que acudieran a un granero abandonado a las afueras del pueblo de Villiers-Saint-George, a ochenta kilómetros de París. En este lugar había establecido su refugio Segonzac tiempo atrás y allí había pintado varios paisajes. Encontraron los cuadros enrollados y ocultos bajo un montón de paja. Algunos habían sufrido ciertos daños, pero no graves. Sólo faltaba una obra: la acuarela mutilada de Segonzac.

El hallazgo de las pinturas causó casi tanta sensación como el robo. La prensa y el público querían conocer los detalles de las operaciones que se habían realizado secretamente. ¿Se habría pag[illegible]o un rescate? Se habló de una suma extrañamente exacta: sesenta y ocho mil dólares. ¿Hasta qué punto habría



intervenido André Malraux? ¿Se habría llegado a un acuerdo? ¿Se perseguiría a los ladrones? La policía respondió con evasivas, pues, al fin y al cabo lo importante era haber recuperado los cuadros.

La gratificación de St. Louis

Pero la extraña historia de los robos de la Riviera tuvo un giro final. Poco a poco, las autoridades devolvieron los cuadros a



Los jugadores de cartas, otro de los cuadros de Cézanne desaparecidos misteriosamente de la exposición en Aix-en-Provence.

sus legítimos dueños, y las compañías de seguros que habían pagado ciertas sumas por los Cézanne desenredaron las complicaciones legales y recuperaron su dinero. *La hermana del artista* volvió al Museo de Arte de St. Louis, en Estados Unidos. Antes de exponerlo de nuevo al público, el conservador del museo se embarcó en un programa de limpieza y restauración. Mientras lo llevaba a cabo, se dio cuenta de que la parte posterior del lienzo estaba cubierta de gruesas capas de cola que ocultaban una pintura. Las despegó cuidadosamente y debajo encontró el retrato de una campesina anciana, obra de la primera época de Cézanne. El museo había adquirido *La hermana del artista* por siete mil quinientos dólares en 1934; cuando lo recuperaron, después del robo, los precios en alza y el retrato de la parte posterior del lienzo habían elevado su valor a doscientos veinticinco mil dólares.

El robo del Museo Marmottan

Debía haber unos treinta turistas en el Museo Marmottan la mañana del domingo 27 de octubre de 1985, un elegante edificio cerca del Bois de Boulogne de París. En el museo había vivido en su día Paul Marmottan, coleccionista e historiador de arte. Albergaba una de las mejores colecciones de obras impresionistas de Francia, más de cincuenta cuadros de Claude Monet y varios de Renoir y Morisot, así como muebles y objetos valiosos de la época del Primer Imperio. La colección contaba con la protección de un costoso sistema de alarma conectado a una comisaría de policía cercana, pero que se desconectaba durante las horas en que el museo estaba abierto al público, pues algunos visitantes lo habían puesto en funcionamiento accidentalmente en más de una ocasión.



El Museo Marmottan de París, en el que en su día vivió el acaudalado coleccionista Paul Marmottan y que en la actualidad es una galería especializada en pintura impresionista, sobre todo en obras de Monet. El domingo 27 de octubre de 1985, unos ladrones irrumpieron en la galería y se llevaron nueve cuadros valiosísimos a punta de pistola.



A las diez de la mañana, cinco hombres estacionaron su coche en doble fila frente al museo, entraron tranquilamente por la puerta principal y perpetraron uno de los robos más sensacionales de la historia reciente. Dos de ellos amenazaron al público y los empleados del museo con pistolas mientras los demás seleccionaban cuidadosamente los cuadros que querían. Se llevaron cinco Monet, dos Renoir, un Berthe Morisot y un Narusé. Los Monet se encontraban en la primera planta y los demás en la segunda. Rompieron una



vitrina y se apoderaron de su contenido. «Conocían las existencias del museo y sabían exactamente lo que querían», dijo un empleado. Los ladrones estuvieron en el edificio poco más de cinco minutos y salieron por la puerta principal. Metieron los cuadros en el portaequipajes y el coche arrancó con éste abierto.

La planificación y ejecución del robo fueron extraordinariamente sencillas. Cuando llamaron a la policía, el coche había desaparecido hacía tiempo. Hasta el momento no se ha vuelto a saber nada de los cuadros.

El primer cuadro impresionista

Este robo tuvo gran importancia porque entre las obras que se llevaron los ladrones se encontraba el cuadro impresionista más famoso, *Impression Soleil Levant (Impresión del sol naciente)*, de Monet. Se trata de un estudio del puerto de La Haya, una sinfonía de azules y naranjas nebulosos que se presentó al público por primera vez en el salón del fotógrafo Nadar en 1874. Pintado en un estilo mucho más expresivo que el que imperaba en la época, provocó tal revuelo en el mundo del arte que un

Impresión del sol naciente de Monet, el cuadro que dio nombre al movimiento impresionista. Fue uno de los cuadros robados del Museo Marmottan de París el 27 de octubre de 1985.



Camile Monet y su prima, de Monet, valorado en 1.100.000 dólares. Entre las obras robadas se encontraba *Impresión del sol naciente*, del mismo pintor, sin duda la primera obra de la escuela impresionista y quizá la más famosa.

crítico dijo: «Impresión..., eso es lo que me pareció a mí... Un papel pintado de pared a medio hacer está mejor acabado que esta marina.» Este comentario sirvió para acuñar el término «impresionismo» y puso nombre al movimiento que sería el más innovador e influyente en la historia de la pintura moderna. Por tanto, es justo que *Impression Soleil Levant* se considere el primer cuadro impresionista.

Como esta obra es tan famosa, resulta imposible calcular su valor con exactitud, pero el conservador del Museo Marmottan, el pintor Yves Brayer, estimó poco después del robo que ascendía «al menos a cien millones de francos» (unos trece millones de dólares), cifra bastante moderada, pues otras personas aseguran que vale catorce millones de dólares. Los demás cuadros robados tampoco eran ninguna bagatela desde el punto de vista económico: se calcula que el Morisot vale un millón de dólares, los demás Monet entre ciento setenta y cinco mil y doscientos ochenta mil dólares y el retrato de Monet realizado por Narusé, unos cincuenta mil.

Sin embargo, la extraordinaria fama de los cuadros no necesariamente beneficia a los ladrones. Como suele ocurrir con el robo de una obra muy conocida, les hubiera resultado imposible venderla en el mercado negro. Y en este caso, el museo no tenía asegurados sus tesoros; por tanto, no parece muy probable que vayan a pedir rescate.

Pero los ladrones sabían exactamente qué cuadros querían y se ajustaron a un plan sencillo, pero tan completo que no parece posible que no hubieran tomado las medidas oportunas para deshacerse de los cuadros. Como no han hecho pública ninguna petición, lo que les movió a cometer el robo no debió ser ni la política ni el deseo de notoriedad.

Tal vez se trate de uno de esos casos tras el que se encuentra un coleccionista acaudalado, excéntrico y poco escrupuloso que ha encargado a otros el robo de estas obras para su disfrute personal.

Página siguiente: Joven en un baile, de Berthe Morisot, la primera mujer que se unió al movimiento impresionista. La sorprendente audacia del robo, cometido a plena luz del día, y el valor artístico e histórico de los cuadros robados hacen de él uno de los mayores robos artísticos que se hayan perpetrado jamás.



Apéndices



Este cañón forma parte de los restos del naufragio de la fragata *L'Hermenie,* que se hundió en Bermuda en 1883. Las islas del Caribe son el paraíso del buscador de tesoros y ofrecen unas oportunidades inigualables para todo tipo de exploraciones submarinas.



Apéndice I

Todos a buscar tesoros

Pocas personas tienen los recursos y oportunidades necesarias para buscar un tesoro perdido como el del *Nuestra Señora de Atocha* o la buena suerte de toparse con alguno, como ocurrió con la colección de objetos de plata de Mildenhall, pero con una labor paciente es posible encontrar objetos antiguos y no tan antiguos de gran importancia estética y a veces de un valor sorprendente, y siempre cabe la posibilidad de sacar a la luz un auténtico tesoro perdido. Esta búsqueda puede aportar cierto interés a actividades tan corrientes como limpiar una buhardilla o un sótano.

Dejaremos a un lado los elevados reinos de los anticuarios, un terreno en el que se necesita dinero, conocimientos y experiencia y que está plagado de trampas para quien no vaya prevenido, y nos centraremos en los objetos que pueden poblar un desván o aparecer en una excavación realizada por cualquier aficionado un fin de semana.

Monedas, monedas forradas y medallas

Las monedas constituyen el botín por excelencia del buscador de tesoros. Son perdurables, pueden poseer valor intrí o de piezas raras y la gente tiene la costumbre de olvidarlas o perderlas. Han sido objetos buscados por los coleccionistas desde hace siglos, hecho que conlleva dos ventajas: hay colecciones olvidadas y cubriéndose de polvo en oscuros rincones y están bien catalogadas, por lo que cualquiera puede comprobar fácilmente el valor de un hallazgo de este tipo.

Una moneda de oro o plata posee un valor intrínseco por tratarse de metales preciosos, y a esto hay que añadir su rareza y, normalmente, su estado de conservación. Uno de los primeros puestos de la lista de monedas que cumplen estos tres requisitos lo ocupa el doblón Brasher estadounidense de 1787, que no se puso en circulación y que en el mercado actual probablemente se cotizaría a un millón de dólares o más. Es de oro, sólo se conoce media docena de ejemplares y como no se puso en circulación se encuentra en excelente estado. Las monedas de cobre, bronce y aleaciones de cobre y níquel poseen escaso valor intrínseco, pero pueden alcanzar precios elevados por su rareza. Ejemplos de lo anterior serían la media corona británica de Jorge VI de 1952 y el penique de



En Port Royal, cerca de Kingston, Jamaica, que fue durante algún tiempo base de operaciones de los piratas y que en la actualidad se encuentra parcialmente sumergida bajo las aguas del Caribe, se rescató una enorme colección de objetos de peltre del siglo XVII. Esta aleación no posee valor intrínseco, pero los útiles hallados revisten gran importancia para arqueólogos e historiadores por los datos que aportan a estos investigadores sobre la vida cotidiana de épocas pasadas.

Isabel II de 1954. Este último se vendió en 1978 por treinta mil dólares.

Las monedas forradas emitidas en muchos países por tiendas, tabernas y otros establecimientos en épocas en que escaseaban las monedas de pequeño valor son de metal bajo y normalmente no alcanzan precios elevados; quizá hasta cien dólares. Una curiosidad en esta categoría de objetos es una réplica del siglo XIX de una «guinea de espadas» británica de la época georgiana (moneda que posee valor por sí misma), que se utilizaba como ficha de juego.

Las medallas abarcan desde insignias militares hasta emblemas de peregrinos medievales. Dependiendo del metal precioso de que estén hechas y de su rareza, algunas medallas pueden valer hasta setenta y cinco mil dólares.

Sellos y billetes

Los sellos, billetes de banco y otros objetos tales como las acciones comparten muchas de las cualidades de las monedas, pero carecen de valor intrínseco y no son perdurables. También son apreciados por muchos coleccionistas desde hace años, por lo que aparecen colecciones olvidadas con relativa frecuencia. Asimismo, es corriente encontrar sellos entre montones de cartas o postales. Probablemente, el sello más famoso es el de un centavo de color magenta de la Guayana Británica emitido en 1856, valorado aproximadamente en un millón de dólares, pero hay otros muy importantes, como el Alexandra Azul estadounidense de cinco centavos emitido en 1864, con un valor igual o superior. Algunas series de sellos con errores de impresión puede ser muy valiosas.

Cerámica y vidrio

La cerámica es uno de los objetos que se encuentra con mayor frecuencia en las excavaciones de yacimientos históricos y prehistóricos de todo el mundo. Normalmente se presenta en fragmentos, pero se han hallado algunos útiles intactos o sólo con pequeños desperfectos. En la mayoría de los casos, poseen escaso valor económico, pero son de gran importancia para los arqueólogos, pues con ellos pueden fechar y estudiar la evolución cultural y el comercio de los pueblos.

El caso de la porcelana fina y el vidrio e[illegible]y distinto, y los ejemplares bien

conservados o raros de estos materiales valen una fortuna. Una pieza Meissen de J. J. Kaendler, escultor del siglo XVIII, puede costar doscientos cincuenta mil dólares. La porcelana china de la dinastía Ming que se encontró en un barco que había naufragado en el siglo XVIII se valoró provisionalmente en «millones de dólares» en 1986. Un jarrón de esta misma época fue subastado en 1974 en seiscientos mil dólares, y en 1979 una copa de cristal romana en setecientos mil.

No es frecuente encontrar objetos de vidrio romanos, a no ser en museos y colecciones, pero los de porcelana son más abundantes. Útiles que nuestros bisabuelos compraron por unos cuantos dólares han aumentado enormemente de valor en los últimos años, en muchos casos dieciocho veces más de lo que valían en los años sesenta. Naturalmente, tienen que ser auténticos, y es relativamente fácil falsificar los sellos de los ceramistas. Worcester, Doulton, Derby y Spode son algunos de los nombres más importantes de la porcelana y la cerámica del siglo XIX y principios del XX. En el presente siglo, el «lustre de Fairyland» de Wedgwood ha adquirido gran valor. En vidrio, los objetos de Boston and Sandwich y Mount Washington del siglo XIX en Estados Unidos y de Nailsea en Gran Bretaña son en la actualidad piezas de coleccionista.

Un campo de creciente interés para los coleccionistas de pocos medios lo constituyen las botellas y vasijas de cerámica impresa del siglo XIX. Existe una amplia gama de botellas de formas y colores exóticos y hay vasijas posteriores a 1840 impresas con vivos colores. A veces se encuentra este tipo de piezas entre restos de útiles anteriores a 1900 y su búsqueda puede ser una forma barata de aprender ciertas técnicas básicas de prospección (ver apéndice III). La mayoría de estas



botellas y vasijas sólo vale unos treinta dólares, pero los ejemplares raros pueden alcanzar unos cuatro o cinco mil.

Armas

Las armas primitivas, como las puntas de flechas y lanzas de piedra o cobre son relativamente corrientes, pero de escaso valor. Se puso de moda coleccionarlas entre los anticuarios de los siglos XVIII y XIX, junto a otros objetos como gorros de guerra indios, y se encuentran con frecuencia colecciones ya completas. Si al excavar se hallan yacimientos de armas primitivas debe comunicarse inmediatamente el hallazgo a un museo o arqueólogo profesional.

Dagas, espadas y armas de fuego pueden variar enormemente de valor, pero, en términos generales, los más valiosos son los fechados entre el siglo XVI y finales del XVIII, cuando la profusa decoración a base de piedras preciosas y semipreciosas y oro o plata era casi obligatoria entre las clases acomodadas. En el extremo superior de la escala, los precios de venta pueden llegar a doscientos mil dólares o más. Las pistolas y los rifles del siglo XIX y principios del XX son los objetos más apreciados por los coleccionistas, así como algunos modelos posteriores, como el Luger alemán de la segunda guerra mundial.

Muebles

Luis XIV, Sheraton, Chippendale y Hepplewhite son algunos de los nombres mágicos, pero son pocas las personas que se toparán con los originales, y aún se sigue dando salida a innumerables imitaciones. Sin embargo, cada día se amplía más el mercado del mueble que podría denominarse funcional o de estilo rústico, que aparece con frecuencia en ocasiones camuflado bajo varias capas de pintura, en viejos desvanes. Uno de los estilos más apreciados es el Shaker, sólido y sencillo, de los siglos XVIII y XIX, así como el del Movimiento de las Artes y los Oficios británico, aunque posteriormente se fabricaron al por mayor. Cada día adquiere más valor el «mueble con función» anterior a 1914, como los lavabos. Una rareza de este tipo es la ducha de asiento de Virginia con frotador de espaldas incorporado, fabricada en 1830.

En la actualidad se buscan ávidamente muebles de estilo Art Nouveau de principios del siglo XX. Una silla de un maestro reconocido puede valer ciento veinte mil dólares.

Objetos pequeños

Además de los artículos ya mencionados, existen otros objetos pequeños que despiertan el interés de los coleccionistas, y que, por este motivo, tienen un valor que supera con mucho el coste original. Cuando no entran en una categoría reconocida de antigüedades (por lo general, el término «antigüedad» se refiere a objetos fechados entre el siglo V dC y principios del actual. Las piezas posteriores a este periodo suelen denominarse «objetos viejos») a veces se les llama «coleccionables».

Una de las categorías más extensas de coleccionables de pequeño tamaño podría denominarse «herramientas del oficio». Abarca desde instrumentos científicos primitivos, como astrolabios, microscopios y telescopios, hasta bobinas y dedales.

Otros objetos funcionales que coleccionan muchas personas son instrumentos musicales, pomos de puerta, percheros, paraguas, bastones, pipas, pitilleras, monederos, soportes para tarjetas de visita... La lista sería prácticamente interminable. Entre los objetos no funcionales más apreciados por los coleccionistas destacan las cajas de música, los juegos de mesa, soldaditos y vehículos de juguete y casas de muñecas.

Tasación de los hallazgos

La primera pregunta que se plantearía la mayoría de las personas al encontrar un tesoro es: «¿Cuánto vale?», aunque no tuviera intención de venderlo. Para averiguar su valor se puede acudir a diversas fuentes.

Una de las mejores, si el objeto en cuestión parece valioso, es un establecimiento de subastas. La mayor parte de las grandes empresas de este tipo ofrecen un servicio gratuito de tasación en el que dan el precio que se puede pedir en una subasta. Se les puede consultar en todo lo referente a objetos de oro y plata, joyas, porcelana, muebles, monedas, sellos y medallas, libros, mapas y documentos antiguos.

También pueden darnos su opinión los vendedores especializados, pero su valoración se restringe al precio que están dispuestos a pagar, sin tener en cuenta su margen de beneficios.

Los museos y sociedades arqueológicas pueden proporcionar consejos y ayuda en lo referente a la época y autenticidad de un objeto, pero no es corriente que se comprometan a la hora de fijar un precio, a menos que deseen adquirirlo.

Hay muchos libros sobre antigüedades y otros objetos de coleccionista. Pueden servir para identificar un hallazgo, pero muchas veces resulta difícil reconocer el objeto en una fotografía bidimensional o una descripción escrita. Lo mejor es recurrir a ellos para una comprobación inicial y después fiarse del consejo de un experto, si el objeto hallado parece valioso. Algunos catálogos, como los de sellos y monedas, ofrecen valoraciones que pueden resultar erróneas y decepcionantes a menos que se lean con mucha atención las notas que las acompañan, pues todo depende del estado en que se encuentren los objetos. La bibliografía sobre «objetos viejos» coleccionables es más escasa que la que trata sobre categorías reconocidas de antigüedades, pero en muchos casos se puede recurrir [illegible]ciaciones y revistas de coleccionistas.

Página anterior izquierda: Este cañón de bronce, de fabricación francesa, fue rescatado del *Association*, que naufragó en 1707 en las islas Scilly.

Página anterior derecha: Buzo sujetando una vasija rescatada de una ciudad sumergida en Port Royal, Jamaica.

Apéndice II

La ley y el buscador de tesoros



Los detalles de las leyes que rigen la búsqueda de tesoros varían según los países, pero existe un principio básico que se aplica prácticamente en el mundo entero: a no ser en terrenos propios, el buscador de tesoros no tiene automáticamente ningún derecho a realizar investigaciones (en tierras arrendadas o alquiladas es necesario el permiso escrito del propietario; ver más adelante); e incluso en terrenos propios puede darse el caso de que no tenga derecho automáticamente a conservar sus hallazgos. Lo mismo puede aplicarse a la búsqueda de tesoros en aguas territoriales. Los buques naufragados en alta mar son un caso más complicado y han sido objeto de prolongados pleitos en Estados Unidos y Europa. Sin embargo, puede ocurrir que varias partes tengan derecho a reclamar los restos de un buque naufragado en alta mar: la armada del país al que pertenecía, la compañía aseguradora, si han recibido reclamaciones tras el naufragio, los herederos de los propietarios del buque e incluso las compañías de operaciones de rescate que, habiendo remolcado el buque, lo hubieran perdido posteriormente.

Por eso, antes de iniciar la búsqueda de un tesoro, es conveniente estudiar detenidamente las leyes nacionales o locales y los trámites a seguir para dar parte de los hallazgos. En algunos países es obligatorio ponerlo en conocimiento de la policía o del servicio arqueológico nacional, y son los museos nacionales los primeros que pueden reclamar los objetos encontrados, con o sin compensación completa para la persona que los haya descubierto. Muchas naciones imponen restricciones a la exportación de antigüedades a otros países.

Hay que obtener con antelación el permiso para iniciar una prospección, requisito esencial cuando se trata de terrenos privados o arrendados. Debe constar por escrito e ir acompañado de un acuerdo con el propietario sobre el reparto de los objetos de valor que puedan encontrarse, así como sobre la mecánica de la prospección: puntos como vías de acceso, restauración del yacimiento y límite de tiempo. Las normas aplicables a terrenos públicos son más variables, pero siempre con la condición de que el buscador de tesoros no tiene derecho automáticamente a realizar prospecciones en ellos. Los parques normalmente se encuentran bajo la tutela del ayuntamiento, y los terrenos abiertos suelen estar administrados por el Estado. Las orillas y playas y los lechos de los ríos y los lagos pueden ser de propiedad privada o, si no, ser propiedad nominal de una autoridad privada. En Estados Unidos y Europa, cada día se ponen más restricciones a las prospecciones en estos terrenos. La utilización de detectores de metales puede estar sujeta a la necesidad de obtener un permiso especial y a otras restricciones.

En la ley anglosajona, el concepto de «tesoro» induce a confusión en muchas ocasiones. Se aplica a objetos deliberadamente escondidos por su propietario anterior con la intención aparente de recuperarlos más adelante. Lo anterior implica que el escondite debe tener un carácter permanente. En Inglaterra, sólo se consideran tesoros los objetos que contienen oro o plata; en Escocia y el resto del mundo la definición es mucho más amplia. La decisión de si un hallazgo determinado es un tesoro o no corresponde a un juez de instrucción o un funcionario público equivalente. La persona que ha realizado el hallazgo puede recibir el valor monetario o recuperar los objetos.

Además de los requisitos legales que rigen el acceso a los yacimientos y de la notificación de los hallazgos, los buscadores de tesoros deben observar unas cuantas normas de simple sentido común. No se puede irrumpir en yacimientos arqueológicos o monumentos antiguos a menos que se esté trabajando con un grupo de arqueólogos reconocido. Si por casualidad se topa usted con un yacimiento arqueológico, debe comunicarlo al museo local y dar cuenta de cualquier hallazgo de carácter histórico. Deje el yacimiento limpio y ordenado.



La magnífica cabeza de un faraón realizada en granito, se encuentra todavía en su lugar original, Luxor (Egipto).

Página anterior:
Vista de la puerta sur del palacio de Cnosos, Creta. Cnosos fue la capital de la civilización minoica en la Edad de Bronce. El buen estado de conservación del palacio se debe a las técnicas de excavación de sir Arthur Evans (1851-1941).

Apéndice III

El instrumental y su utilización

Derecha:
Este submarinista se ayuda de una guía metálica para situar la posición exacta de la mercancía encontrada bajo el agua.



Página siguiente:
Los detectores de metales baratos han contribuido a que muchas personas se dediquen a buscar tesoros como pasatiempo. Existen varios tipos y todos se pueden aprender a manejar con un poco de práctica. Pero en muchos países hay leyes que regulan los aspectos técnicos de estos aparatos y los lugares en que pueden utilizarse. Es conveniente informarse sobre este extremo antes de iniciar la búsqueda.

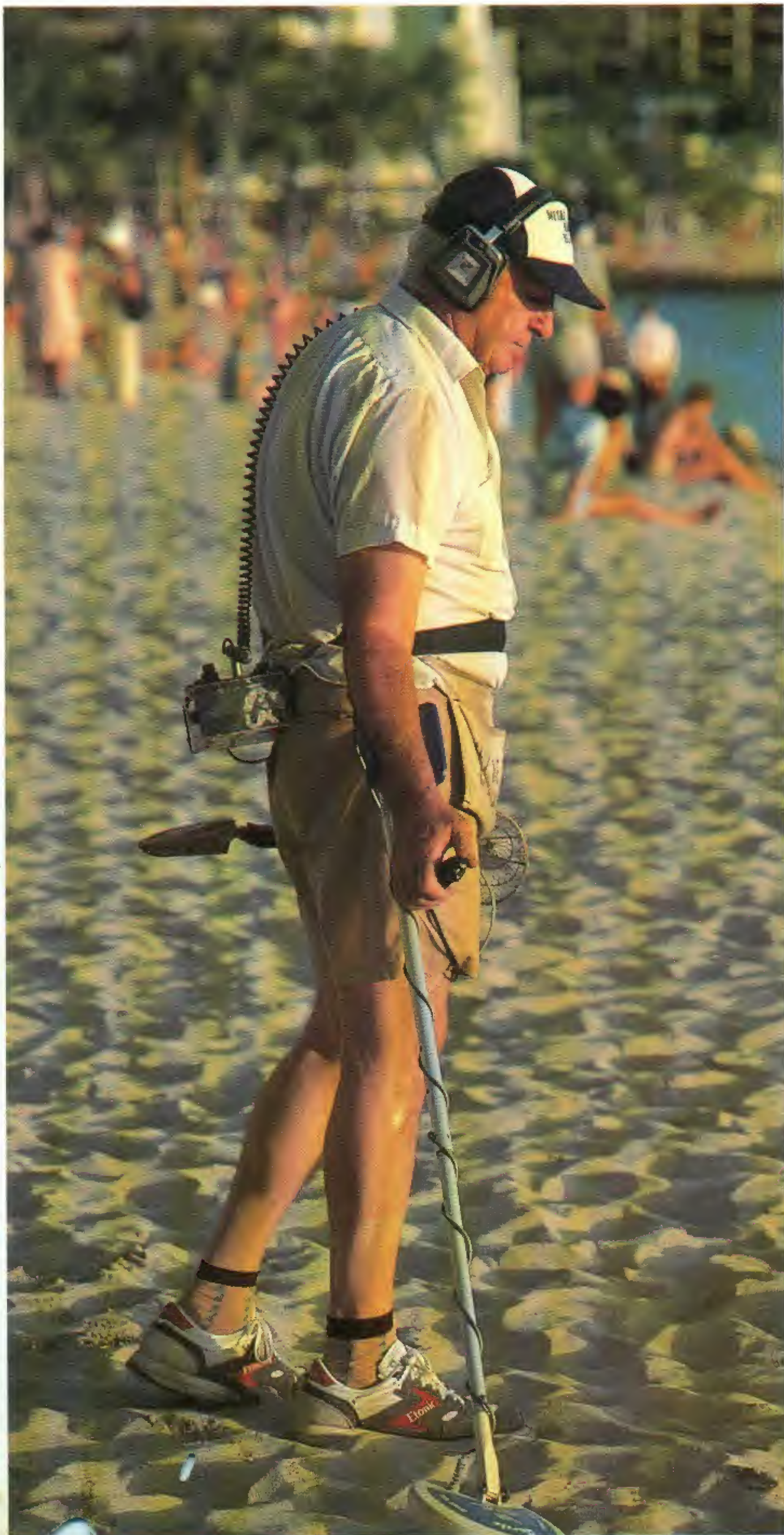
El instrumental de alta tecnología de los buscadores de tesoros profesionales, sobre todo de los que realizan investigaciones submarinas, es muy caro. Es posible montar un aparato para utilizarlo en tierra con poco dinero y es probable que ya se cuente con algunos de los objetos necesarios. Algunos también pueden emplearse bajo el agua, pero además hace falta un cuchillo de buzo, una bolsa resistente para guardar los hallazgos, una linterna y materiales de escritura submarinos y, naturalmente, un equipo de submarinismo si se desea trabajar durante un periodo prolongado. No se debe utilizar el equipo de buzo sin antes haber estudiado detenidamente las instrucciones y sumergirse solo es peligroso. Antes de hacerlo infórmese con detalle de la situación: condiciones atmosféricas de la superficie y vientos, corrientes, mareas y altura que alcanzan las olas, temperatura del agua y visibilidad disponible bajo la misma.

Probablemente, el elemento más importante del instrumental es la palustra, una paleta que no debe ser redondeada, como las que se emplean en jardinería, sino en forma de cometa, con la hoja puntiaguda, del tipo que usan los albañiles. En manos de un excavador experto, esta paleta es un instrumento de precisión capaz de arrancar objetos delicados del suelo sin causarles ningún desperfecto y de quitarles las capas superiores de suciedad. Algunas personas prefieren un destornillador de hoja plana para realizar las mismas tareas. Bajo el agua se puede utilizar un cuchillo de buzo, pero con sumo cuidado. En un terreno muy húmedo, a veces resulta más útil una horquilla pequeña.

Si los objetos que se busca están a mucha profundidad, hay que quitar las capas superiores con una pala corriente o una horca si en el yacimiento hay escombros, pero se deben cambiar por la paleta en las capas inferiores para no dañar materiales posiblemente valiosos. Se puede calcular de antemano la profundidad de un objeto de gran tamaño, como un cofre o los cimientos de un edificio, con ayuda de una sonda. Una vara delgada de metal de al menos sesenta centímetros de longitud puede ser una buena sonda, pero las tiendas especializadas venden aparatos más complicados con el mango en forma de T y puntera de rosca. Algunos llevan incorporado un dispositivo para recoger muestras del suelo.

Se necesita un cedazo para remover la arena al recoger objetos pequeños, como monedas, que en otro caso podrían pasar desapercibidos. Si se emplea uno solo, debe tener una malla de grosor medio. Los arqueólogos profesionales suelen emplear varios sucesivamente, con mallas cada vez más finas, por ejemplo para encontrar gemas que se han separado de las monturas.

Las bolsas de politeno son fundamentales para empaquetar y recoger objetos pequeños, y una mochila o una bolsa





grande resulta muy útil para llevar el instrumental y los hallazgos. Para los buscadores de tesoros que se toman su trabajo en serio, también son importantes un mapa de la zona, una brújula y un cuaderno para anotar los detalles de la situación y de los objetos. A veces es conveniente llevar una bobina grande de bramante y clavijas, con el fin de delimitar la zona que se está investigando y no recorrer el mismo lugar dos veces sin darse cuenta.

Otro aparato para recoger objetos pequeños de metales de hierro es un imán poderoso. Los imanes marítimos permiten explorar aguas superficiales sin mojarse.

Detectores de metales

La comercialización de detectores de metales relativamente baratos y eficaces ha estimulado a muchas personas a dedicarse a la búsqueda de tesoros como pasatiempo. Por desgracia, su uso indiscriminado e irresponsable ha provocado la ira de arqueólogos, propietarios de terrenos y ecologistas, sobre todo en Europa. Se está intentando solucionar esta situación en cierta medida con la formación de asociaciones de detección de metales que trabajan en estrecha colaboración con los arqueólogos y otros especialistas con el fin de evitar que los yacimientos potencialmente importantes sufran desperfectos o sean saqueados. En muchos países, como por ejemplo Gran Bretaña, se necesita un permiso especial para utilizar un detector de metales y se han impuesto restricciones legales a las frecuencias con que funcionan. En Estados Unidos se ejerce cierto control sobre la potencia eléctrica de los detectores.

Hay tres tipos de detectores y todos tienen sus defensores, aunque ninguno es capaz de registrar una moneda grande a una profundidad mucho mayor de treinta centímetros. El detector de inducción por impulso es relativamente insensible a los materiales ligeros, lo que constituye una ventaja si se trata de un simple trocito de papel de aluminio, por ejemplo, y a los efectos débiles de conducción que tienen lugar en la tierra o la arena húmeda, que pueden inducir a error. Por otra parte, este tipo de detectores tiene tendencia a recoger metales férreos, con frecuencia sin ningún valor, a una profundidad considerable, y no pueden sintonizarse para que distingan entre metales que contienen hierro y que no lo contienen. Los aparatos de inducción por equilibrio y osciladores de ritmo de frecuencia pueden ajustarse de tal modo que efectúen esta distinción (al menos, los modelos más caros sí pueden hacerlo) o para rechazar la aleación de cobre y níquel que se emplea en las monedas de «plata» modernas. También pueden filtrar los efectos del suelo, y algunos modelos de inducción por equilibrio están dotados de dispositivos de reajuste inmediato que les permiten registrar los cambios de la conductividad natural que se producen en el suelo.

Que una investigación entusiasta acabe con el hallazgo de la anilla de una lata de cerveza es una experiencia muy corriente para los usuarios de los detectores de metales. Es un incidente inevitable cuando se trata de un aparato de inducción por impulso que también puede producirse con los demás tipos de detectores, incluso si están preparados para distinguir entre metales férreos y no férreos (la mayoría de las latas de cerveza están hechas de acero recubierto de hojalata). Las anillas y la parte superior son de aluminio, y este tipo de detectores las registra como metales no férreos. Aún no se ha inventado una máquina capaz de distinguir una anilla de una lata de un anillo de oro de tamaño parecido.

Sin embargo, una vez que se ha adquirido práctica con el detector se aprende a juzgar el tamaño y la forma de los objetos enterrados por las reacciones de la máquina, y a conocer las reacciones variables que puedan provocar las pequeñas fluctuaciones que se producen en la temperatura.

La limpieza de los hallazgos

La limpieza y restauración de objetos antiguos es un arte muy preciso. Por regla general, lo único que hay que hacer es quitar la mayor cantidad de tierra posible cepillando con delicadeza. En las últimas etapas resulta muy útil un cepillo de dientes blando.

Después se debe acudir a un especialista de un museo, una tienda de antigüedades o un joyero. Los objetos que son totalmente de oro pueden lavarse con agua jabonosa tibia, pero este mismo tratamiento puede perjudicar otros materiales si, por ejemplo, el oro forma parte de un collar. Normalmente, las incrustaciones marinas de un objeto valioso han de ser limpiadas por un verdadero especialista en la materia que no estropee estos objetos.

Los materiales orgánicos, como madera, cuero o telas encontrados en el agua, deben guardarse en bolsas de plástico con la misma agua hasta que pueda limpiarlos una persona realmente especializada en la materia.

Página anterior:
Buzos entre los restos de un antiguo buque mercante que naufragó en Bodrum, en la costa de Turquía. Llevan unos cestos con los objetos recogidos a una cámara de descompresión para prepararse a regresar a la superficie.

Abajo:
Junto a Kirenia, en la costa de Chipre, un buzo trabaja con una sierra submarina en un barco hundido. Los arqueólogos profesionales pueden utilizar estos artilugios sin peligro alguno.







Quitar la arena y los sedimentos es un gran problema para las prospecciones submarinas, pero en los últimos cuarenta años se han inventado numerosos aparatos para resolverlo. He aquí una bomba de aire limpiando de arena los restos de *De Liefde*.

Índice (vols. I y II)

Los números de página en cursiva, remiten a las ilustraciones

A

B

C

CH

D

E

F

G

H

I

S

T

V

W

Créditos fotográficos

Associated Press, 152, 153; **Michael Baigent,** 115; **BBC Huton Picture Library/Bettman Archive,** 150; **Bridgeman Art Library,** 58, 63, 126, 131; **Bridgeman Art Library-Dulwich Picture Gallery,** 161; **Bridgeman Art Library-Kenwood House,** 163; **Bridgeman Art Library-Museo de Orsay,** 172-173; **Bridgeman Art Library-Museo Marmottan,** 174-175, 177; **Bridgeman Art Library-National Museum of Wales,** 170; **British Museum,** 122 (arriba), 123 (arriba), 127, 135; **J. Allan Cash Photolibrary,** 24, 49, 112-113, 164-165; **Christie's Amsterdam,** 32, 33, 34; **Bruce Coleman,** 76 (abajo), 77 (izda. y dcha.); **Sue Cunningham Photographic,** 144 (arriba); **Michael Dent,** 28-29; **Diaf,** 110-111; **C. M. Dixon,** 89 (dcha.), 121 (abajo); **C. M. Dixon-Muzeul National de Istorie, Bucarest,** 121 (arriba); **Mary Evans Pictures Library,** 64 (arriba y abajo), 84; **Florida Division of Archives, History & Records Department,** 51 (arriba y abajo); **Werner Forman Archive-Museum of the American Indian, Heye Foundation, Nueva York,** 89 (izda.); **Giraudon-Museo del Louvre,** 114, 167; **Eric Hayes,** 30-31; **photo © Michael Holfrod,** 104-105; **photo © Michael Holford (Colección British Museum),** 73 (izda. y dcha.), 90, 100, 102-103, 103, 159; **Hulton Picture Company,** 9 (arriba), 20 (izda.), 65 (arriba y abajo), 72, 76 (arriba), 154, 157; **Robert Hunt Library,** 52-53, 133, 160; **Image Bank,** 47, 86-87, **Kings Lynn & West Norfolk Borough Council,** 130; **Colección MacQuitty,** 91 (dcha.), 93, 94-95, 98, 99, 185; **Magdalene College Library, Cambridge,** 56; **Magyar Nemzeti Múzeum, Budapest,** 162; **Colección Mansell,** 16, 22, 23 (dcha.), 85, 128 (arriba y abajo), 136, 137; **Marion & Tony Morrison, South American Pictures,** 69 (abajo), 70, 71 (arriba), 78 (arriba y abajo), 79 (izda. y dcha.), 80, 81, 82, 83, 106, 107, 108, 109, 118, 119; **Multimedia Books,** 20 (centro), 20 (dcha.), 25 (arriba y abajo); **reproducida por cortesía de la National Gallery, Londres,** 169; **Peter Newark's Pictures,** 7, 9 (abajo), 10, 11, 12, 13, 14-15, 17, 18-19, 19, 21, 23 (arriba), 42, 46 (arriba), 50, 69 (arriba), 71 (abajo), 122 (abajo), 148, 149, 151; **Photographers' Library,** 183; **Photo Source,** 26-27, 48, 101, 125, 138, 140, 168, 187; **Planet Earth Pictures,** 35, 38, 39, 40 (dcha. e izda.), 43, 44, 45, 46 (abajo), 57, 61, 62, 178-179, 181, 182 (dcha.), 186, 188, 189, 190-191; **Popperfotos,** 129, 143, 144 (abajo), 146, 147 (arriba y abajo), 166; **Spectrum Colour Library,** 59, 123 (abajo), 124; **Frank Spooner-Gamma,** 176, **Sunday Times-photo Ian Yeomans,** 54, 55; **Woods Hole Oceanographic Institute,** 66, 67 (arriba y abajo); **Worlds Edge Picture Library,** 60 (arriba y abajo), 182 (izda.); **ZEFA Picture Library,** 36, 37, 41, 74, 75, 91 (izd[illegible] 96, 97, 116-117, 132, 139, 141, 155, 184.

Se han observado los requisitos legales para la [illegible]oducción de las fotografías.